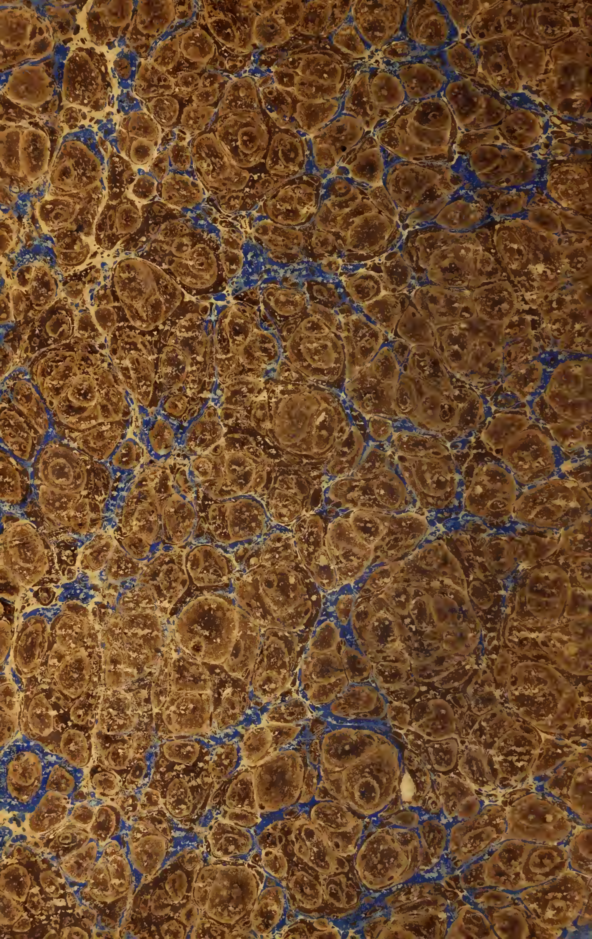
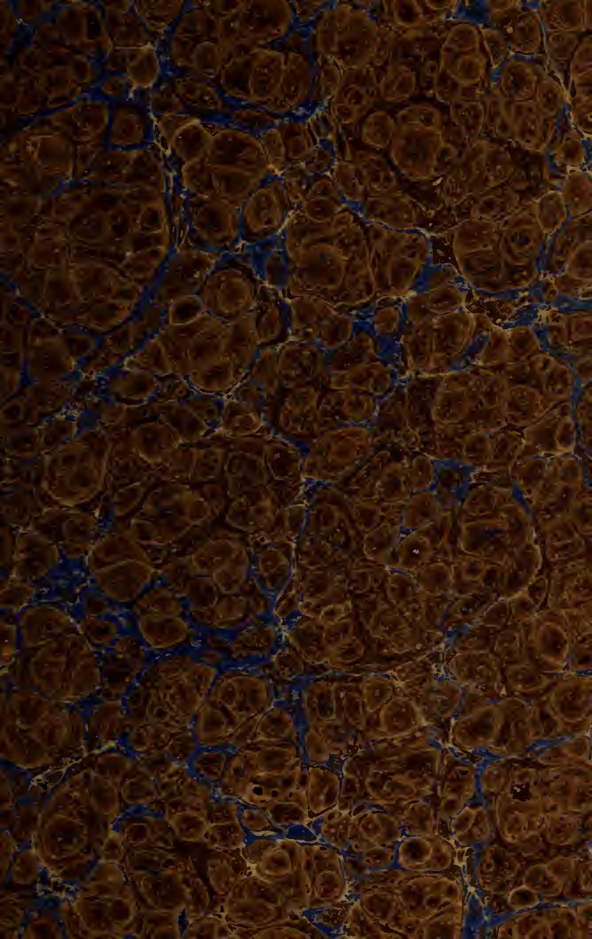

3 1761 09544616 7





GUATIMOZIN.

GUATIMOZIN

ULTIMO EMPERADOR DE MÉJICO.

NOVELA HISTÓRICA

POR LA SEÑORITA GOMEZ DE AVELLANEDA.

TOMO III.-IV

Madrid:
IMPRENTA DE D. A. ESPINOSA Y COMPAÑIA,
CALLE DEL CABALLERO DE GRACIA.

1846.



CAPITULO I.

Amor sin esperanza.

De los muchos corazones afligidos que solemnizaban con lágrimas aquella costosa victoria, ninguno habia ciertamente tan digno de compasion como el de la princesa Tecuixpa.

Velazquez, depositado en sus brazos por su magnánimo rival, solo habia abierto los ojos para darla una última mirada y cerrarlos para siempre. Aquella voz querida solo volvió á sonar en sus oidos pronunciando el adios eterno.

Con el cadáver estrechamente abrazado, pálida y fria como él la encontró Cacumatzin, al volver al palacio con la noticia de su completo triunfo. Gualcazinla, participando del dolor de su hermana, retuvo las señales de su alegría, y cuando el Tezcucano esclamó en su presencia—¡*hemos vencido*! la esposa de Guatimozin solo contestó: ¡*él ha muerto*!

—¡Ha muerto! repitió Tecuixpa agitada de una convulsion general y pegando sus lábios descoloridos á los yertos de su amante: ¡ha muerto tu rival, Cacumatzin; pero con él ha muerto tambien mi corazon!

—¡Tu corazon, respondió con trémula voz el de Tezcuco, será un sepulcro cerrado que jamás intentaré profanar! Conserva en él al esposo que te arrebatan los dioses, hija de Motezuma; y dame ese cuerpo, que no es ya mas que tierra, para que honre en él las proezas del alma que lo animaba.

—¡Oh! ¡no! ¡jamás se apartará de mis brazos! gritó la desolada princesa; pero sucumbiendo al esceso de su dolor, quedóse desmayada al punto mismo, y Cacumatzin se aprovechó de su parasismo para llevarse aquel objeto de lástima y desconsuelo.

Mientras él se ocupó en darle sepultura tan dignamente como hemos visto en el capítulo que precede, Gualcazinla se consagraba esclusivamente al cuidado de su hermana y de la viuda de Motezuma.

En vano la sensible princesa ha estrechado ya á su amoroso seno al padre adorado de su tierno hijo; en vano tambien destrozan su corazon las tristes nuevas que recibe de haber perecido cien personas queridas: todavía tiene lágrimas para las agenas desventuras: todavía su noble y generoso pecho, encuentra consuelos de ternura que ofrecer á los otros.

Discurre de Miazochil á Tecuixpa como un ángel de piedad, con lágrimas en los ojos, y en los lábios palabras de dulzura. Ora pinta con sencilla elocuencia y con fé sublime la beatitud eterna de las almas, que salen puras de la tierra para volver á su patria primitiva. Ora recuerda las penalidades de la vida pasajera de los hombres, y envidia á aquellos cuyo tránsito no fué al menos sembrado de crímenes y remordimientos.

—¿Lloras la ausencia de un amante que deseabas poseer? dice á Tecuixpa. Levanta los ojos á esa bóveda brillante, y piensa que ya tu amor no está sujeto

á las leyes del tiempo: que ya ninguna otra hermosura podrá robarte el corazon de tu adorado, y que te espera allá, en campos mas fértiles y en ciudades mas grandiosas, donde tus abuelos tejen con rosas inmarchitables, que jamás regarán lágrimas, la corona feliz de tu desposorio.

—¿Deseas un padre para tu tierno hijo? decia á la desconsolada Miazochil, uniendo entre sus brazos á los dos infantes. Mírale como se abraza con Uchelit sobre mi seno materno, y Uchelit le sonrie como á un hermano. Ambos tendrán desde hoy un mismo padre. Guatimozin verá el mas querido de sus hijos en el huérfano de Motezuma.

Asi procuraba Gualcazinla calmar la desesperacion de las dos princesas, y sus esfuerzos generosos no fueron por cierto inútiles. Cuando terminadas las exequias volvieron al palacio Guatimozin y el de Tezcuco, notaron que habian calmado los primeros trasportes del dolor, y aquellas tristes mujeres, restos de la familia imperial, se prestaron resignadas á su traslacion al alcázar del duelo, en el que debian habitar el tiempo que durase el luto por Motezuma.

Verificóse dicha traslacion con gran solemnidad, y el mismo dia tomó posesion del palacio imperial el nuevo soberano, cuya coronacion no encontró obstáculo ni aun en Cacumatzin; cuyo carácter parecia muy cambiado durante aquellas últimas horas.

Las ceremonias del acto solemne fueron sin embargo, sumamente simplificadas; pues Quetlahuaca, desdeñando la pompa de que se rodeaba su antecesor, solo quiso ocuparse en asegurar la tranquilidad del vasto imperio que se le confiaba.

Con una inteligencia menos perspicaz y rápida que la de Motezuma, y acaso tambien con un carácter

menos atrevido, poseia el nuevo monarca otras cualidades que compensaban ventajosamente la inferioridad de aquellas. Un juicio sólido, una consumada prudencia, mucha calma al resolver y una gran perseverancia en la ejecucion, eran dotes que, unidas á la fé inmensa que tenia en la justicia de su causa, bastaban á hacerle digno del alto puesto á que se veia elevado, y á darle los medios de sostenerse en él.

No dudando que Cortés no desistiria de su empeño, mientras pudiese contar con un soldado, y temiendo la llegada de nuevas tropas españolas, fué su primer cuidado poner la capital en estado de defensa. Pero no se limitó á estas prudentes prevenciones. En tanto que fortificaba la ciudad con todas aquellas obras de que eran capaces sus súbditos, y almacenaba armas de toda especie, sus emisarios recorrian las provincias escitándolas contra el comun enemigo, y ofreciéndolas para mayor estímulo, que tan luego fuesen espulsados los españoles de los términos del imperio, serian descargadas por el nuevo emperador de la mayor parte de los tributos impuestos por sus predecesores.

Nuevos ejércitos llegaban de dia en dia á la inmediacion de Méjico, y Guatimozin, reconocido rey en los dominios de su difunto padre, armaba á sus vasallos y disponia en Tacuba todos los medios de auxiliar eficazmente á la metrópoli del imperio. Iguales prevenciones ejecutaban con diligencia el príncipe sucesor de Huasco, el de Xochimilco y todos aquellos cuyos Estados estaban vecinos á la capital: solamente Cacumatzin se veia embarazado en sus operaciones, precisándole las discordias civiles de su reino á desatenderse algun tanto de la causa general.

Su hermano Cuicuitzcat, aunque desacreditado entre los tezcucanos por su carácter solapado y flojo, habia encontrado apoyo en varios príncipes comarcanos, enemigos de Cacumatzin. La impetuosidad de este, su escesivo orgullo y algunas ligerezas de su juventud le habian granjeado en sus dominios y fuera de ellos desafecciones peligrosas, y ademas de estos enemigos particulares del desposeido, favorecian al poseedor todos aquellos que por miedo ó por afecto á los españoles, habian aprobado el acto injusto que aquellos dictaron á Motezuma, en agravio de los derechos de Cacumatzin.

Aquel partido, sin ser muy numeroso, era por desgracia resuelto y tenaz; Cuicuitzat que, aunque cobarde y desidioso, no hallaba pesado el cetro, dejaba á sus parciales el cuidado de conservárselo, limitándose á protestar contra la arbitrariedad del nuevo emperador, que le ordenaba entregar sus Estados á un príncipe despojado de ellos por desleal á su antecesor Motezuma, y sobradamente preocupado Quetlahuaca con el plan de defensa que creia conveniente á la futura seguridad del imperio, desatendia á Cacumatzin, dejándole dueño de terminar por sí solo las disidencias de sus vasallos y recobrar la usurpada corona.

El Tezcucano, sin embargo, parecia haber sepultado con su rival las cualidades activas de su poderosa y ardiente organizacion, y por primera vez en su vida daba muestras de una prudencia que en aquellas circunstancias no podia serle favorable. Deseoso de evitar la guerra civil, limitóse á poner en uso los medios mas suaves de persuacion para atraerse á los partidarios de su hermano, que juzgando sospechosas tan inesperadas señales de blan-

dura en un príncipe violento y vengativo, solo vieron en su aparente benignidad un pérfido lazo que se les tendia, para desarmarlos mas fácilmente y destruirlos sin oposicion. En tal creencia bien se echa de ver que no era posible correspondiesen á lo que esperaba Cacumatzin, que con su indecision entibiaba el celo de sus partidarios, mientras que cada dia se aumentaba el de los amigos de su hermano, que sabia por su parte engrosar su bando y captarse popularidad, fingiendo una modestia desconocida de sus predecesores. En vez del fausto régio que desplegára Cacumatzin durante su reinado, el nuevo soberano hacia gala de estrema sencillez, y para asegurar en sus sienes la corona, aparentaba hallarse abrumado por su peso y menesteroso del apoyo de sus nobles, sin los cuales nada se atrevia á resolver. Mostrábase con este objeto á la vista de sus orgullosos cortesanos afable en sus modales y llano en su vestidura, como para formar contraste con su hermano, de cuya altivez y arrogancia se conservaban recuerdos muy recientes. De este modo se granjeó fama de modesto y bondadoso, aunque nadie pudiese creerle ni valiente ni magnánimo.

Los mismos parciales de Cacumatzin, á cuyo frente se hallaban Coanacot su hermano y otros señores jóvenes y estimados, de la sangre real de Tezcuco, juzgaban á Cuicuitzcat príncipe débil y mal aconsejado; pero no le creian malvado, y al mismo tiempo que querian arrojarle del usurpado trono, compadecian la suerte de aquel infeliz, que no dudaban seria la primera víctima de la venganza del legítimo señor, si lograba recuperar su cetro.

Comprendia todo esto Cacumatzin, y sin embargo, nada hablaba, nada emprendia. Sombrío y apático

hallábase en Méjico cual indiferente espectador de la general actividad. ¿De qué nacia tan estraño cambio en su espíritu? Tecuixpa solamente podria esplicarlo, si su dolor por la reciente pérdida que habia tenido, no la volviese ciega al espectáculo del amor tan profundo como desventurado que tenia de contínuo á la vista.

Sepultada la jóven princesa en la mas honda y lúgubre de las habitaciones del palacio del duelo, negábase á toda sociedad y solo admitia á su lado, como á partícipes de su pena, á su hermana y á Cacumatzin. ¡A Cacumatzin, á quien consideraba ya como á un amigo de su adorado difunto, y cuyos tormentos secretos estaba muy lejos de adivinar!

¡Oh poder milagroso de una gran pasion! El impetuoso Tezcucano pasaba los dias cerca de la virgen adorada y mas enamorado que nunca, y mas que nunca encendido en deseos, que irritaba la vista de sus descuidadas gracias poetizadas por la melancolía, sepultaba en el fondo de su alma los trasportes de su amor, y sus lábios ardientes, ávidos de secar con besos de fuego el llanto que humedecia de contínuo las pálidas mejillas de Tecuixpa, solo se abrian para pronunciar el nombre de un rival, dichoso aun bajo la losa del sepulcro.

Habia jurado respetar á la que consideraba como su viuda, y no pensaba quebrantar nunca tan solemne promesa. Sabia ademas que no era amado, esta triste certeza no se apartaba un instante de su pensamiento; pero sin proyectos de ningun género; amaba todavía, y amaba con aquel sentimiento desolador é implacable, que produce en un corazon apasionado y orgulloso la absoluta privacion de la esperanza.

Esperimentaba la triste necesidad de abrevarse de su propia desventura: buscaba en Tecuixpa el alimento amargo de su insaciable dolor. Veía las lágrimas que tributaba todavía á la memoria del amante perdido; escuchaba los entusiastas elogios que prodigaba sin cesar á sus malogradas prendas; los juramentos solemnes de ser fiel eternamente á sus heladas cenizas. Envidioso de aquel rival contra el cual nada podia, cuya sombra escitaba sus celos sin acertar ya á encender su ira, pasaba Cacumatzin junto á Tecuixpa aquellas horas que eran toda su vida, devorando en el secreto de su alma aquellos combates, aquellos tormentos inesplicables que solo pueden ser producidos por una pasion inmensa y soportados por un vigor de espíritu nada comun.

Tan crueles padecimientos no eran, sin embargo, comprendidos. Tecuixpa creía curado de su pasion al Tezcucano, ó mejor diremos, Tecuixpa habia hasta olvidado la existencia de aquella pasion. Para ella no habia en el mundo otra cosa que la tumba de Velazquez, y cuando despedazaba el corazon de Cacumatzin depositando en él los apasionados recuerdos que consagraba á su perdido ídolo, no recordaba ni remotamente que era un amante al que escogia por confidente.

Escuchábala el príncipe con atencion: no la interrumpia jamás: no la ofrecia consuelos inútiles, que hubieran irritado su dolor. Esto solamente veía Tecuixpa; esto bastaba para que no evitase la compañia de Cacumatzin, y el heróico americano aparentando estar satisfecho con aquella amistad fraternal que le aceptaba por confidente de un amor que hubiera comprado para sí á precio de su vida, se consagraba esclusivamente con profunda abnegacion á

la mujer ingrata, que no comprendia siquiera el mérito de su sacrificio.

Así pasaban dias y dias: patria, corona, gloria, venganza, todo lo olvidaba Cacumatzin cerca de Tecuixpa. Aquel carácter indómito yacia como un corcel fogoso á quien se sujeta con un freno de hierro: si todavía le tascaba impaciente y se agitaba por sacudirle, tales esfuerzos solo servian para hacerle sentir su impotencia, y aquellas postreras convulsiones del orgullo verificadas en lo interior de su alma, solo se traslucian en su rostro por medio de un abatimiento mas profundo, haciéndose dificil de comprender el poder de voluntad que alcanzaba á dominar las pasiones terribles de un hombre á cuya genial impetuosidad se unia el largo hábito de obrar con absoluta independencia, y sin contrariar jamás sus impulsos.

Por un inesplicable capricho del corazon humano, sucede comunmente que no nos interesamos á favor de aquellos amantes que no son correspondidos: esto acontece tanto en el mundo real, como en el de las novelas: en todas las obras de dicha clase notaremos que nuestras simpatías están siempre por el amante favorecido. El menor contratiempo que le sobrevenga escita nuestra compasion; nos condolemos profunda y sinceramente, como si la dicha de ser amado fuese un derecho incontestable á todo linaje de privilegios. Y sin embargo, natural parece que creyésemos, que sintiésemos que la persona que ama y es amada no puede ser jamás completamente infeliz; así como es imposible que todos los bienes terrestres alcancen á hacer dichoso al que alberga en su seno una pasion sin esperanza. ¿Por qué, pues, somos tan propensos á simpatizar con las pasajeras

penas del dichoso, y no nos merece una justa piedad el amante profundamente desafortunado? Diríase que castigamos como un crímen la falta de buen éxito en el amor, y que la persona desechada por su ídolo se nos presenta, como aquellos individuos de cierta raza india, marcada con un sello de reprobacion divina.

Nada tan injusto, tan absurdo como este sentimiento caprichoso, porque la fortuna en el amor, como en todas las cosas de la vida, es con harta frecuencia independiente del mérito, y aun puede decirse que rara vez se aunan.

Ademas de esta observacion general, tenemos hecha, respecto á la buena fortuna en el amor, otra que acaso todo el mundo conoce como nosotros, aunque no todo el mundo se detenga en ella: es la de que casi nunca el amor enciende al amor. A despecho del moralista que estampó al frente de un libro curioso la máxima, *si quieres ser amado ama*, vemos contínuamente un resultado contrario.

Si intentásemos justificar al corazon humano de sus estraños caprichos, diríamos que es el amor una pasion tan libre y generosa, que se niega á ser comprada hasta por el amor mismo: que todo lo concede por gracia y nada otorga á quien demanda con los derechos importunos de acreedor. No haremos, sin embargo, semejante apologia de un instinto tan opuesto á la justicia, contentándonos con observar sencillamente, que *el amado* no es por lo comun *el verdadero amante*: el merecimiento rara vez se encuentra de parte del premiado, y hemos notado, para mengua y vergüenza de la imperfecta humanidad, que las grandes pasiones que debieran poseer una fuerza magnética que todo lo subyugase á su po-

der; los afectos sublimes que suelen aparecer de tarde en tarde, y que se nos figuran adecuados para hacer la felicidad y el orgullo de la persona que los inspira, pasan desconocidos ó desdeñados, acaso con la triste gloria de ser citados inútilmente como modelos dignos de imitacion, á aquellos corazones vulgasre y dichosos á quienes fueron sacrificados.

Hombres y mujeres somos iguales en este punto: nos quejamos todos de la dificultad de encontrar un amor grande, generoso, perfecto, que aseguramos anhelar con ardor: pero todos mentimos. Si la suerte nos presenta aquel amor que ponderamos, lo desconocemos, lo ultrajamos.... ¡y nos quejamos sin cesar de desengaños crueles, sin confesar nunca que tuvimos la insensatez de pedir donde no habia; de no recibir donde nos daban!

Las grandes pasiones, que son tan raras cuando menos como las inteligencias superiores, tienen como estas la suerte de ser mas admiradas que comprendidas; mas maravillosas que simpáticas. Todo mortal capaz de una pasion grande y profunda, lleva, como el genio, un augusto sello de desventura: pero desventura que no conoce el vulgo de los hombres, y que por eso mismo pocos compadecen.

Sentid ó pintad uno de esos sentimientos desoladores y sublimes: á los unos les parecerá inverosimil, á los otros ridículo, á los mas uno de aquellos fenómenos brillantes que se admiran, pero con los cuales nunca se adquiere familiariadad; nunca se cobran simpatías.

La buena fortuna tiene por otra parte cierto don de fascinacion: en todas las cosas nos sentimos involuntariamente inclinados á aquellos que proteje la caprichosa suerte, y desviados de los que

maltrata. Por eso un célebre ingenio estableció como axioma la opinion que hemos consignado como nuestra, porqué en realidad participamos de ella; y es que *es casi imposible al novelista hacer interesante á un amante despreciado.*

Trabajo cuesta persuadirse de esta verdad qué acredita la esperiencia, porque, lo repetímos, es altamente injusta y estraña. Nada tan digno de piedad; nada que deba ser tan interesante como el alma devorada por el santo fuego de una pasion sin premio.

No hay ecsistencia, por criminal que sea, que no se purifique en el crisol de tamaña desventura: no hay inteligencia que no se ensanche y engrandezca al impulso de un amor concentrado; y allí debemos buscar secretos de virtud y de heroismo, donde hallemos al mártir de una pasion sin esperanza.

El amor recíproco es un comercio de mútua conveniencia: el amor solitario es un culto generoso y santo. Todo hombre puede amar cuando es amado, y aun suele, como hemos dicho ya, no amar por lo mismo que es amado; pero el corazon capaz de alimentar por largo tiempo un deseo sin porvenir, una religion sin cielo, no puede ser un corazon comun. Tiene forzosamente gran caudal de poesia y entusiasmo, inmenso poder de generosidad y firmeza; y si no le consagramos el mas ardiente afecto, si no nos inspira un interés profundo, es porque no somos capaces de sentir como él.

¡Ah! ¿porqué fatalismo incomprensible las almas superiores se engañan casi siempre en su eleccion? ¿Por qué el amor sublime escoje por lo comun ídolos mezquinos?... Nuestro héroe no se halla precisamente en tal caso, pero su destino no es por eso

menos infeliz. Tecuixpa no lo ama; no puede amarlo nunca. Sábelo asi Cacumatzin, y su inexorable pasion parece alimentarse con aquella absoluta ausencia de toda esperanza, porque los espíritus vulgares cifran su gloria en los afectos que inspiran, y los corazones grandes solo se enorgullecen de los que sienten. Puede decirse que los unos por su escasez tienen necesidad de recibir, y solo entonces reconocen en si mismos alguna valía; mientras los otros se gozan en ostentar su inmensa riqueza, cuando prodigan tesoros sin recibir nada en cambio.

Gualcazinla, cuyo tierno corazon adivinaba los secretos sufrimientos del príncipe, intentaba en vano mitigarlos, ofreciéndole disponer en su favor el ánimo de Tecuixpa. El Tezcucano la escuchaba con amarga sonrisa y respondia con entereza.

—He jurado sobre el cadáver de Velazquez respetar los encantos de la que lo ama aun bajo la losa del sepulcro. La sombra del muerto está de contínuo entre Tecuixpa y Cacumatzin, y el corazon de Tecuixpa es tan frio para Cacumatzin, como el fantasma de aquel cadáver.

Gualcazinla conmovida se alejaba llorando, y el príncipe, que la seguia con la vista, solia murmurar con ahogado acento:

—Ella llora por mí sobre la cabeza de su hijo: ¡Tecuixpa no será nunca madre! ¡su corazon no tiene ya amor, ni su seno fecundidad: la muerte reina en el alma jóven y virginal de Tecuixpa! ¡Desgraciada niña! ¡Cuán hermosa parece la mujer de un guerrero cuando tiene en sus brazos la prenda de su ternura, y le enseña á pronunciar el nombre de su padre!.... ¡Asi veo muchas veces á la esposa del príncipe de Tacuba; pero nadie verá así á la esposa del de Tezcuco!

Un dia en que estaban solos díjole Tecuixpa:

—Me acuerdo que fuiste despojado de tus dominios hereditarios, príncipe de Tezcuco, y anoche, pensando en aquella injusticia, rogué á los dioses se la perdonasen al desgraciado Motezuma, y me decidí á rogarte perdonases tambien á tu usurpador hermano, al cual sin duda has arrojado ya del trono de tus padres.

—Tezcuco conserva á su nuevo rey, respondió Cacumatzin. Mi hermano es pérfido y desleal; pero no lo aborrezco: él debe apetecer el trono y apreciar la vida, porque es amado: posee una mujer y dos hijos hermosos como la esperanza.

—Tú tambien serás esposo y padre, dijo suspirando la princesa: yo sola estoy condenada á vivir solitaria sobre la tierra, como árbol sin raiz y sin frutos; porque mi alma está sin calor y no hay ya quien me diga, ¡yo te amo!

Al escuchar aquellas palabras olvidó el Tezcucano su habitual reserva, esclamando con exaltacion:

—No dices verdad, hija de Motezuma; porque la tierra no ama tanto al astro que la fecunda, como ama tus encantos, y aun tus desvíos, un guerrero que calla en tu presencia, como si los dioses no le hubiesen concedido jamás el don de espresar sus sentimientos.

La princesa, preocupada con su perenne idea, respondió tristemente.

—La muerte ha cerrado aquellos lábios que me decian *yo te amo*: el corazon en que reinaba Tecuixpa no es mas que polvo. Pero es verdad que fuí amada. ¡Cuán dichosa me contemplaba entonces! prosiguió con cierta enagenacion y como si hablase consigo misma. ¿Qué música es aquella que enseñaron

los dioses al hombre que dice: yo te amo? ¿De dónde proviene el rayo devorador que lanzan los ojos de un amante? ¡Oh, tú, querido de mi alma! ¡tú, mas hermoso que el sol y que la luna; tú, cuyas palabras, mas suaves que los vientecillos de la noche y que la voz del sinsonte que se querella en el bosque, eran para mi corazon lo que es el rocío para las plantas agostadas, vuelve una vez siquiera á mirarme con tus ojos que me hacian morir de felicidad: ¡vuelve, vuelve á besar mi frente como lo hiciste en aquel dia dulce y terrible en que nos separamos! ¿No sientes arder mi cabeza bajo el fuego de tu boca?... Tú boca ha robado sus llamas al Popocatepec, y sus perfumes al Floripundio y al Jocoxochilt! ¡Tu boca es la puerta del cielo, y por ella salen tus suspiros que abrasan, y tus palabras de amor que se parecen á los cánticos divinos de los espíritus benéficos. ¡Ven, y déjame sentir el movimiento de tu seno, que se agita como las olas de la gran laguna al recibir el soplo de Tlalóc. (1) No me dejes: te lo suplico invocando el nombre de la mujer feliz que te dió vida en su seno: quiero seguirte á la batalla. Los genios del amor irán conmigo y te cubrirán con invisible escudo, para que no puedan llegar á tu cabeza las flechas del enemigo.

Estremecióse la princesa de repente, y completamente enagenada, los ojos fijos, los cabellos erizados, las manos trémulas y los labios convulsos, prosiguió:

—¡Tu cabeza! ¡ay! ¡tu cabeza está ya cubierta de sangre, que cae á raudales manchando el pavimen-

---

(1) Era dios de las aguas.

to!... ¿Quién tiende sobre tu rostro de luz ese velo amarillo, que nopueden traspasar ni mis ojos ni mis labios?... ¡Es la muerte! ¡huye! ¡sálvate! ¡escóndete dentro de mi pecho!...

En su apasionado delirio, los brazos de Tecuixpa ciñeron el cuello de Cacumatzin, y su hermosa cabeza se inclinó desfallecida sobre el agitado seno del jóven príncipe.

¡Martirio inconcebible! ¡El amor recibia las caricias de la demencia!...

Tecuixpa recobraba lentamente su razon, y como se sentia amorosamente sostenida, articuló con acento dulcísimo, creyendo probablemente que hablaba á su hermana:

—¿Eres tú, mi consolador espíritu? ¿Eres tú, mi único apoyo sobre la tierra? He padecido mucho, pero siempre que padezco, que pierdo el juicio, que me siento morir, te hallo á tí, que me abrazas y me dices: «Vive, Tecuixpa, porque yo tambien te amo, y Tecuixpa, que te escucha, vive para tí.

Tembló de pies á cabeza el príncipe de Tezcuco. ¿Eran dirigidas á él aquellas palabras? La sangre suspendió su curso á la violenta impresion de miedo y de esperanza que súbitamente recibia. Hubiera querido que el tiempo inmóvil hiciese eterno aquel instante en que le era dada la dicha de *dudar*. ¡Oh! ¡cuán atroz destino el de aquel para quien es una felicidad *la duda*!

La princesa, cerrados con languidez sus largos párpados, pálida y desfallecida aun, añadió con acento débil y afectuoso.

—He estado loca: háblame: llama mi razon con tu dulce voz: pronuncia las palabras bienhechoras que el génio de la piedad coloca en tus lábios.

—¡Yo te adoro! esclama fuera de sí el Tezcucano.

La princesa, como si despertase de un sueño, arroja un penetrante grito, y desasiendose de los brazos que la oprimen, huye despavorida.

De este modo ve disiparse el desgraciado amante su loca y fugitiva esperanza: su antigua impetuosidad renace bajo tan brusco golpe, y arrancándose los cabellos grita con desesperacion.

—¡Mujer mas feroz que los juagares! ¡maldito sea aquel sol que alumbró tu salida al mundo de los hombres! ¡Malditas las entrañas de pedernal en donde se formó tu corazon!

Escucha empero en aquel instante los lastimeros sollozos de la princesa, y apagados al punto los estallidos de su enojo desbordado por un instante, cae trémulo y confuso á las plantas de su adorada vírgen.

—Perdóname, la dice; yo te amo y no puedo sepultar por mas tiempo en mi pecho este fuego que me devora. Pero me alejo de tí para siempre, hija de Motezuma, y te pido por último favor que olvides la flaqueza de que has sido testigo. Si algun dia necesitas un corazon enérgico y un brazo jamás vencido, llama á Cacumatzin, y si acaso la muerte me llama antes que tú, acuérdate alguna vez cuando vayas á llorar sobre la tumba de Velazquez, que el que le conquistó aquel lecho para su eterno sueño, duerme tambien olvidado en otro, que tus lágrimas no regarán jamás.

La princesa conmovida quiso contestar: ¿iba tal vez á conceder á aquel amor sublime una benéfica esperanza?..... Nadie puede saberlo: cuando Tecuixpa desplegó sus lábios ya Cacumatzin habia desaparecido.

CAPITULO II.

Terminacion del amor.

Tres dias despues de aquel en que se verificó la escena que hemos referido, Cacumatzin trataba con el príncipe su hermano y muchos nobles de sus Estados sobre los medios mas convenientes que podian adoptarse para recobrar su cetro. Súpolo Cuicuitzcat, y se dispuso á resistir con toda la confianza que le inspiraban sus partidarios; pero aguardábale al desdichado próximo y triste desengaño.

Cacumatzin, reuniendo rápidamente un considerable ejército, le acometió con aquel irresistible ardor del desesperado, que no teme arriesgar una existencia aborrecida.

El usurpador, derrotado, intentó buscar la salvacion en precipitada fuga; pero fué hecho prisionero y como todos los que habian abrazado su partido, se encontró á merced del vencedor, que ostentó con general sorpresa una clemencia que le fué fatal.

Perdonó generosamente al desleal hermano, teniendo la imprudencia de dejarle en absoluta libertad y con todas las prerogativas debidas á su rango, con-

tentándose con emplear su rigor en los principales jefes del partido usurpador.

Restituido, pues, en pocos dias á su antiguo poder con júbilo de una gran parte de sus súbditos, ocupóse esclusivamente en preparar ausilios á Quetlahuaca para en el caso de que se viera el imperio nuevamente invadido por los españoles, y aunque todos echasen de ver la mudanza verificada en su carácter, nadie podia reconvenirle con justicia de que descuidase sus dobles deberes de súbdito y de monarca.

El destino empero parecia ensañado contra aquel ilustre príncipe, como contra toda la familia de Motezuma. El ingrato hermano, tan magnánimamente perdonado, conspiraba en secreto contra su clemente vencedor, y los viles partidarios del desnaturalizado príncipe se hallaban dispuestos á emplear los medios mas inícuos con tal que les asegurasen el triunfo de su causa, ya en apariencia desesperada.

Paseábase una tarde Cacumatzin á las orillas del lago: sus ojos procuraban distinguir entre las torres de la vecina Méjico los lúgubres capiteles del *palacio del duelo*. Allí respiraba Tecuixpa: aquel vasto sepulcro de mármol negro encerraba á la que era la vida de su alma: pero, ¡ah! el corazon de la ingrata estaba tan frio como los muros de su fúnebre morada, y al tender el príncipe sus miradas por la estension de aquel lago tranquilo, buscando á lo lejos un punto negro perdido entre los vapores del crepúsculo, pensó que estaba viendo la imágen de su destino.

Aquel lago reposado y desierto era su existencia, antes tan agitada, ahora sin movimiento ni interés, monótona, fria, estancada, por decirlo asi. Aquel punto negro que perseguian sus ojos, al través de las bru-

mas de la cercana noche, era su porvenir: su porvenir oscuro y triste, perdido en una inmensidad de vacío, como aquella torre aislada y lúgubre en los campos de la atmósfera.

Un sentimiento profundo de melancolía llenó su corazon, y por la primera vez de su vida sintió bañarse de lágrimas su mejillas.

Pensó en Tecuixpa y en los dias felices en que esperaba poder llamarla suya. Amábala entonces, aunque apenas salia de la infancia la hija de Montezuma, y recordaba ahora con tristísimo placer sus juegos inocentes, sus candorosas coqueterías, sus pueriles enfados. Algunos meses han bastado para hacer de aquella niña hechicera una mujer adorable. En poco tiempo su risueña figura ha adquirido gracias que seducen y atractivos que inflaman. ¡Pero qué mucho si el amor ha sido el astro á cuyos rayos abrió aquel tierno capullo sus perfumadas hojas!.... Algunos dias de amor son para la mujer toda una existencia. ¡Dichoso el mortal que hizo desenvolver con su mirada los encantos virginales de la niña, que se convierte en mujer para entrar en los campos del porvenir, como la crisálida que despliega sus alas á los destellos del sol y se lanza á beber la luz, meciéndose blandamente en el imperio de los céfiros.

—¡Ese mortal feliz no he sido yo! decia amargamente el de Tezcuco. La tierna planta que cultivaba mi esperanza dió sus flores á otro, y ahora riegan mis lágrimas sus estériles raices.

En el mismo instante en que se entrega el príncipe á tan tristes ideas, una piragua, que se desliza silenciosamente por la superficie del lago, se dirige al sitio en que se ha detenido para aban-

donarse con libertad á sus cavilaciones. El príncipe hace ademan de alejarse, pero las brisas de la noche, que ya enluta la tierra, traen á sus oidos ecos que pronuncian su nombre. Se detiene entonces y aguarda sorprendido. La piragua se acerca con mayor rapidez.

¿De dónde viene? ¿quién la conduce?

Ignóralo Cacumatzin, pero su corazon se agita y presiente que algun gran acontecimiento vá á señalar aquella hora de su vida.

La piragua toca ya la orilla y un hombre salta en tierra.

—¿Puedes decirme, esclama dirigiéndose al príncipe, en dónde encontraré en este instante al soberano de Tezcuco?

—La oscuridad de la noche te ha impedido conocerle, responde; estás hablando con el que buscas.

Inclinóse respetuosamente el de la piragua y dijo en voz baja:

—Vengo de Méjico y soy enviado á tí por la princesa Tecuixpa.

A tan poderoso nombre estremécese Cacumatzin y dice con acento conmovido:

—¿Ocurre alguna novedad en la familia de Motezuma?

—Dícese en palacio, respondió el mensajero, que los espíritus han hablado al nuevo emperador en el desvelo de sus noches, y que le mandaron en nombre de Motezuma sentar en su trono á la princesa Tecuixpa, de la que soy humilde esclavo.

Dícese igualmente que tu prometida se niega con lágrimas á enlazarse al emperador; pero que los sacerdotes la obligan á ello, porque los dioses han

declarado que solo cumpliendo este mandato se desarmará su ira.

—¡Mientes, esclavo! esclamó con impetuosa impaciencia el de Tezcuco: Quetlahuaca no ama á la hija de Motezuma.

—Y sin embargo, poderoso Tlatoani, respondió sin inmutarse su interlocutor, la tomará por esposa antes que la noche recoja su manto. Así se asegura en palacio y la princesa me ha dicho:

«Dí á Cacumatzin que antes moriré que ser esposa del emperador mi tio: que si algun hombre recibe los juramentos de Tecuixpa solo será aquel á quien la destinaba su padre, que mora en lo alto.»

Pasóse Cacumatzin las manos por los ojos, como si quisiera cerciorarse de que estaba despierto, y el esclavo añadió:

—La princesa, que sabe lo que debe á tu amor y constancia, te llama en su ausilio, y este cordon de oro, que habrás visto muchas veces ciñendo su talle, es la prenda que me ha fiado para que me acredite por su enviado.

—Mientes, esclavo, mientes para adularme, volvió á decir el príncipe, cuyo corazon palpitaba, sin embargo, con violencia. Todo lo que has dicho carece de fundamento y verosimilitud. Antes que la noche se encuentre á la mitad de su carrera estaré en el palacio del duelo: hablaré á la princesa, y descubierto tu vil engaño, serás castigado severamente, aun cuando fueses el mismo Tlacatecolt.

—La princesa te aguarda al punto, y si tardas un momento llegarás tarde, respondió impasible el de la piragua. Tengo órden de conducirte yo mismo.

—¡Mientes! volvió á decir vacilando ya el de Tezcuco.

—Adios, pues, dijo el esclavo: antes de una hora Tecuixpa será esposa del emperador: asi lo mandan los espíritus y asi lo aconseja Motezuma.

—¡No lo será mientras yo exista! gritó Cacumatzin: ¡no lo será, aun cuando lo manden todos los espíritus que pueblan la inmensidad de los cielos, y cuantos muertos ha devorado la tierra!

Saltó ligero en la piragua al pronunciar estas palabras, y le siguió presuroso el enviado de Tecuixpa. Dos hombres mas que se habian quedado en la embarcacion, y que parecian remeros, saludaron en silencio al recien llegado, bajando sus frentes hasta el piso de la piragua, que virando rápidamente al impulso de los remos, comenzó á surcar las sosegadas aguas.

Cacumatzin se sumergió en sus pensamientos. Era increible cuanto habia escuchado, y encontraba todas las apariencias de un cuento absurdo en aquel repentino enlace de Quetlahuaca con la hija de Motezuma. Pero, ¿con qué objeto se habia de inventar aquella novela? ¿Quién tendria el atrevimiento de burlarse asi de un soberano?

Mientras hacia tales reflexiones, la piragua se encontró en la mitad del lago, desierto completamente en aquellas horas. Cacumatzin se puso en pié y saludando la torre del palacio que se distinguia claramente á los primeros rayos de la luna que acababa de aparecer,

—¡Vamos! gritó á sus compañeros: Si Tecuixpa espera ¿cómo no haceis volar vuestra piraguu? ¡Dad mas vigoroso impulso á los remos: la noche es hermosa: el lago está tranquilo: cumplid vuestro deber!

—¡Cumplido está! gritó una voz tremenda, y una

hacha de pedernal descargada por el robusto brazo del fingido esclavo, hizo caer al príncipe bañada en sangre su cabeza.

—¡Traidores! fué lo que pudo articular con voz moribunda.

—¡Tirano! respondieron las tres voces de sus asesinos: tu reinado acabó.

Perdida la voz y casi el conocimiento, aun se defendia Cacumatzin, que acababa de conocer en los agresores á tres nobles de sus Estados; pero sus fuerzas no ayudaban ya á su valor. Cayó segunda vez desfallecido, murmurando confusamente el adorado nombre de Tecuixpa, y el último aliento de su pecho, traspasado de heridas, fué apagado entre las dormidas olas que sepultaron su cadáver sangriento.

Al ruido que produjo su caida se unió esta alegre esclamacion que alzaron sus verdugos:

—¡Viva Cuicuitzcat-zin, rey de Tezcuco! (1)

La piragua, rápida como una saeta, comenzó á alejarse con direccion á Tezcuco, mientras que todavía señalaban los oscilantes círculos del agua el paraje en que se habia sepultado Cacumatzin. Pronto empero recobró aquella superficie su terso cristal; dejó de oirse el lejano rumor de los remos de la piragua, y los regicidas desembarcaron silenciosamente en Tezcuco, que brillaba á la claridad de la luna como una serpiente de plata dormida á las orillas del lago.

---

(1) Ya hemos advertido á los lectores que la sílaba *zin* con que terminan muchos nombres mejicanos, es una voz de respeto con que se distinguía á los personajes elevados, y especialmente á los reyes.

CAPITULO III.

Otra pérdida.

Mientras preparaba la mas villana traicion el fin desastroso que acabamos de referir al valiente príncipe de Tezcuco, Quetlahuaca esperimentaba en Méjico inquietudes y temores que hacian honor á su prevision y prudencia, pues cuando algunos incautos mejicanos, enorgullecidos con su pasado triunfo, se creian á salvo de una segunda invasion española, el nuevo monarca se aprestaba á resistir nuevos y mayores peligros, temiéndolo todo de aquellos hombres que hasta en su derrota y fuga parecian auxiliados por un poder aterrador é invisible.

En efecto, la célebre batalla de Otumba, en que salieron vencedores contra todas las probabilidades, prestaba sobrado fundamento á los temores de Quetlahuaca, y era á sus ojos una clara señal del favor que dispensaba el destino á los atrevidos usurpadores. Sabido es que Cortés, fugitivo con las míseras reliquias de su pequeño ejército, debió á su intrepidez y admirable serenidad una nueva victoria contra las numerosas huestes del imperio, que le iban persiguiendo resueltas á destruirle.

Aquellos soldados maltratados, faltos de víveres,

que huian en desórden por un pais enemigo, sin esperanzas de salvacion, vieron todavía retroceder acobardado ante sus destrozadas banderas al ejército mejicano, por una de aquellas felices inspiraciones del génio, que mas de una vez han dado el triunfo á Napoleon, y que entonces salvaron de una muerte cierta al osado aventurero, á quien llamaban los destinos al rango formidable de conquistador de un mundo.

Nadie ignora que el caudillo español supo aprovecharse en medio del conflicto de su deshecha tropa, del conocimiento que tenia de la supersticion mejicana, que hacia depender la victoria de la conservacion del estandarte imperial. Poniendo todo su empeño en hacerse dueño de aquella venerada insignia, y consiguiendo su objeto á fuerzas de personales proezas, vió huir despavoridos á sus innumerables vencedores, dejándole poseedor de un riquísimo botin, que le permitió continuar su marcha y llegar felizmente al dia siguiente al territorio de Tlascala.

En vano Quetlahuaca se apresuró á despachar embajadores á aquella república con magníficos presentes y proposiciones patrióticas, brindándole la paz y una ventajosa alianza, á fin de esterminar, unidos á los invasores estranjeros, á quienes debia considerar como enemigos comunes: los tlascaltecas, fieles al pacto que habian jurado, se mostraron sordos á los ruegos y amenazas del imperio, y recibieron á Cortés con tanta alegria y entusiasmo como si con él se hubiese salvado la libertad de la república.

Perdiendo Quetlahuaca la esperanza de vencer aquella funesta fidelidad que guardaban sus vecinos á la alianza contraida con los enemigos, solo trató

de reanimar el valor de sus súbditos, á quienes la pérdida del estandarte habia parecido una señal aterradora de la cólera celeste, y Guatimozin, llamado por él, acudió á Méjico al frente de la juventud Tacubense, dispuesta á seguir á su bizarro príncipe, que ardia en deseos de penetrar en Tlascala, y arrancar del propio seno de los fieros republicanos al odioso enemigo que se empeñaban en protejer.

No se opuso Quetlahuca á tan generosa impaciencia, y se dispuso á sostenerle con toda la fuerza de sus ejércitos; pero estaba decretado por el destino que no fuese aquel monarca el defensor glorioso y desdichado del trono vacilante, que debia caer arrastrando consigo á un príncipe mas grande y mas infeliz.

Cuando todos los mejicanos se aprestaban gozosos á la guerra con Tlascala, y el jóven rey de Tacuba entusiasmaba y enardecia los ejércitos, orgullosos de verle á su frente, una funesta enfermedad que recibió América de sus conquistadores, (1) asaltó súbitamente al nuevo emperador, y sus progresos fueron tan rápidos y terribles, que no permitian la menor esperanza de salvacion.

Conociendo Quetlahuaca tan triste verdad, hizo llamar á su presencia á Guatimozin, y aunque ya moribundo, tuvo con aquel príncipe una larga conferencia, en la que manifestó tanta prevision como serenidad y prudencia.

—Los dioses no me conceden la dicha de morir defendiendo á mi patria, dijo con voz débil pero con semblante sereno. Soy llamado cerca de Motezuma sin haber tenido tiempo para reparar los males que

(1) La viruela.

ocasionó al imperio su funesta ceguedad; pero muero tranquilo, porque preveo que el imperio al perderme ganará un monarca mas grande que yo, á quien los espíritus celestes llaman á la gloriosa suerte de salvar á estos pueblos ó perecer heróicamente por ellos y con ellos. Tu eres ese monarca, héroe de Tacuba; á tí llaman los destinos al trono de los desgraciados Aztecas, y veo en tus ojos el fuego sagrado de aquel entusiasmo, que sino siempre manda á la fortuna, jamás encuentra inexorable á la glória. Tu frente ciñó las coronas del triunfo cuando todavía no tenias la estatura de un hombre, y en la edad juvenil, en que solo se anhelan las conquistas del amor; vás á encargarte con otra corona de la gran empresa de conquistar la veneracion de un imperio, al mismo tiempo que su libertad. Porque no te hagas ilusion respecto á nuestros peligros, que son graves y numerosos.

¿Qué hay que temer, dicen algunos imprudentes, de de un capitan rebelde y proscrito por su rey, que con un puñado de aventureros hambrientos ha ido á implorar la piedad de una república, que no hemos sujetado, sino para tener enemigos que ofrecer en holocausto á nuestros dioses?

No lo creas así, Guatimozin: no te duermas en la seguridad de una loca confianza.

Aquel capitan rebelde es un gran guerrero, que ningun rey puede proscribir cuando conozca lo que vale. Su ingenio esclavizó el espíritu del gran Motezuma; su osadía le ha hecho permanecer entre nosotros y mandarnos á pesar nuestro: su sagacidad ha sabido arrancarnos las ventajas obtenidas en el último combate; su fortuna, en fin, y su valor le acompañan por todas partes, y le hacen mas temible que

si le cercase un ejército tan numeroso como las arenas de la gran laguna. Tlascala, esa república orgullosa y guerrera que ha resistido á todas las fuerzas del imperio, Tlascala acoje en su seno al afortunado enemigo y se dispone á sostenerlo. Tezcuco ha perdido recientemente por la mas cobarde traicion al valiente Cacumatzin, y el fratricida que ocupa su trono es una hechura de Córtes, y que sabe que nada debe esperar de los legítimos príncipes del imperio, sino el castigo de su odiosa y vil usurpacion. ¡Cuántos otros señores poderosos no han dado muestras, para oprobio del nombre mejicano, de mas afecto por los estrajeros que por sus propios conciudadanos! ¡Cuántos pueblos, que seducen las pérfidas promesas del enemigo, no creen ver en sus príncipes tiranos aborrecidos por los dioses, y en los advenedizos regeneradores divinos! La enfermedad que mina las fuerzas del imperio está en en su propio seno, y los enemigos esteriores no son ciertamente mas temibles que el gérmen funesto de destruccion que alimentamos nosotros mismos.

No, Cortés no tiene un puñado de hombres: tiene á Tlascala, á Tezcuco, á otros muchos pueblos á quienes ha cegado Tlacatecolt. No nos amenazan solamente las máquinas de muerte de los estranjeros: tambien se aprestan á aniquilarnos nuestras disenciones, nuestras rivalidades, nuestros ódios, y el desaliento de unos pueblos que han visto sucumbir como un arbolillo que destroza el huracan, al grande, al fuerte Motezuma, á la llegada de esos hombres que se anuncian como hijos del sol. La discordia y la supersticion son en nuestro propio seno los mas poderosos ausiliares de aquellos enemigos que tienen ya en lo esterior el sosten de una república belico-

sa; de un momento á otro pueden recibir nuevas fuerzas, porque no es creible que su rey desdeñe el imperio con que le brindan.

¡Están proscritos, dicen, están hambrientos! ¡ay! ¡tanto peor para nosotros! Están proscritos; tienen detrás la muerte y delante un imperio, cuyas puertas les abren los mismos que debieran defenderlas: están hambrientos y ven nuestro suelo cargado de riquezas: ¿cómo han de resolverse á dejarlo? Nada teme el que nada tiene que perder y el valor de la desesperacion es el mas invencible.

Hizo una pausa Quetlahuaca porque su lengua se iba entorpeciendo y turbándose su razon: Guatimozin, inclinado sobre el lecho, le escuchaba con profunda emocion y quiso entonces contestarle, mas no lo permitió el moribundo, que volvió á tomar la palabra, si bien ya con acento mas confuso, todavía con tranquilo semblante.

—Los dioses, dijo, te han concedido un corazon y una inteligencia clara como el sol: tu razon se ha madurado temprano porque has vivido en dias de agitacion y desventura.

Tu eres, pues, el elegido para oponerte al desborde fatal de un volcan que vá á reventar bajo tus plantas. Si el triunfo corona tus esfuerzos tú serás grande entre los grandes, dichoso entre los dichosos, y harás que tu reino sea famoso y respetado mucho mas allá de toda la estension de las aguas: pero si sucumbes.... ¡Oh Guatimozin!.... tu nombre no morirá contigo y él bastará á salvar la gloria del nombre de los Aztecas y á...... ¿qué es esto?..... te has ido, Guatimozin?..... No siento tu mano que apretaba la mia..... no te veo...... y me falta...... me falta la voz. ¡Ven! acércate... que te bendiga un rey

moribundo..... ¡Guatimozin!..... quiero ceñirte por mi..... mano..... la..... coro.......

No acabó la comenzada frase, y rindió la vida en los brazos del esposo de Gualcazinla que, arrodillándose á su lado,

—¡Yo lo juro por tu alma que abandona la tierra, esclamó: ¡lo juro por tu cadáver que aprieto contra mi corazon! ¡Descansa en paz, hijo de Axayacat! ¡La tierra que te cubra no será hollada por plantas estranjeras mientras no sea regada con la última gota de mi sangre!

Levantóse cuando hubo prestado ante la muerte aquel juramento solemne, y presentándose á los príncipes y guerreros que llenaban los salones del palacio,

—Quetlahuaca ha muerto, les dijo, y he jurado sobre su cadáver que antes que se haya convertido en polvo en el seno de la tierra, la regaré con la sangre de los enemigos de Méjico, ó con la de mis venas.

Un grito unánime respondió:

—¡Viva el emperador Guatimozin! ¡Mueran los enemigo de Méjico.



CAPITULO IV.

Guatimozin emperador.

En el transcurso de algunas semanas habian ido á reunirse á los héroes que sucumbieron en la *noche triste, el príncipe de la lanza mortal* y el prudente Quetlahuaca, dejando vacante el trono, que se disputaran tantas ambiciones, apagadas entonces por la muerte, para que subiese á ocuparlo el amable adolescente, destinado á lavarle con su sangre del baldon de las agenas flaquezas, sepultándose con gloria en sus míseros escombros. Tenoxtitlan habia levantado la voz unánime de sus seiscientos mil habitantes, aclamando emperador al jóven soberano de Tacuba, y aquel grito encontró un eco fiel en todas las provincias á donde los veloces correos de la metrópoli hicieran llegar rápidamente la inesperada noticia de la muerte de Quetlahuaca.

Los electores no tuvieron que hacer mas que confirmar el voto general del imperio, y apenas se celebraron las exequias fúnebres del difunto, solo se pensó en la coronacion del nuevo emperador. General era el regocijo que causaba al pueblo la eleccion del jóven héroe. La mayor parte de los poderosos princi-

pes del imperio acudian á la capital con séquito verdaderamente régio para asistir á la ceremonia que se disponia, y el movímiento estraordinario que en todas partes se notaba, era indicio del general entusiasmo con que se esperaba.

Cubiertas estaban de contínuo las espaciosas calzadas por la multitud diligente, que de minuto en minuto aumentaba el número de los moradores de Tenoxtitlan: los canales se veian surcados á todas las horas del dia, y aun en las primeras de la noche, por innumerables piraguas cargadas de mercancías y víveres, así es, que no escaseaba nada en la gran plaza de Tlatelulco, á pesar del aumento de consumo, y en todos los templos y palacios se hacian preparativos de fiesta, que el pueblo acudia á contemplar invadiendo los pórticos y llenando las plazas.

Amaneció despejado y brillante el dia señalado para la inauguracion del nuevo reinado: jamás el sol espléndido de la zona ecuatorial iluminó con mas puros rayos las felices regiones mejicanas. Diríase que el astro propicio se gozaba en asociarse por última vez, en toda la plenitud de su gloria, á la de los reyes Aztecas, próxima á hundirse en un eclipse eterno.

A los primeros albores, la inmensa ciudad de Méjico apareció engalanada, presentando un aspecto singularmente pintoresco. Las fachadas de las casas ostentaban colgaduras de varios colores que ondulaban graciosamente al soplo de las auras matinales, relumbrando á los rayos del naciente dia las franjas de oro y de plata, con que estaban recamadas las que adornaban los palacios de la alta nobleza. Las azoteas, cubiertas de tiestos de flores bajo de arcos simétricos de enredaderas floridas, parecian jardi-

nes aéreos, cuyos perfumes se elevaban cual una ofrenda á la aurora, que teñia de azul y rosa las ligeras nubes que flotaban bajo la magnífica bóveda de aquel cielo privilegiado.

El empedrado de las calles desaparecia bajo una alfombra de verdes palmas que el pueblo tendia con alegre clamoreo, y las jóvenes *mezecualas* (plebeyas) adornadas con su vestido de fiesta, corrian á los templos llevando colgados de ambos brazos cestillos de mimbre, llenos de resinas olorosas y de flores esquisitas, que depositaban con religioso respeto en los umbrales de las sagradas puertas. Todos los habitantes abandonaban las casas para acudir á las plalas, especialmente á la de Tlatelulco, donde se notaba una afluencia tal, que apenas habia en aquella estension inmensa un palmo de tierra para cada individuo. Los almacenes y las droguerias que cobijaba el grandioso pórtico, rivalizaban aquel dia en el lujo con que ostentaban sus efectos, patentes en ricas anaquelerias de oloroso cedro y de ébano rojo, conocido vulgarmente por el nombre de granadillo.

Todos los teocalis, abiertos desde el amanecer, exhalaban de los descubiertos altares blancas nubes del precioso *Tecopalli*, (1) que se perdian entre las azules de la atmósfera; mientras el sol reflejaba sus rayos en las láminas de oro é innumerable pedreria que adornaba á los colosales ídolos.

En el gran templo de Huitzilopochtli debian inmolarse las víctimas humanas que un uso bárbar prescribia desde el principio de la monarquía me-

---

(1) El Tecopalli, en nada inferior al incienso de la Arabia, se quemaba únicamente en honor de los dioses.

jicana, como requisito indispensable del ceremonial de la coronacion. Las víctimas eran, por lo comun, prisioneros de guerra hechos por el monarca electo, que los presentaba á los sacerdotes como trofeos de su valor y testimonio de su veneracion por los dioses. Los destinados á la sangrienta hecatombe en el dia á que nos referimos, eran seis españoles trasladados á la capital desde Tepeaca, donde habian sido echos prisioneros cuando salieron fugitivos de Méjico, conservándolos para ser iumolados á las formidables deidades del imperio. Esta circunstancia aumentaba escesivamente la curiosidad con que por lo comun asistia el pueblo á aquellos horribles sacrificios, y tanto al menos como la coronacion de Guatimozin, escitaba la alegria de los mejicanos en aquella ocasion solemne, la certeza de ver correr en las aras de sus dioses la sangre aborrecida de los opresores de su suelo.

Serian apenas las diez de la mañana cuando los grupos que cercaban el palacio del jóven electo vieron abrirse sus puertas para dar entrada á los electores, que magníficamente ataviados y con las insignias de su dignidad, venian á buscarle para conducirle al templo. Formaban el séquito de aquellos príncipes todos los grandes señores, ministros, consejeros, generales y magistrados del imperio, llevando los primeros su correspondiente acompañamiento y los pendones de sus Estados.

Netzalc, á quien la elevacion de su hermano al trono imperial hacia dueño de Tacuba, ocupaba su puesto entre los electores, y Coanacot, legítimo señor de Tezcuco por la muerte de Cacumatzin, aunque no posesionado todavía de sus dominios, venia tambien con un lucido cortejo de súbditos leales

que, como la mayor parte de los nobles del imperio, le habian aclamado sucesor del desventurado amante de Tecuixpa, brindándole su apoyo para arrancar el cetro al fratricida Cuicuitzcat. Saludaron todos á Guatimozin inclinándose respetuosamente, y el mas anciano de los electores, alzando la voz con acento y ademan grave, dijo:

—Grande ha sido la pérdida del imperio mejicano al morir el prudente y animoso príncipe que acababa de salvar su gloria, arrojando de este suelo á los feroces enemigos que lo ensangrentaban con sus enormes crímenes, y que todavía no han perdido tal vez la esperanza de volver á oprimirlo y á deshonrarlo con sus plantas.

La desgracia que hemos tenido perdiendo á un monarca amado, se hace doblemente funesta por haber acaecido en tiempos tan turbulentos, cuando la guerra civil, ya encendida en Tezcuco, germina ocultamente en casi todos los dominios mejicanos: y nos amaga ademas la audacia de aquel enemigo abominable á quien sostiene Tlascala y mira propicio Mechoacan.

No te desalientes, sin embargo, generoso jóven, á quien llaman los dioses al sólio de los Aztecas: ellos acaban de dar una clara muestra del amor que dispensan á estos pueblos, iluminando nuestro entendimiento en una eleccion difícil, á fin de que únanimemente te ofrezcamos la imperial corona, á cuyo peso no bastaria menor fortaleza que la de tu invencible corazon. Regocíjate tu tambien, ¡oh tierra bendecida! el señor que te damos no usará de su poder para oprimirte, ni se enervará entre la pompa de la grandeza, haciendo estériles tus entrañas fecundas. ¡Regocijaos todos, pueblos del Anahuac, porque

hábitos blancos que hacian resaltar singularmente los estravagantes matices de sus rostros, pintados con tintas de diversos colores, entre los cuales predominaba el negro, y en medio de aquellas caprichosas y repugnantes figuras se veian á los prisioneros españoles, totalmente desnudos, enflaquecidos y pálidos, pero con la frente serena y la mirada desdeñosa.

Eran aquellos desventurados seis soldados jóvenes de la tropa aventurera en quien habia impreso Cortés la marca de su genio; porque no hay duda en que los hombres superiores levantan á todos aquellos que están en contacto con ellos. Avezados á los peligros, familiarizados con la muerte que tantas veces habian desafiado en los combates, aprestábanse tranquilos para el horrible sacrificio, y aun se notó en sus labios una sonrisa burlesca al contemplar el singular aspecto de su repugnante escolta.

Sin embargo, cuando vieron vibrar en la nervuda mano del Teopiltzin el agudo *Iztli* (1) que debia despedazar sus pechos, y la rojiza luz de veinte teas de maderas resinosas, reverberó en la enorme piedra del sacrificio, aun no bien seca de la última sangre que sobre ella se vertiera, horrorizadas las víctimas no pudieron reprimir un movimiento espontáneo, y retrocedieron un paso. Alarmados los verdugos se abalanzaron presurosos, como aves de rapiña encima de su presa, y arrastrándolos al ara comenzaron con bárbara complacencia los preparativos del sacrificio.

---

(1) Llamábase Iztli una piedra singularmente bella, de la que hacian lanzas, cuchillos etc.

Reinó por un instante silencio profundo: oyóse en seguida el áspero sonido de la carne que rasgaba lentamente el filo del pedernal: vióse saltar la sangre sobre los mármoles de la capilla, manchando los blancos hábitos de los sacrificadores.... pero ni un gemido indicó los atroces tormentos de las víctimas, y el Dios de la guerra vió sucesivamente sobre su altar nefando seis corazones heróicos; que fueran antes templo de tan ingrato númen.

El pontífice, haciendo levantar á Guatimozin, que durante el sacrificio habia permanecido inclinado sobre las gradas del altar, le mostró los sangrientos despojos de las víctimas, cuyos cuerpos privados del corazon y la cabeza (que eran las ofrendas gratas al Dios) fueron en seguida arrojados al pueblo que llenaba la plaza, desde lo alto de la meseta en que se celebraba la hecatombe.

Cumpliendo las fórmulas de la ceremonia, Guatimozin rogó á Huitzilopochtli aceptase grato el holocausto, y tras su breve plegaria entonaron los sacerdotes un himno semi-guerrero y semi-religioso, del cual apenas acertaremos á dar imperfectísima idea en la libre traduccion siguiente.

CANTO DE LOS SACERDOTES DE HUITZILOPOCHTLI.

¡Númen de gloria! ¡espíritu de guerra!
Tú, que la tierra recorriendo próvido
Cobras tributo, dispensando fama,
¡Huitzilopóchtli!
¡Tú, á cuyo acento se estremece el orbe!
Tú, á cuyo soplo, que amontona ruinas,
Leyes se borran, desparecen pueblos,
¡Tronos se abisman!

¡Tú, que el derecho á tu capricho fundas,
Fallo dictando á la victoria dócil,
Arbitra siempre en las sangrientas lides,
Huitzilopóchtli!
¡Tú, que á palacios donde el sol reposa,
Palmas ciñendo de verdor eterno,
Llevas del campo á las invictas almas,
Dignas de premio! (1)
¡Tú, que á la muerte su pavor le arrancas,
Grato brindando al corazon inmóvil
Fresco sepulcro en el sangriento campo,
Huitzilopóchtli!
Huitzilopóchtli! espíritu sublime!
Tú, que fijando nuestra incierta planta
Rápida hiciste descender del cielo
Aguíla osada! (2)
Tú, que dominio en estranjera tiera
Diste al Azteca peregrino, indómito,

(1) Hablando de la religion de Mèjico observa Clavijero que es imposible encontrar dogma mas propio para escitar al heroismo. Segun las crencias mejicanas, el guerrero que sucumbia en el campo de batalla, el prisionero de guerra inmolado en los altares, y tambien las mujeres que perecian á consecuencia de los dolores de la maternídad, eran acojidos por el sol en sus celestes alcázares, en los que, ceñidos de inmarchitables palmas, gozaban una eternidad de súblimes regocijos.

(2) Segun las profecias, los Aztecas debian fundar su imperio donde encontrasen un águila sobre un nopal. Fugitivos y perseguidos por los Coluhas y otros reyes del Anahuac, encontraron en efecto al águila predicha en el paraje en que se fundó Tenoxtitlan, y tuvo principio aquel reino que se hizo en poco tiempo tan poderoso y tan temido.

Nunca olvidado de tu nombre escelso,
Huitzilopóchtli!
Huizilopochtli! espíritu potente!
Tú, que alentando al pueblo perseguido,
Ante sus plantas humillar le viste
Reyes altivos!
¡Huitzilopóchtli, que valor y gloria
Siempre al Azteca dispensaste pródigo!
¡Hoy te imploramos, nuestra voz escucha,
Huitzilopóchtli!
¡Huitzilopóchtli! nuestra humilde ofrenda
Grato recibe, y tu favor divino
Dále al valiente que en tu templo augusto
Miras ungido!
¡Sea su brazo de tu imperio apoyo!
¡Sea su pecho tu inmutable Teócali!
¡Sea tu nombre de sus triunfos prenda,
Huitzilopóchtli!

Terminado este himno, cuyos ecos repitieron dilatadamente las bóvedas del templo, el pontífice se acercó á Guatimozin y le ungió solemnemente con un aromoso óleo: en seguida los príncipes de Tezcuco y Tacuba, primeros electores, le ciñeron la augusta *Copilli* (1) y le revistieron con el manto imperial. El jóven monarca, bello y magestuoso con aquel atavío, quemó incienso á los pies del ídolo y demandó la bendicion del pontífice, que se la otorgó conmovido, articulando con acento grave estas palabras solemnes.

¡Guatimozin emperador! ¡sé justo!
¡Guatimozin emperador! ¡sé fuerte!
¡Guatimozin emperador! ¡sé religioso!

---

(1) *Copilli* era la corona imperial.

Todos los circunstantes esclâmaron despues: ¡Gloria á Huitzilopochtli! ¡Gloria al emperador! ¡Gloria á Méjico!

La ceremonia habia terminado: los sacerdotes se retiraron, y el emperador y su comitiva salieron de aquel templo para ir á visitar otros, que cercaban al del númen predilecto.

Tezcalepuzca, Dios creador y juez de los hombres: *tlaloc*, divinidad de las aguas; *Tonatioh*, genio de la luz, que era el sol; *Meztli*, diosa de la noche, que era la luna; *Yacateuctli*, Dios del comercio; *Bentoott*, diosa de la agricultura; en fin, todos los genios de su mitología recibieron propicios el puro *Tecopalli*, que quemó en sus aras el nuevo soberano, y los ecos de innumerables santuarios devolvieron las preces, dirigidas al cielo en su favor por los cinco mil sacerdotes que estaban consagrados al servicio de aquella inmensa reunion de templos.

No siéndonos posible reproducir aquí, sin cansar al lector, todos los himnos religiosos compuestos ó improvisados en aquel dia, nos limitaremos á traducir, tan imperfectamente como el anterior, el que dedicaron los *Teopixques* al formidable *Tlacatecolt*, genio tan maligno como poderoso.

CANTO DE LOS SACERDOTES DE TLACATECOLT.

Tu, que en la noche lóbrega,
Bajo tu sól io de ébano,
Teniendo de cadáveres
Alfombras á tus pies,
Dictas con eco lúgubre
A la discordia pérfida,

Asoladoras órdenes
Que obedecidas ves.
Tú, que á los vientos rápidos
Prestas silbidos hórridos,
Y centenarios árboles
Descuajas á su voz.
Tú, que á la muerte escuálida,
Que es de tu imperio súbdita,
Armas el brazo impávido
Con imbotable hoz.
Tú, cuyo aliento férvido
Rasga la nube grávida,
Y en el fugaz relámpago
Haces tu luz brillar.
Tú, que en las altas cúspides,
Que cubre nieve cándida,
Bocas abres ignívomas
Con sordo rebramar.
Tú, que á la tierra sólida
Mandas se agite trémula,
Y cual los llanos líquidos
Vorágines abrir.
Tú, que á las pestes lívidas
Prestas veloces hálitos;
Y oyes cual grata música
Las ánimas gemir.
¡Tú, el de mirar terrífico!
Tú, el de la voz horrísona!
Tú, de los pechos tímidos
Fantasma aterrador!
No con ojos maléficos
Mires al pueblo impávido,
Que palpitantes víctimas
Sacrificó en tu honor.

Y haz que el ilustre príncipe
Que hoy á tu sacro Teócali
Llega con alma intrépida
Tu poder á admirar;
¡Nunca con ecos flébiles,
Ni con cobardes lágrimas,
Manche las aras fúnebres
De tu sangriento altar!

Era ya de noche cuando Guatimozin, terminada la procesion, fué instalado solemnemente en el palacio imperial, donde debia recibir al siguiente dia el juramento de los príncipes tributarios. Algunos minutos despues toda la poblacion se habia convertido en inmensa escena de públicos regocijos. Nobles y plebeyos se confundian en alegres danzas que se formaban en las plazas, y los teatros no podian contener la escesiva concurrencia que en aquella fausta noche los favorecia.

Se nos ocurre de súbito que al oirnos mencionar por primera vez los teatros de Méjico, algunos de nuestros lectores, si no todos, se sonreirán con aire discretamente incrédulo, y se creerán con derecho por lo menos de compadecer nuestra ignorancia, á la cual pueden atribuir caritativamente el error absurdo de conceder tan notable distintivo de civilizacion, á un pueblo que aprendieron á llamar *bárbaro* desde que supieron leer la historia de su conquista. ¡Historia bien incomprensible por cierto, pues desmiente en cada una de sus páginas el epiteto que consigna; aplicado á aquella gran nacion cuya conquista no seria sin duda tan gloriosa como la pinta y como á nuestros ojos aparece, si aquella calificacion fuese verdaderamente exacta!

Nosotros, que acabamos de describir con imparcial veracidad y profundo horror, los sacrificios cruentos que deshonraban la religion Azteca, como en otros tiempos la egipcia, la griega, etc. no olvidamos tampoco que la culta Europa inmolaba tambien víctimas humanas al Dios de amor y de misericordia, con tan fanático celo como los *bàrbaros* de Méjico á sus belicosas deidades. ¿Buscaremos rasgos de una civilizacion mas adelantada que la que se lee en la sangrienta piedra de los Teocalis mejicanos, en las hogueras de la inquisicion, á cuya fatídica luz celebraba España el acrecentamiento de su poder y los nuevos resplandores de su gloria?...

No nos detendremos, sin embargo, en estas observaciones, y volviendo á nuestro objeto diremos con sencillez, justificàndonos anticipadamente con aquellos de nuestros lectores que intenten poner en duda la veracidad de que nos jactamos, que los *bárbaros* de Méjico tenian teatros; sino miente Cortés, y como él muchos respetables escritores.

La poesía, primer arte conocido en todos los pueblos del mundo, no era meramente entre los aztecas el inspirado lenguaje consagrado á los dioses; era en realidad un arte progresivamente perfeccionado, segun puede juzgarse por los pocos fragmentos que escaparon de la devastacion de los conquistadores.

Un docto jesuita milanés ha publicado algunos versos mejicanos en una gramática de dicha lengua, y solo el miedo de no acertar á traducirlos dignamente nos retrae del deseo de hacérselos conocer á nuestros lectores.

Pero no cultivaban solamente la poesía lírica, sino tambien la dramática. Boturini dice que la comedia mejicana era *escelente*, y que conoce dos composi-

ciones dramáticas religiosas, en las que ha admirado, á par del ingenio de sus autores, la espresion y armonía de la lengua. Acosta describe una funcion teatral de Cholula que, segun observa Clavijero, hace recordar el comienzo del teatro griego.

En la ciudad de Tenoxtitlan habia varios sitios destinados á representaciones dramáticas: el principal era un gran terraplen de piedra en la plaza de Tlatelulco, alto para que los actores fuesen vistos y oidos por todos los espectadores, y descubierto para que se inspirasen aquellos con la vista del magnífico cielo ecuatorial.

En la noche á que nos referimos, las funciones teatrales, así como los bailes, abundaban en todos los pórticos de los templos y de los palacios.

Cómicos, músicos, juglares y titiriteros vagaban de una en otra plaza, y aunque la habilidad de los primeros no nos sea notoria, y la ciencia de los segundos no nos preste ocasion de encarecerla, bien podremos disimular sus imperfecciones á favor de la inimitable destreza de los últimos, y asociándoles en nuestra descripcion con aquellos bailes ingeniosos, que creemos haber mencionado antes, y de los que acaso nos convendria hacer particular análisis en un tiempo como el presente, en que tanta boga alcanza el *talento coreográfico*.

Resistiendo, sin embargo, á la seductora tentacion, solo añadiremos que los bailes mejicanos, (no indignos de figurar al lado de *la Sílfide y la Ondina*, que tantas coronas han conquistado á los alados piececitos de la encantadora *Guy*, (1) eran alegóri-

(1) Los frenólogos, que colocan en la cabeza todos los talentos y pasiones, declarándola en consecuencia (lo que

cos, espresivos, notables por su elegancia y su variedad. Acompañábanse regularmente con el canto, comenzando por andante y concluyendo en alegro, Representaban con ellos batallas, amores, ó hechos memorables de su historia, siendo tan honestas y graves algunas de aquellas danzas, que se conservan todavía y se ejecutan en los templos de Méjico en ciertas solemnidades religiosas. Mientras el pueblo se divertia en aquellas fiestas, Guatimozin, fatigado por las emociones del dia, iba á deponer en brazos de su esposa el envidiado peso de aquella corona imperial, que debia trocar en breve por la mas augusta y santa de un glorioso martirio.

---

ya era de *hecho* antes que la asistiese el *derecho*) única parte del cuerpo humano digna de llevar lauros, nos perdonarán si, á fuer de veraces, y á propósito del ingenio que se admira en la invencion de algunos bailes, mencionamos las coronas que ha tributado el público madrileño á la celebre bailarina, cuyos pies reconocemos y proclamamos muy dignos de ceñirlas, digan lo que quieran los secuaces de Gall, y por mucho que se indigne la sombra de aquel loco de Tasso, que despues de cantar la Jerusalen solo obtuvo la corona sobre el mármol de la tumba.

Aquellas gentes no prodigaban coronas: verdad es que entre ellas no sucedia lo que hoy nos acontece, que haya pies de mas valor que muchas cabezas.



CAPITULO V.

Esposo, padre y rey.

En el mismo aposento del alcázar imperial en que presentamos por primera vez á nuestros lectores la prole de Motezuma, hallábanse reunidos al comienzo de la noche á que nos referimos en el anterior capítulo, los restos preciosos de aquella infortunada familia.

Despojada la cabeza de sus negras trenzas, en muestra de su profundo duelo, y sin otro atavio que una larga y ancha túnica de lúgubre color, estaba la viuda de Motezuma acurrucada en silencio á un estremo del aposento, mientras su hijo se entretenia en arrancar una á una las marchitas hojas de una guirnalda de cipres y de *cempoalxochitl*, (1) que acababa de desceñirse Tecuixpa.

Esta jóven princesa, cuya hermosura parecia crecer al riego de sus lágrimas, como las flores con el

---

(1) *Cempoalxochitl* quiere decir *flor de los muertos*. En Europa se conoce dicha flor con el nombre de clavel de India.

rocío del cielo, en vez del espejo que disputára meses antes á sus tiernos hermanos, llenos de vida entonces como ella, hoy despojos de la muerte, tenia en sus manos un velo negro y túpido, que salpicaban las perlas de sus ojos: era el paño mortuorio que cubrió el cadáver de Velazquez hasta el instante de las exequias.

Tecuixpa contemplaba tristemente aquel lienzo funeral, menos oscuro que los largos cabellos que caian en desórden seductor sobre su desnuda espalda, y cantaba en voz baja el estribillo de una cancion española, que le habia enseñado su malogrado amante.

«¡Mas pasan las dichas
Cual humo veloz,
Y solo en el alma
Se arraiga el dolor!»

—Triste es tu canto, hermana, dijo Gualcazinla, que dormia á Uchelit meciéndolo en sus rodillas.

—Triste como mi corazon, respondió Tecuixpa. ¿Ves este paño teñido con el color de la noche? pues mira, Gualcazinla, mas negros son todavía los pensamientos de tu hermana. Los dioses arrojan algunas veces al alma de los mortales tinieblas mas profundas que las que dieron por ropaje á la noche.

—No hables así, ¡oh Tecuixpa! dijo la esposa de Guatimozin: hoy ha lucido un sol hermoso para las hijas de Motezuma. Guatimozin acaba de elevarse al sólio de *Acamapit* (1) y los dioses han mirado benignos al pueblo de *Mexitli* (2).

---

(1) Acamapit ó Acamapitzin, segun le llamaban sus súbditos, fué el primer rey azteca: comenzó á reinar, segun se infiere, por los años de 1325 á 1328.

(2) *Mexitli*, segun unos era el mismo *Huitzilopochtli*;

—Esas cosas, repuso Tecuixpa moviendo su linda cabeza, las saben y las celebran los que viven entre los vivos; ¡ pero triste de aquella que ha apacentado su alma en la memoria de los muertos!.. ¿Por qué ciñe la frente de tu esposo la sagrada *Copilli*? (3) ¿Qué se ha hecho su padre el de los cabellos blancos, bajo los cuales, como bajo la nieve de los volcanes, ardia el santo fuego de la virtud y del valor? ¿Dónde están el soberbio Tlatoani de Matalcingo, el sábio Quetlahuaca, sin rival en el consejo, y aquel Cacumatzin, bravo entre los mas bravos é ilustre entre los mas ilustres? Sopló Tlacatecolt y desaparecieron como el polvo que se levanta en los caminos. ¡Asi se disipan tambien las esperanzas del hombre: sus esperanzas son, como él, frágiles y fugaces! ¡Son semillas sembradas en arena; palacios levantados sobre olas!

—Desecha esas ideas, te lo suplico á nombre de los dioses, esclamó la nueva emperatriz. Los muertos descansan tranquilos en sus lechos de piedra, bajo la proteccion de *Tonatioh* y *Meztli*: (el sol y la luna:) sus hazañas empero viven eternas en los recuerdos de sus compatriotas, que han sembrado de pálidas *cempoalxochitl* el silencioso *Michoal* (1).

---

segun otros el jefe de los aztecas, que los guiò durante su peregrinacion.

(3) Ya hemos dicho que *Copilli* era el nombre que daban á la corona imperial.

(1) *Michoal*, como en otra parte hemos dicho, quiere decir *campo de la muerte*: en él habian sido sepultadas las cenizas de aquellos que sucumbieron en la noche triste; pero no las de Cacumatzin, segun se infiere de lo que en breve oiremos á Tecuixpa.

¿Por qué, pues, entristecer á los que aman con memorias de los que ya no padecen?.. Deja á los muertos, ¡oh Tecuixpa! ¡déjalos dormir tranquilos en sus lechos de piedra!

—¡Lechos horribles! dijo estremeciéndose la princesa: ¡lechos jamás calentados por el amor. y en los que la eterna noche no derrama nunca sus sueños embalsamados por halagüeñas mentiras! ¿Cómo yace allí encadenado, por el brazo invisible de la muerte, aquel que nunca conoció el reposo? ¿Cómo duerme, olvidado de todo, aquel cuyo pensamiento era grande y fecundo como el sol? ¡Velazquez, pasan dias y dias, y siglos y siglos pasarán sin que sacuda tu corazon el letargo del sepulcro!... ¡Siempre allí, en ese lecho donde se reposa sin fatiga, donde se duerme sin sueño, donde se existe sin vida!... ¡Dichoso tú, Cacumatzin! ¡dichoso tú, que al menos no yaces perpétuamente clavado al marmol de una estrecha sepultura! ¡tú descendiste entre argentadas olas acariciadas por la luna, al fresco abismo donde tiene sus palacios al caprichoso *Tlaloc,* y te adornaste de corales y perlas para el festin de las almas!

—Te empeñas en hablar de eso, dijo Gualcazinla, como un niño en jugar con la flecha que le puede herir. ¡Hermana! tus acentos amargos asustan á los genios benignos que aguardan el sueño de mi hijo.

—Tienes razon, repuso Tecuixpa; perdóname y callaré: suenan mal los recuerdos cerca de una vida que no tiene pasado todavía. Imitaré á Miazochil: mira como calla y se bebe sus lágrimas en silencio. Es mas sábia que yo.

La viuda de Motezuma respondió solamente con un suspiro, y besó la cabeza de su hijo que reclinára en su pecho.

—¡Tambien tu eres madre! murmuró Tecuixpa. Algo te queda de tu esposo: una chispa de su alma, una gota de su sangre! En ese hijo posees todavía el amor de tu esposo. ¡Desgraciada de aquella que con el corazon abrasado de amor no vió jamás fecundarse su seno! ¡Desgraciada de aquella que llora sobre las cenizas de su amado sin tener un hijo que la diga: «¡consuélate madre mia! tu ventura vive en mí: yo soy el fruto de tu amor.»

—Tecuixpa, dijo Gualcazinla disimulando su enternecimiento bajo aparente severidad. Esas palabras suenan mal en boca de las vírgenes. Los lábios de aquellas que aun no han recibido los ósculos del hombre, son puros como las flores que acaban de abrirse, y no deben exhalar sino aromas suaves, dignos de volar al cielo en alas de los vientecillos. Los gemidos de desesperado amor, los suspiros de estériles deseos, los recuerdos de placeres perdidos, solo son justos en aquellas que, como Miazochil, ven y sienten en medio de la fria y lóbrega sombra de sus noches de duelo, que tienen de sobra la mitad del lecho y que tienen de menos la mitad de su alma. (1)

En aquel instante la puerta de caoba de aquella cámara régia se abrió de par en par, y apareció Guatimozin ornado con las insignias imperiales.

—Tu esposo es ya padre del imperio, dijo á Gualcazinla, y ella se arrodilló sin soltar á su hijo, diciendo con fervoroso acento:

---

(1) No tratando de apropiarnos este delicado pensamiento, rendimos homenaje, de paso, al antiguo poeta que nos lo ha sugerido.

—¡Que el supremo *Teotl* (1) ilumine tu entendimiento! ¡Que el gran Huitzilopochtli vigorice tu corazon, y siempre te sean propicios los apacibles *Tepixtotones*! (2) Bendice á tu hijo y pon sobre su cabeza tu mano imperial, á fin de que digan algun dia los guerreros aztecas: «Es digno de aquel varon que lo enjendró y á quien llamaron los dioses al trono de Acamapit, á pesar de que todavía no habian visto sus ojos las flores de veinte y dos primaveras en los campos de su patria.»

Guatimozin se acercó respetuosamente á la viuda de Motezuma y la dijo:

—Dá tréguas á tu llanto, hija de héroes, y ruega tambien á los espíritus divinos miren con benignos

---

(1) *Teotl* quiere decir, y creemos que no es está la primera vez que lo advertimos, *grande espíritu* ó *espíritu supremo*. En el politeismo mejicano, *Teotl* ocupaba el primer lugar. Considerábanle como divinidad soberana, absoluta, incorpórea, orígen de la sabiduría y foco de las virtudes. No se le consagraban templos ni se le representaba bajo ninguna especie de forma. El único templo que juzgaban digno de aquel omnipotente espíritu era el cielo, donde reinaba sobre todos los dioses. Es merecedora de observacion la semejanza que existe entre el nombre *Teotl* dado por los mejicanos á su Dios supremo, y el de *Theos*, conque los griegos designan á la divinidad. Nòtese tambien cuanto se parece en ambas lenguas la composicion de las palabras en que entra aquel nombre. *Teocali*, que quiere decir *palacio de Dios*; *Teopixque* que significa *custodio ó guardador de Dios*, son nombres muy semejantes en su formacion á los de *Teocrácia*, *Teofilo*, etc.

(2) Tepitotones, ó dioses domésticos, protegian la paz de las familias.

ojos al que hoy encumbra el imperio al sólio de Motezuma. Los dioses escuchan siempre las súplicas de los infelices, y ratifican la bendicion de las viudas.

—¡Bendito seas, pues! dijo con debil voz pero con viva ternura la enlutada emperatriz. Los dioses presten fortaleza á tus hombros juveniles para que no te encorbes jamás bajo el peso de la corona.

—No lo temas, repuso el héroe, mis miembros han recibido el óleo santo y se han vuelto como de hierro. Siento que á la solemne voz del Hueiteopixque ha descendido á mi alma, desde los alcázares celestes donde habitan olvidados de sus antiguos rencores, el sublime aliento de los héroes de Atzcapuzalco (1) y de los descendientes de Chimalpopoca. ¡Viuda de Motezuma! la sangre de los viles enemigos ó la propia de mis venas lavará las manchas de la gloria azteca, y la sombra de tu esposo podrá entrar sin vergüenza en los palacios del sol, porque su hijo habrá borrado para siempre el recuerdo de sus flaquezas.

—¡Tú, Tecuixpa! depon el luto y ciñe tu frente con guirnaldas, porque hoy el pueblo canta el himno de los guerreros, y hasta los muertos se estremecen en sus tumbas con ardor de gloria y con sed de libertad!

El pueblo, en efecto atronaba la plaza con los jubilosos gritos: ¡viva Méjico! ¡Viva el emperador! Guatimozin entusiasmado respondió á sus voces:

—¡Sí, gloria á Méjico! ¡Gloria ó muerte! ¡Palmas en la frente ó sobre la sepultura!

---

(1) Los héroes de Atzcapuzalco eran los Tepanecas, de quienes descendia.

—¡Guatimozin! dijo la jóven soberana: ¿no piensas ya sino en la gloria? ¿olvidas que eres padre porque te ves rey? ¿No tienen ya tus lábios besos para Uchelit, y solo guardas en el pecho deseo de venganza y ambicion de triunfos? Mira, mira á tu hijo: lo has despertado con tus gritos y te tiende los brazos llamándote padre.

—Ellos tambien son mis hijos, respondió Guatimozin señalando á la plaza que llenaba multitud de gente; tambien me llaman padre los mejicanos. Augusto es hoy mi carácter, princesa, y tremenda la responsabilidad que contraigo. Pero nada temas: ¡sabré ser rey como esposo y padre! Ven; ¿por qué humedeces tus ojos con el llanto?... Ven, Gualcazinla, y apóyate con tu niño sobre mi corazon, lleno de amor por ambos. Esta noche feliz soy todo tuyo: mañana seré de ellos: mañana, hija de Motezuma, no me pidas caricias de ternura ni lágrimas de felicidad; porque mañana me pedirá el imperio desvelos que aseguren su reposo, esfuerzos que restablezcan su gloria.

—Tu mujer no es una esclava, incapáz de comprender esas cosas, dijo la emperatriz. Soy hija, nieta y esposa de reyes: no hay cobardía en mi corazon ni bajeza en mis pensamientos.

Eres la mitad mas querida de mi alma, repuso abrazándola su esposo. Si algun dia mi nombre suena en los cantos de los trovadores y las generaciones futuras me llaman grande, á tí lo deberé, Gualcazinla. Tus ojos encienden á la vez la llama del amor y la del heroismo. La mujer hermosa y digna tiene el poder de los dioses y merece culto como ellos.

Los esposos habian quedado solos. Miazochil fué á buscar en vano en su desierto tálamo un reposo

que la huia, endulzando las amarguras de su insomnio con las caricias de su huérfano hijo. Tecuixpa, indignada y á la par enternecida, por el espectáculo del amor casto y venturoso que estaba condenada á no conocer jamás, desapareció tambien arrastrando el lúgubre manto en que se habia envuelto; y mientras Guatimozin y Gualcazinla olvidaban uno en brazos del otro las grandezas y los pesares del mundo, la desolada vírgen respondia á los alegres vítores del pueblo, blando arrullo del sueño de los régios esposos, con el triste estribillo de la cancion española que entonaba al compas de sus gemidos.

«Mas pasan las dichas
Cual humo veloz,
Y solo en el alma
Se arraiga el dolor.»



CAPITULO VI.

Disposiciones del emperador.

Guatimozin realizó exactamente lo que indicára á su consorte. Digno del escelso puesto á que le encumbráran los destinos, dedicóse con ardor desde el primer dia de su reinado á restaurar al imperio de sus recientes desastres, restableciendo el órden, robusteciendo el gobierno, reorganizando al ejército, fortificando la metrópoli, acabando, en fin, con rapidez y acierto cuanto habia comenzado el prudente Quetlahuaca, cuyos últimos consejos guardaba en su memoria con veneracion religiosa.

Fué ademas una de sus primeras disposiciones despachar embajadores á Tlascala proponiendo á aquella república paz y ventajosa alianza, si consentia en espulsar de su seno al comun enemigo, y declarándola una guerra sin tregua en el caso de que, tenaz en su funesto empeño, prosiguiese prestando asilo y concediendo estima á las míseras reliquias de la gente estranjera.

Otros embajadores salieron al mismo tiempo para el vecino reino de Mechoacan, antiguo enemigo del

imperio; pero al cual la política del nuevo emperador, proponiendo el olvido de los pasados rencores, brindaba concordia duradera y cordial amistad, al participarle la derrota de los adversarios y su elevacion al trono de los Aztecas.

Mientras tanto desempeñaban dichas misiones los nobles encargados de ellas, Coanacot, lejítimo heredero del reino de Tezcuco, se disponia á arrojar de él al fratricida Cuicuitzcat, con la fuerza de numerosa hueste que puso á su disposicion Guatimozin, comprendiendo el peligro de dejar por mas tiempo en posesion de uno de los mas importantes y cercanos dominios, á un príncipe usurpador que solo podia hallar interesado apoyo en los enemigos del imperio.

No era flaco todavía el bando ó partido que se habia identificado á la causa de Cuicuitzcat, á pesar de que de dia en dia se hiciese mayor el desconcepto de aquel príncipe, y mas atrevida la oposicion que le hiciera desde su encumbramiento al trono la nobleza que habia parmanecido fiel á la lejitimidad; pero en vano el usurpador, lleno de miedo al saber las disposiciones del imperio, procuró ganar á los desafectos y entusiasmar á los parciales: en vano estos correspondieron á sus deseos, defendiendo á costa de la propia sangre el cetro que indignamente empuñára; Coanacot se abrió con las armas las puertas de Tezcuco; arrancó de las sienes del usurpador la corona de sus abuelos, y se hubiera ceñido á la par los laureles de la gloria, si no castigando un crímen odioso con otro igual, ahorrarse á la gloriosa dinastía Chichimeca el borron del doble fratricidio de que dió en sus últimos dias triste y escandoloso ejemplo.

Murió Cuicuitzcat, segun se dijo, á mano de su propio hermano.

Tezcuco empero solemnizó con públicos regocijos la coronacion del nuevo rey que, ratificando su vasallaje al imperio, estrechó aun mas los vínculos de alianza que de largo tiempo los unian, tomando por esposa á una hermana del nuevo emperador, y enviando la única suya al tálamo de Netzalc, príncipe reinante de Tacuba.

Aquel doble himeneo colocaba en los solios mas antiguos del Anahuac dos jóvenes princesas célebres por su hermosura: Otalitza, la adorada del malogrado Huasco, la bella de tez pálida, de ojos negros y lánguidos, de talle flexible, de cuello delgado, de diminuto pié y afiligranada mano: la delicada y aromosa flor nacida para adornar la última rama del arbol imperial de Atzcapuzalco; y la encantadora Teutila de mórvidas formas, de abultado seno, de centelleantes miradas, postrero y precioso fruto de los regios amores del gran Nezahualpili; delicia y orgullo del pueblo de Acolhuacan (1).

Jamás tantas beldades en la primavera de la vida habian prestado su esplendor al de los solios del Anahuac: jamás tantos jóvenes y valerosos príncipes habian empuñado al mismo tiempo los cetros de aquellos florecientes Estados: diríase que el destino se gozaba en adornar el imperio, condenado á muerte, poniendo á su cabeza la mas gloriosa y bella juventud de sus varias dinastias; como en un

(1) Acolhuacan era el primitivo nombre del reino de Tezcuco.

tiempo se coronaba de las mas hermosas flores la víctima destinada al sacrificio.

Nada, sin embargo, anunciaba en tan bonancibles dias la catástrofe que se iba preparando. Los pueblos gozosos celebraban la imperial clemencia que acababa de disminuir considerablemente los tributos establecidos hasta entonces: la mayor parte de los nobles, que esperaban recuperar sus prerogativas en el nuevo reinado, se adherian sinceramente á la causa del imperio, y Guatimozin infatigable no perdia ningun medio de captarse el general afecto, imponiendo respeto á los enemigos con la rectitud y vigilancia de su gobierno, la fuerza y buena disciplina de sus ejércitos y la cordial armonía que procuraba establecer entre todos sus poderosos tributarios.

Fortificada Tenoxtitlan, guardadas por respetables tercios las fronteras que separaban al imperio de la república de Tlascala, creyéndose en vísperas de celebrar alianza con esta y con el reino vecino, consideróse Guatimozin á salvo de cualquiera invasion estranjera, y sus imprudentes súbditos comenzaron á despreciar y á poner en olvido aquellos ante quienes tembláran pocos meses antes, y que ya imaginaban tan perdidos que se desdeñaban de aborrecerlos.

Tan errónea confianza no se alteró, ni aun cuando se supo de positivo que los Tlascaltecas, desechando con indignacion las proposiciones de alianza, se aprestaban á defender con las armas á los refugiados en su suelo; y que el altivo y rencoroso Tarasco (1) en vez de corresponder á los prudentes y cor-

(1) *Tarasco* era el nombre de las tribus que poblaron el pais de Mechoacan, y los naturales lo conservaron siempre.

diales deseos del nuevo emperador, revivia pasadas contiendas, amenazando con la guerra si no accedia el imperio á sus absurdas exijencias.

Guatimozin en medio de aquellos dos Estados que se declaraban enemigos, redobló su vigilancia y su actividad, disponiéndose para sostener la doble lucha y aspirando, tal vez, á ilustrar su reinado con la conquista de los únicos dominios que hubiesen logrado mantenerse hasta entonces independientes del imperio; circunstancia notable y casi increible si se considera el poder y la ambicion de los emperadores Aztecas.

Los aprestos de la doble guerra no inquietaron en manera alguna á los mejicanos; creíanse seguros del triunfo, pues no les intimidaba la arrogancia de la belicosa república, ni el arrojo de los implacables Tarascos: solamente las armas y la pericia de los españoles podian infundirles pavura; pero los españoles derrotados parecian sumidos en desaliento profundo: nada se sabia de ellos: yacian en aparente inercia, y los mejicanos pudieron suponerlos abandonados á la vez por la ambicion y por la fortuna.

¡Ay! ¡no sabian los míseros que se iba minando sordamente la tierra que pisaban; que era pérfida aquella calma, que adormeciendo sus sospechas preparaba la tempestad, y que el reposo de Cortés, semejante al del leon que se espereza con un rugido que estremece la selva, terminaria en breve con la espantosa sacudida que haria retemblar en sus cimientos los tronos americanos, desde las fragosas crestas de la sierra verde, hasta las incultas orillas del lago de Nicaragua!

CAPITULO VII.

Cortés en Tlascala.

En ninguna de las varias y difíciles circunstancias que rodearon á Hernan Cortés mientras caminaba con mas ó menós velocidad al término de su grandiosa empresa, se manifiesta tan superior su espíritu y tan firme su voluntad, como en aquellas de que actualmente tratamos.

Refugiado con las reliquias de su pequeño ejército en una república estranjera, que habia sido su enemiga y de cuya reciente é inmerecida amistad no podia prudentemente fiarse; no teniendo, sin embargo, otras esperanzas de salvacion que las fundadas en aquel inseguro apoyo, que era ademas muy débil contra las fuerzas de un imperio próximas á caer sobre él; proscrito en Cuba, execrado en Méjico; condenado por sus mismos compañeros que creian ya eclipsada para siempre su feliz estrella; desprovisto de fuerza para proseguir en su empeño y de recursos para efectuar la retirada; perdida su artillería, escaso de armas y aun de pólvora; en situacion, en fin, la mas deplorable y desesperada, Cortés meditaba en el silencio de su aparente desaliento el plan

mas vasto y atrevido que jamás concibiera entendimiento humano: ¡el de bloquear á Méjico! Apenas se hace creible tal audacia de pensamiento y tal perseverancia de intencion.

Erale de suma importancia para llevar á cabo su colosal proyecto captarse completamente la confianza de la república, y no desdeñó medio alguno para conseguirla, como en efecto sucedió, no obstante el imprevisto obstáculo que á su empeño oponia la naciente enemistad de un personaje poderoso.

Xicotencalt, jóven y esclarecido guerrero, primer general de la república, y hasta entonces el mas encarnizado enemigo del imperio, comenzó á mirar con ojeriza la estraordinaria popularidad que de dia en dia iba adquiriendo en Tlascala el caudillo estranjero, que no solamente conquistaba el ciego entusiasmo de la multitud, sino que tambien ejercia incontrastable influencia en el senado (1) y en la nobleza, que poco á poco iban dejándole en posesion de una especie de dictadura. Xicotencalt, para poner límites á aquel poder intruso y disfrazado, tenia que

(1) El gobierno de Tlascala, republicano aristócrata, es digno de atencion. El senado ó consejo, revestido delpoder ejecutivo, reunia tambien el supremo judicial, y en cierto tiempo del año tenian obligacion de viajar los senadores por susrespectivos distritos, en los cuales administraban justicia. ¡Cosa singular! (dice Beltrami): las secciones inglesas y las *Assises* francesas, cuya creacion se atribuye con orgullo la Gran Bretaña, eran conocidas y practicadas por pueblos á quienes llamamos *bárbaros*, cuando aquellas grandes naciones europeas gemian bajo el yugo vergonzoso de aquella tirania que mas tarde hicieron pesar sobre los pueblos americanos.

luchar con su mismo padre, varon generalmente venerado por su virtud, querido por su bondad, y al cual habia Cortés ganado de tal modo el corazon, que llegó hasta el punto de preferirle á su propio hijo, cuando vió imposible conciliar la amistad de ambos.

En vano el jóven hizo cundir alarmantes rumores respecto á los secretos designios del jefe español: en vano se afanó por intimidar al senado, pintando con vivos y verdaderos colores las humillaciones que se atrajera Motezuma por su ciega adhesion á aquellos pérfidos huéspedes; en vano, en fin, intentó sublevar al ejército para arrojar violentamente del suelo de Tlascala á los que eran á la par objeto de su envidia y de sus prudentes temores; todo fué inútil y hubo por último de resignarse á sufrirlos, y aun creyó conveniente deponer en apariencia sus sospechas y transijir con Cortés, para no perder completamente el favor de la república.

Llegado á este punto de valimiento; siéndole notorias la entereza y decision con que desecháran los Tlascaltecas las proposiciones del imperio, y habiendo visto desbaratarse á su soplo, por decirlo asi, todas las impotentes maquinaciones de Xicotencalt, único enemigo temible que tuviese en la república; resolvió Cortés dar principio á la ejecucion de sus deseos, allanando el camino que debia conducirle directamente al término glorioso de que no apartaba ni un instante su pensamiento.

Alarmando diestramente al senado con las hostiles prevenciones de Méjico, que cubria con sus tropas las fronteras; quejándose al mismo tiempo amargamente del sacrificio que habia hecho Tepeaca de los prisioneros españoles enviados á Méjico é

inmolados como hemos visto en la coronacion de Guatimozin; y jurando por su conciencia que no dejaria impune aquella sangrienta barbárie, pidió decididamente á la república fuerzas suficientes para marchar contra el comun enemigo, (que asi llamaba á Méjico) y ejecutar en él escarmiento tan terrible, que fuese proporcionado á la magnitud de la ofensa.

Natural era que vacilase el senado antes de acordar lo que reclamaba con empeño Cortés, juzgando cuerdamente que no debia la república tomar la iniciativa en una guerra en que era la mas débil; mayormente despues de haber desechado proposiciones de alianza por parte del imperio, al cual correspondia comenzar las hostilidades si proseguia constante en sus manifiestas intenciones; pero una circunstancia favorable á las miras del jefe estranjero decidió aquella cuestion, cuando mas acaloradamente se ventilaba, y la resolucion del senado fué cual aquel la deseaba.

Desmanes de algunos de los soldados mejicanos de los apostados en la frontera, que se propasaron á penetrar en una aldea del territorio de Tlascala, suministraron causa ó pretesto al senado para ceder á las exigencias del caudillo, que en pocos dias vió robustecidos sus aguerridos restos por algunos miles de Tlascaltecas escojidos, y marchó atrevidamente sobre Tepeaca.

Era dicha ciudad otra pequeña república bajo la proteccion del imperio, y si hemos de seguir á Bernal Diaz del Castillo, que á fuer de testigo ocular merece el crédito que alguna vez le rehusamos por no considerarle bastante imparcial; ademas de la defensa de sus propios guerreros, estaba guardada Tepeaca por tropas mejicanas. Como quiera que fuese,

su resistencia no mereció encomio y Cortés tomó tranquila posesion de la ciudad, enviando á la república por trofeo de la victoria una gran parte de sus habitantes, á los que declaró esclavos por auto solemne ante sus escribanos.

Undulando ya en las torres de sus Teocalis la bandera española, trocó Tepeaca su nombre por el de *Segura de la Frontera*, y fijando su cuartel en ella el vencedor repartió sus emisarios por todas las pequeñas poblaciones de las cercanías, recordándoles el vasallaje jurado al rey de Castilla, acusando al nuevo emperador mejicano de desleal y rebelde, como infractor de aquel solemne convenio, brindando, en fin, la paz, y jurando guerra y servidumbre á los que desechasen aquella. Cortés no se limitó á atemorizar por medio de tales amenazas, sino que, dispuesto á llevarlas á efecto, mandó trabajar públicamente en la ciudad sometida el hierro con que se proponia imprimir á los vencidos la marca de esclavitud.

A la vez que con muestras de tan escesivo rigor procuraba infundir espanto en los que se mostraban reacios en acudir á su llamamiento, ostentábase benigno y clemente con aquellos que, llenos de pavura, corrian á ratificar su homenaje.

Sin embargo, pequeñísimas eran todavía las ventajas alcanzadas: los sometidos hasta entonces no pasaban de ser pueblecillos de poca monta; gente labriega y pacífica, que ni como amiga ni como enemiga merecia consideracion; mientras que numerosos ejércitos mejicanos acudian veloces á atajar los pasos del invasor, cuya audacia no hubiera acaso bastado á sacarle airoso de aquel trance, sino le asistiese entonces, como siempre, decididamente la fortuna.

Un buque procedente de Cuba fondeó en aque-

llos dias en el puerto de Vera-Cruz: era portador de algunos peones y caballos que, con cartas para Narvaez, á quien suponia ya desembarazado de Cortés, enviaba el gobernador Diego Velazquez. No tardó el caudillo (favorecido por los leales amigos que habia dejado en la nombrada villa cuando emprendió su viaje á Méjico) en posesionarse por medio de un ingenioso engaño del buque y de su cargamento, que fué enviado incontinenti á la nueva villa sometida, con tan poco pesar de los emisarios de Velazquez, que llegados apenas al cuartel del enemigo se pusieron espontáneamente bajo su mando, dándole aviso de la próxima llegada de otro barco que con igual mision que el suyo debia llegar de un momento á otro. Cortés aprovechó la advertencia, y los engañados le ayudaron á engañar á los llegados posteriormente, que con no mayores escrúpulos se unieron gustosamente á los declarados rebeldes y traidores por la autoridad que los enviára.

Fortalecido el ejército español con tan inesperado auxilio, y con nuevas huestes de Tlascala que le mandó en recompensa de sus prisioneros la agradecida república, presentó Cortés batalla á los ejércitos mejicanos que se habian acampado á la inmediacion. Largo y encarnizado fué el combate: batíanse los aztecas con desesperado furor; pero derrotados completamente, buscaron su salvacion en la fuga, y el enemigo triunfante recorrió las inmediatas poblaciones, que llenas de espanto se daban prisa en ratificar el juramento de vasallaje prestado al monarca español; admirándose al mismo tiempo de la blandura y agasajo con que las trataba el vencedor, que asi se interesaba en hacerse amado por su clemencia como en temible por su severidad.

Vuelto apenas á Tepeaca comenzó á recojer Cortés los frutos de su política, en la sumision voluntaria que acudieron á prestarle algunos señores feudales, de los que conservaban al nuevo emperador parte de aquel odio que les habia inspirado la tiranía del segundo Motezuma; al mismo tiempo que otros buques enviados á Penuco y arribados á aquellas costas, prestaban refuerzo á sus tropas con mas de cien hombres de guerra, varias caballerías y abundante pertrecho de armas y municiones.

Pensó entonces en asegurarse la comunicacion con Vera Cruz, sujetando las provincias intermediarias, lo cual consiguió á pesar de la resistencia tenaz de muchas cohortes mejicanas que le disputaron palmo á palmo el terreno. Infatigable como atrevido, llevó sus armas vencedoras hasta Xocotlan, que defendido con igual valor que desgracia, hubo de entregarse á discrecion, logrando escapar con gran dificultad el venerable Ointeli para llevar á la metrópoli la triste nueva de los triunfos del enemigo.

Rico de gloria y de botin, volvió á entrar en Tlascala el ejército, dejando defendida á Tepeaca y asegurada la paz con muchos de los pueblos comarcanos. Vióse entonces á la feroz república celebrar con fiestas populares los desastres del imperio, y apacentarse en las lágrimas de las numerosas greyes que, con señal de esclavitud, eran vendidas como rebaños en las plazas públicas; mientras Cortés, dejándoles embriagar con el placer de la venganza, disponia la construccion de trece bergantines que le eran necesarios para la realizacion del gran proyecto de bloqueo.

Un solo individuo, ageno al general regocijo que

reinaba en Tlascala, seguia como su propia sombra al afortunado jefe estranjero; espiaba sus acciones y hasta sus pensamientos; clavábale frente á frente, alguna vez, miradas torvas y rencorosas; y aun se arrojó últimamente á decirle de súbito, con ademan esquivo y arrogante.

—¡Cuida de lo que haces y aun de lo que imaginas, guerrero vagabundo! Cuida, que no son todos ciegos y locos los hijos de Tláscala, y antes que dejar se ceben tus fieras en la sangre y en la carne de los pueblos del Anahuac, habrá alguno que sepa á dentelladas devorar las tuyas.

El osado que á tanto se aventuraba era el jóven general de la república: Xicotencalt, el animoso cuanto infortunado Xicotencalt, digno de una patria menos insana y de un conquistador mas benigno.



CAPITULO VIII.

Visita inesperada.

«¡Los teutlis de Oriente han sometido á Tepeaca! ¡El Malinche ha derrotado al gran general Tlochotloc, que mandaba las fuerzas del imperio! El Malinche y sus teutlis han llegado vencedores hasta Xocotlan!»

Tales eran las esclamaciones que por do quier se oian en la ciudad de Méjico; tales las que circulaban por Tezcuco, Tacuba, Xochimilco, Tiacopan, Quanahuac, Zopanco, Atenco, Tepepolco, Cuyoacan, Iztacpalapa y otras grandes poblaciones que cercaban á aquella; tales tambien las que articulaban con espanto los habitantes de Nopalocca, Mizantla, Nopalutna é Iztac, vecinos al teatro de los nuevos desastres; y tales, en fin, las que, llevadas por veloces correos á las distantes provincias, iban á estremecer en sus fragosos dominios al agreste Tlatoani de Xaltepec; á empalidecer de miedo en su suntuoso palacio basado sobre oro, al opulento dueño de Chihuahua; (1) y á quitar el sueño al voluptuoso príncipe de

(1 La residencia del Tlatoani de Chihuahua estaba pròxima al lugar conocido posteriormente por dicho nom-

Totonilco, cuya régia capital, hundida en un abismo de verdor y flores, perpétua mansion de los céfiros y de las aves canoras, yacia arrullada de contínuo por el murmullo soñoliento de sus numerosos rios (2).

No se abate, sin embargo, el esforzado ánimo del emperador, aunque sorprendido por aquel desastre: reune sus ejércitos, los reanima, los entusiasma, y resuelve marchar en persona al frente de ellos, para poner sitio á Tlascala.

La situacion de aquella república, defendida por los montes Matlalcueyes y otros igualmente escarpados, la hacian casi inespugnable para gentes desprovistas de máquinas de guerra y cuyas armas eran tan imperfectas; pero al ver tantos y tan bizarros ejércitos correr ansiosos y ardiendo en coraje á ponerse bajo el estandarte del imperio; al escuchar el varonil acento del jóven soberano, que debe llevarlos al combate y que ya les anuncia la victoria, alientánse en Méjico los mas tímidos y tiemblan los mas valientes en Tlascala.

Disputánse príncipes poderosos el honor de pelear bajo el mando del emperador, y acuden á

---

bre. Tenemos motivo para creer que la capital de aquel principado, ocupaba la falda de la montaña llamada *primería alta*, célebre por el oro que ha producido. Decíase que sus rios llevaban en sus arenas infinidad de partículas de aquel metal precioso.

(2) Totonilco está situada en el fondo de un valle profundo, dominado por escarpadas montañas. Atraviesan dicho valle arroyos y pequeños rios, que confluyen en un solo punto y forman la ribera que lleva el mismo nombre que el pueblo. Es uno de los mas hermosos paises de Méjico.

la capital con la juventud guerrera de sus Estados, el nuevo señor de Cuyoacan, hermano del malogrado Huasco, el brioso Tlatoani de Xochimilco, el sucesor de Quetlahuaca en los dominios de Istacpalapa, y los reyes de Tezcuco y de Tacuba, Coanacotzin y Netzalc, que abandonan el trono y el tálamo nupcial, apenas poseidos todavía, al grito de guerra lanzado por la metrópoli.

¡Oh! ¡cuántas lágrimas suceden entonces á los recientes regocijos! ¡cuántos hermosos ojos se anublan por el dolor, y de que bocas tan puras salen mil maldiciones contra los crueles deberes que impone la patria, contra las funestas ambiciones que encienden la guerra!

La linda y antes risueña Teutila, esposa y reina de un dia, pero amante antigua y fiel del gallardo Netzalc; Teutila, que ha llorado en poco tiempo la pérdida de dos de sus hermanos muertos por manos fraticidas; Teutila, que no ha heredado de Nazahualpili la fortaleza del alma, sino la ternura de su madre, muerta de pesar cuando un bárbaro heroismo la privó de un delincuente hijo; Teutila llena con su duelo el régio alcázar de Tacuba, y como si presintiese el funesto término de aquella lucha que le arrebata á su espôso cuando no se han secado todavía l s flores de su nupcial corona, se viste de lúgubre color y pasa los dias en el templo implorando con gemidos á las sordas deidades.

Otalitza, de frágil y delicada organizacion, criatura semi-aérea, nacida en los vergeles de Tacuba para los dulces amores y las blandas caricias; Otalitza, cuyo primer cariño fué apagado por la mano de la muerte y que necesita todos los desvelos de un nuevo amor para endulzar las amarguras de su acerba

desventura; Otalitza tambien suspira en soledad y tiembla al eco del clarin guerrero, que anuncia la contienda horrible que la priva ya de un padre y de un amante, que han sido sus primeras víctimas.

Más heroica, aunque no menos amante, la emperatriz de Méjico adornaba con sus colores el casco de su marido, y al colocarlo por sus propias manos en la cabeza querida, dice con acento trémulo pero con ademan firme:

—Sean las plumas de este casco la enseña que sigan los valientes, y herédelas tu hijo chamuscadas por el fuego del enemigo, pero nunca holladas por sus infames plantas. ¡Guatimozin! ¡Esposo de mi vida! yo clamaré á los dioses mientras combatas por la patria, y enseñaré á Uchelit á levantar sus manecitas al cielo en favor de su padre.

—¡Mitad la mas hermosa de mi alma! responde el héroe conmovido: ¡sublime es el aliento que se enciende al fuego de tus besos de amor, é invencible debe ostentarse el que pelea por la libertad de su pueblo y la gloria de su familia! Los Tepixtotones velen propicios en tu hogar durante mi ausencia, y concedáme el gran Huitzilopochtli volver pronto á el, para arrullar el sueño de mi hijo con el cántico de la victoria. Si otro es mi destino, añadió despues de breve pausa; ¡si el casco que me ciñe tu mano se queda adornando un cadáver en el campo de la lucha..., en ese caso, Gualcazinla, dí á los Tlatoanis mejicanos que Guatimozin suplica y ordena al que le sustituya en el trono, sea padre del huerfanito... que lo haga vivir libre con el imperio, ó lo entierre libre entre sus escombros.

—Eso sabrá hacerlo tu mujer, dijo la emperatriz

con inspirado tono: tu mujer no se ha amamantado con leche de sierva, ni está enseñada á doblar la cabeza de su hijo delante de los hombres. Si el enemigo triunfa, no temas que venga á dormir al alcázar de mis padres al arrullo de nuestros lamentos: la sangre de mi hijo y la mia les saltará á la cara para manchar su triunfo, y entrarán pisando nuestros cadáveres.

Y decayendo de ánimo súbitamente, añadió la digna princesa con voz menos segura:

—Tristísima es la separacion de los que se aman, y mas todavía cuando se separan al clamor de la guerra: pero hemos de reunirnos pronto, cualqüiera que sea la terminacion que dén los dioses á la terrible contienda: hemos de reunirnos pronto, esposo adorado de mi alma, ya vengas á buscarme triunfante y glorioso, ya deba ir á encontrarte en los palacios del sol. La muerte que me daré delante del enemigo me hará digna de entrar en ellos, y te llevaré al hijo de nuestro amor, que no sabe todavía el lenguaje de los hombres; pero que aprenderá allá la lengua de los dioses para rogarles por su esclavizada patria.

Prorrumpió al acabar estas palabras en copioso llanto, y díjola su esposo consolándola:

—Los teopixques anuncian en altas voces que se muestran benignas las deidades, y los ejércitos del imperio arden en aquel furor que promete la victoria. Sosiega, pues, tus temores, hija de Motezuma, y no me anticipes una despedida dolorosa. Estamos á la mitad de la tarde y no debo partir hasta que no abra Tonatioh las puertas de la luz.

—Vé, pues, á preparar tu partida, dijo reprimiendo su dolor Gualcazinla, y vuelve luego á esperar la sa-

lida de la lumbre celeste en brazos de la que enviará su alma en pos de tus ejércitos.

—Juntos ofreceremos dos tórtolas viudas á los Tepixtotones, respondió el emperador, luego que aparezca en su trono de ébano la pálida *Meztli* sacudiendo las líquidas perlas de su manto azul: despues saludaremos juntos á *Totanioh*, su refulgente hermano, y no partiré sin que hayas cantado un himno en honor de Huitzilopochtli.

—Será todo como lo dispone mi dueño, repondió Gualcazinla, y se retiró enjugando el llanto que á pesar suyo corria por sus hermosas mejillas.

Guatimozin la siguió con afectuosa mirada hasta que la vió entrar en la cámara de su hijo, y llamando á sus generales, dictó con serenidad las disposiciones para la próxima partida.

La noche se acercaba mientras tanto, y ya sus sombras, no aclaradas todavía por la luna, que estaba en menguante, iban enlutando la gran ciudad y apagando el ruido de su movimiento; cuando se le anunció al emperador que un mezecual de la frontera de Tlascala, de los muchos que habían huido internándose al rumor de la guerra, demandaba ansiosamente un momento de atencion, pues, segun aseguraba, tenia que comunicar á su dueño noticias importantes.

Mandó Guatimozin que le fuese presentado al instante, y lo recibió solo en una magnifica sala, que ya conoce el lector, por haberle presentado en ella por primera vez á nuestro héroe.

Adelantóse el mezecual hácia el divan regio en que se habia sentado el monarca, con desembarazo tan poco comun en gentes de su clase, que sorprendido este, miróle al punto con mas detenida atencion.

Era un mancebo de hasta 26 años, alto, membrudo, de bellas proporciones. Su rostro largo, de prominentes cejas y ángulo facial muy agudo, tenia un gesto naturalmente severo, y sus ojos negros y brillantes miradas á la par altivas y melancólicas. Su aspecto desmentia tan indudablemente su traje, que el emperador le dijo, en el instante que con una rápida observacion lo hubo notado.

—¡*Teutli*! ¿Qué te obliga á llegar disfrazado á mi presencia?

—¡Tlatoani de Méjico! respondió sin turbarse el fingido mezecual: mírame bien; al conocerme, comprenderás el motivo por qué llego á ti cubierto con el hábito de tus siervos.

—No recuerdo tus facciones, dijo el emperador mirándole atentamente.

—Y sin embargo, repuso sonriendo con orgullo el incógnito, debieras no haberlas olvidado; porque siempre me hallásteis de frente, tú y los tuyos; nunca os he vuelto la espalda, ni os he vedado acercaros á mí sino hasta el alcance de mi lanza.

Hizo un movimiento Guatimozin, como si de súbito acabase de descubrir una sorprendente semejanza, y mandando acercar al falso mezecual con un ademan de su diestra, díjole con voz muy baja:

—Me parece, en efecto, que no te veo por primera vez, ¡oh Teutli! y pluguiese á los dioses que no tornase á encontrarte en el paraje en que te he conocido!

—¡Dichoso aquel tiempo! esclamó con melancólico acento el incógnito: ¡dichoso aquel campo de batalla, en que peleaban dos pueblos valerosos por su libertad y por su gloria! ¡Entoncss no huian del suelo de Tlascala sus esforzados hijos para no deshonrarse en una pugna infâme! ¡Entonces, oh Tlatoani, en-

onces no armaba Méjico sus guerreros para vengar vergonzosos ultrajes; ni Tlascala, adoptando como causa propia la de los enemigos de sus dioses, se disponia á regar con sangre de sus hijos el suelo que defiende para estranjeros!

La voz del jóven se ahogó en su garganta, y una contraccion nerviosa, que revelaba los esfuerzos con que reprimia el llanto, alteró por un momento la gravedad de su rostro.

Guatimozin, no menos conmovido, respondió tendiéndole la mano:

—¡Y tú, digno enemigo de los Aztecas! ¡Tú, Xicotencalt, hijo de Xicotlant! ¡Tú, general y apoyo de la república! ¿cómo has podido consentir en la afrenta de tu pueblo? ¿Cómo toleras que se armen los libres para defender á los tiranos; que se vierta la sangre de los protegidos de los dioses para conservar la de enemigos de estos? Méjico ha enviado á Tlascala sus embajadores con la flecha inclinada á la tierra y con los lábios rebosando palabras de concordia: Méjico reclamaba los fugitivos de su suelo, y recordaba á Tlascala que juntas habian tenido su cuna ambas naciones á las orillas del lago. ¡Tlascala levantó la punta de la flecha y declaró guerra á sus hermanos, con la misma voz con que jurará fraternidad á los hijos de estranjeras tierras, á los adoradores de estranjeros dioses!

—Yo no soy mas que un guerrero, respondió el jefe Tlascalteca, y nada podia contra el senado que es padre de la república. ¿Piensas que Xicotencalt bailaria gozoso en las plazas de su pueblo, el dia en que Tlascala, como una mujer borracha, hollando su dignidad y olvidando su honor, se lanzó entre vértigos de locura en brazos de estranjeros? ¿Concibes tú,

Tlatoani, que Xicotencalt estuviese orgulloso la noche en que una vírgen formada en el mismo seno en que comenzó su vida, animada por la misma sangre que corre por sus venas, fué entregada á los livianos caprichos de uno de aquellos impíos, que despues de degradar á los hijos de la república, han envilecido á sus doncellas? ¡Reflexiona esto, soberano de Méjico! Estoy articulando palabras que me queman la lengua y me desgarran el alma. Yo he visto lo que te digo y algo mas que callo. Yo lo he visto, como tu mismo miraste con tus ojos al mas poderoso de los monarcas arrastrando las cadenas de esos pérfidos huéspedes... y como tu he devorado mi inútil furor, porque en mi país hay un senado como en el tuyo un emperador.

La vergüenza escitada por aquel recuerdo tiñó de púrpura las pálidas mejillas del adolescente coronado, y despues de breve silencio dijo á Xicotencalt:

—Grandes son alguna vez las pruebas á que someten los dioses la fidelidad de los súbditos, y grande debe ser por lo tanto la responsabilidad de los reyes. Un juez superior á los jueces mortales, habrá ya juzgado á Motezuma, y ese mismo juzgará algun dia al senado Tlascalteca. Por lo que á tí respecta, harto has demostrado tu firmeza y tu virtud, al abandonar una patria que se hace indigna de tu apoyo. Guatimozin te recibe en sus brazos, y mañana Méjico regocijado te adoptará por hijo.

—El que nació en Tlascala, respondió el guerrero, no reconoce otra madre; si la vé deshonrada lava con sangre ó con lágrimas su vergüenza, pero nunca la abjura.

—Con sangre, no con lágrimas se borran esas manchas que empañan la honra, repuso Guatimo-

zin levantándose y apretando fuertemente entre las suyas la mano de Xicotencalt que tenia asida. ¡Guerrero, añadió con espresion; apenas iluminen el horizonte los primeros albores de la luz, tendrás un ejército á tus órdenes, y marcharás con el bajo mi estandarte imperial á arrancar del seno de tu patria á los advenedizos que la deshonran.

—Un Tlascalteca, repuso con acento firme Xicotencalt, no marcha nunca contra Tlascala, ni bajo otro estandarte que el de Tlascala.

Guatimozin guardó silencio un instante, luego, tornando á estrechar la nervuda mano de su interlocutor,

—Respeto tus escrúpulos, le dijo, y no serán causa de que deseche el imperio á un guerrero de tus prendas, que viene á acojerse á su seno. El rey de Mechoacan se atreve á provocarnos, y fuerza bastante tiene Méjico para sostener con gloria entrambas contiendas. Tendrás un ejército, tan numeroso cuasi como el que llevo contra Tlascala, y marcharás á castigar la osadía del Tarasco.

—¡Un Tlascalteca, replicó con mayor calor y energía el general republicano, no pelea sino por Tlascala!

Miróle sorprendido el emperador.

—¿Entonces, dijo, qué quieres de mí? ¿Para qué huyes de Tlascala y llegas disfrazado á mis dominios?

—¡Para qué huyo de Tlascala! ¡Y qué! ¿no me has entendido, Tlatoani mejicano? Tlascala prostituye el pudor de sus hijas, entregándolas á la lascivia de los estranjeros. Tlascala desdora la gloria de sus hijos, armándolos en defensa de los impios. ¡Tlascala vá á luchar contra el imperio, no por su libertad, no por su

poder... por la ambicion de aventureros rapaces, por la impunidad de huéspedes traidores!.. Xicotencalt no ha nacido para prestar su brazo á la infame causa de esos hombres desconocidos: Xicotencalt abandona su suelo natal, porque el aire que allá se respira es corrompido y contagioso: porque la guerra que allá se enciende es vergonzosa y aciaga... ¡ pero Xicotencalt es enemigo irreconciliable de los enemigos de su patria ; ora se llamen españoles ora mejicanos! Xicotencalt, que no debe , que no quiere , que no puede esperar á tus ejércitos bajo la bandera de la república, viene á buscarlos al centro de tu imperio. Solo , disfrazado , inerme , llego á ti, Tlatoani; sin otra garantía que tu generosidad, sin otra guia que mi desesperacion, sin otro deseo que el que cumple á mi honor y dicta mi intrepidez. Llego á pedirte una lanza y un pedazo de tierra donde pueda probar á tres de tus mas valientes campeones, que no es la flaqueza ni el miedo los que me alejan del campo de batalla en que lidiarán mis compatriotas, y que fuera de aquel sé todavía abrillantar con sangre mejicana los blasones de la república, cuyo pendon abandono, porque cobija á malvados. ¡He ahí mi pretension, responde!

—Mengua seria del imperio, contestó el monarca, lanzar sus guerreros contra el jefe glorioso que conserva intacta en su corazon la antigua virtud de Tlascala , cuando millares de sus ilusos y pervertidos hijos provocan nuestra saña y someten al juicio de Huitzilopochtli el fallo de su causa inicua. El Dios decidirá entre la república y el imperio ; pero Guatimozin no verá nunca un enemigo en el hombre de ánimo recto y esforzado, que llega á él desarmado, llorando la vergüenza de su patria. Lan-

za te daré y campo, pero no adversarios: en la situacion presente, buscar debes estos entre los desleales y corruptores amigos de Tlascala, no entre sus nobles enemigos.

—Piensa en lo que dices, repuso el general republicano, porque si te negases resueltamente al reto que propongo, me obligarias á volver adonde no quisiera. Xicotencalt no puede estar como una mujer, cuando suena el clarin y corre la sangre.

—Guatimozin no reconoce otros enemigos que los que defiendan á los estranjeros en la frontera de Tlascala.

—Allá, pues, nos veremos, dijo Xicotencalt; tú me fuerzas á ello, porque no es permitido á un guerrero permanecer ocioso mientras lidian sus iguales. Hubiera preferido hallar sepulcro en el suelo de tu imperio, para que mi ingrata patria no hiciese hollar mis cenizas por estranjera planta: ¡pero tú me lo niegas!

—Yo te ofrezco mi imperial proteccion, repuso el monarca; te ofrezco un ejército que con orgullo te aclamará su jefe, y dominios tan vastos y ricos como los que posean los mas poderosos señores del imperio.

—Por mi honor he venido, que no por tus dádivas, dijo secamente el jóven general. Mañana marchas contra Tlascala; yo emprendo desde este instante mi camino y voy á esperarte. Si en la lucha sucumbe la república, un favor quiero merecerte y de tu magnanimidad lo espero. Haz sepultar mi cadáver, y dí en alta voz delante de tus ejércitos: «el hombre que aqui yace no murió defendiendo la causa que adoptó Tlascala; murió para lavar con su sangre la deshonra de aquella.» Si por el contrario triunfa la

suerte que proteje á los advenedizos, y salen derrotados tus valientes, yo te juro que romperé mi lanza y agotaré mis flechas, contra cualquiera que ose decir que no es mas gloriosa tu derrota que nuestro triunfo.

Dijo, y en vano intentó detenerlo el monarca: envuelto en su manto de grosera tela desapareció por uno de los corredores, buscando á los oficiales que le habian introducido y que volvieron á acompañarle, hasta ponerle fuera de las puertas de la imperial morada.

—Mezecual, díjole entonces uno de ellos: ¿eres por ventura fugitivo de Tepeaca?

—Eres un ignorante, respondió con altanería el caudillo disfrazado. En ciudades que han sido vencidas y esclavizadas, no quedan hombres como yo.

Alejóse rápidamente, y los oficiales sorprendidos quedaron formando mil conjeturas sobre quién seria aquel desconocido, cuyo aspecto y arrogancia desmentian tan á las claras la humilde vestimenta con que se disfrazára.

Novedad mas importante vino empero á distraerlos de aquel objeto. Serian apenas las nueve de la noche: el momento de la partida aun estaba distante, y sin embargo, numerosos Tlatoanis llegaban de minuto en minuto al palacio, pidiendo con instancia ver al emperador, y un movimiento inusitado indicaba que algun motivo de alarma arrancaba de su habitual apatía á los habitantes de Méjico. Aumentábase por momentos la reunion de príncipes que iban acudiendo á palacio, y comenzóse á susurrar, entre los grupos que se formaban en las plazas, que un grave é inesperado acontecimiento acababa de trastornar los proyectos del emperador.

Quien suponia que Tlascala atemorizada se hallaba por fin decidida á aceptar la paz, entregando los españoles á la venganza de Méjico: quien aseguraba que el rey de Mechoacàn venia con toda la fuerza de sus Estados á saquear á Tenoxtitlan tan pronto como la abandonasen el emperador y sus ejércitos: quien, en fin, fundado sin duda en las sospechas que escitára el disfraz de Xicotencalt, comunicaba en voz baja á un corro trémulo de miedo, que se sabia de positivo que el mismo Hernàn Cortés estaba en la ciudad, encubierto bajo los harapos de un triste mezecual.

La verdad del hecho no era todavia conocida del vulgo; pero nosotros se la vamos á confiar á nuestros benévolos lectores en el siguiente capítulo.



CAPITULO IX.

Hernan Cortés en Tezcuco.

No habia sido posible al general español esperar tranquilo la conclusion de sus naves. Por grande que fuese la diligencia de los trabajadores, la obra no podia llevarse á cabo con la prontitud que reclamaba la impaciencia de aquel, y habiendo recibido nuevo refuerzo de gente aventurera, llegada á las costas de Vera-Cruz con un buque cargado de provisiones de guerra, juzgóse bastante fuerte para emprender la toma de Tezcuco, donde aun suponia reinante á su adicto Cuicuitzcat. Sin embargo de las probabilidades que á favor de su empresa se le presentaban, atendida aquella falsa suposicion, no se decidió á salir de Tlascala sin el ausilio de un ejército de la república, que se lo concedió gustosa prefiriendo hacer la guerra en suelo mejicano á tener que sostenerla en el suyo. Sabedor el senado de la grande fuerza que aprestaba contra la república el monarca mejicano, no podia menos que acojer con tanto regocijo como asombro, la intrépida decision de aquel jefe, que lejos de participar de

sus temores, se lanzaba el primero á elegir por campo de la lucha la segunda ciudad del imperio.

Breves fueron por consiguiente las disposiciones, y propicias todas las circunstancias á la actividad de Cortés, que marchó sobre Tezcuco con tanto sigilo como diligencia; el mismo dia que el príncipe y la juventud guerrera de aquel Estado, salia para unirse en Tenoxtitlan á los ejércitos imperiales que se aprestaban contra Tlascala.

A pesar de los repetidos refuerzos que en aquellas últimas semanas recibiera tan inesperada como oportunamente el ejército español, no contaba 1,000 hombres entre artillería, caballeria é infantería; mas estaban todos perfectamente armados, disciplinados y animosos, y llevaban por ausiliares diez ó doce mil Tlascaltecas de lo mas escogido de aquella república, al mando de uno de sus acreditados generales.

El senado se comprometió ademas á activar y ausiliar á los carpinteros españoles que quedaban construyendo los bergantines, obligándose tambien bajo los mas solemnes juramentos á enviar cuantas fuerzas reclamase Cortés y tuviera Tlascala, al mando de Xicontencalt, cuya ausencia aun no habia sido advertida.

El ejército aliado abandonó, pues, las tierras de la república animado de las mas gratas esperanzas, lleno de confianza en las promesas del senado y de entusiasmo por su intrépido caudillo, que marchaba á tamaña empresa con la misma serenidad que si se tratase de un torneo.

Al traspasar la frontera presentáronse osadamente algunos tercios mejicanos intentando atajar el paso á los invasores; pero fueron derrotados completamente,

porque ademas de las armas y de la pericia tenía Cortés en aquella ocasion la superioridad del número. Ni uno solo quedó de los guerreros mejicanos para llevar la alarma á la capital de los dominios invadidos, y Cortés continuó sin estorbo y en el mayor órden su camino.

Sin embargo, algunos fugitivos de los pueblecillos del tránsito hicieron llegar la noticia de su marcha á otros mas considerables, desde los cuales voló rápidamente á Tezcuco que hizo salir incontinenti la poca fuerza armada que la guarnecia á detener al invasor. Aquel esfuerzo era insuficiente: Cortés arrolló á la primera carga de su caballería á la denodada, pero escasa gente tezcucana, y avanzó resueltamente sobre la capital.

No era con todo verosímil que, á pesar de sus limitados medios de defensa, se entregase cobardemente la gloriosa ciudad de *Xoltl*, (1) fuerte contra tantos enemigos que la combatieron largo tiempo, codiciosos de su hermosura y envidiosos de su gloria. Para que consiguiese Cortés un triunfo tan fácil para él, como vergonzoso á los tezcucanos, preciso era que la fatal discordia intestina que le inspiró aliento para su empresa, la coronase entonces abriéndole las puertas de aquella ciudad régia.

---

(1) *Xoltl*, primer rey Chichimeca, fundó la ciudad de Tezcuco y la hizo capital de sus dominios, antes de la aparicion de los Nahuatlacas. Llegados estos, recibiólos con cordial benevolencia, dando mujeres de su real familia á los jefes de las seis tribus *Tepaneca*, *Tlascalteca*, *Colhua*, *Xochimilca*, *Chalquenа y Tlahuica*, que tales eran los nombres de dichos jefes y de sus respectivas tribus.

Ingratos los Nahuatlacas con aquel monarca hospitalario,

Ausente Coanacotzin y su leal ejército, quedaba Tezcuco presa de las dos facciones que se levantaron en su seno desde la destitucion de Cacumatzin por Motezuma. La una, sostenedora de Cuicuitzcat, oprimida despues por su triunfante contraria, que se mantuviera fiel á la legitimidad representada en Coanacotzin desde que murió el desventurado amante de Tecuixpa, no era entonces bastante fuerte para declararse en completa rebelion contra el nuevo rey, sostenido no solamente por el ejército y gran parte de la nobleza, sino tambien por el emperador mejicano que lo habia colocado en el trono; pero estaba muy lejos de haber renunciado á sus esperanzas de trastornos, y hallábase resuelta á no perder la menor ocasion que pudiera ofrecérsele de recobrar su influencia, coronando en Tezcuco al hijo menor de Nezahualpili, habido en la misma mujer que Cuicuitzcat, y dotado como este de un carácter flexible y aparentemente modesto, que contrastaba de un modo notable con la altivez y arrogancia de sus hermanos paternos, el difunto Cacumatzin y su legítimo su-

---

apenas tomaron posesion de sus tierras y fundaron Estados, declaráronle guerra, y necesitó Xoltl no poca energía y perseverancia para defenderse de tantos enemigos. Logró por fin con su valor y prudencia conservar la independencia de su reino, y lo dejó floreciente á sus sucesores que lo engrandecieron cada vez mas, hasta que el conquistador Tepaneca, rey de Atzcapuzalco, se posesionó de todo el Anahuac. Reconquistó á Tezcuco, Nezahualcoyot, ayudado por Motezuma I, como ya otra vez hemos dicho, en la célebre batalla en que, derrotado Maxtlaton, quedó sometido su imperio al naciente de los Aztecas.

cesor Coanocot, nacidos del matrimonio de Nezahualpili con una hemana de Motezuma.

Aquel príncipe era pues el jefe que se habia buscado la faccion vencida, despues que perdiera á Cuicuitzcat, y al llegar á entender la próximidad de los españoles, á quienes tan adicto habia sido el usurpador por ellos coronado, juzgó llegado el momento favorable á sus ambiciosos y hasta entonces ocultos designios. Asi, mientras las autoridades de Tezcuco procuraban con loable actividad, aunque con igual perturbacion, reunir nuevas huestes y defender la ciudad hasta el último trance, esperando el socorro de Tenoxtitlan, á donde despacháran correos; los partidarios de la rama ilegítima (1) prepararon rápidamente é hicieron estallar una rebelion, que acabó de consternar á las ya turbadas autoridades. Detenidos y presos por los revoltosos los correos; tomados los cuarteles de la poca fuerza militar que quedaba en la ciudad; arrestadas en sus casas las autoridades que en vista del noble conflicto solo aspiraban ya á salvar sus vidas con la fuga, y sin temor de encontrar resistencia en los aterrorizados habitantes, los facciosos pasearon las principales calles de Tezcuco victoreando á su príncipe y á Hernan Cortés, en tanto que algunos cabecillas salian al encuentro del último de los nombrados, desplegando al aire la bandera de paz y entonando cánticos de alegria.

---

(1) Ilegítima no porque fuera bastarda, pues ya hemos advertido era permitida la poligamia; sino por ser hijos habidos en matrimonio posterior al que celebró Nezalhualpili con la princesa Azteca, madre de Cacumatzin y Coanacot, que eran preferibles en el órden de sucesion.

Los ejércitos aliados, que avanzaban en buen órden y con no escasa diligencia, vieron llegar gozosos sus corredores de campo á noticiarles la pacífica embajada que, al parecer de ellos, despachaba el rey de Acolhuacan (1) su antiguo amigo; pues aun creian reinante, como ya dijimos, al usurpador Cuicuitzcat. Poco mas adelante encontráronse, en efecto, con los teutlis tezcucanos que, abatiendo su bandera ante el jefe español, le dieron la bienvenida á nombre del Estado, rogándole se dignase aceptar su alianza y acogerlo bajo su proteccion. Informáronle á su manera de la muerte de Cuicuitzcat, de la coronacion de Coanacot, al cual acusaron de fraticida é intruso; y haciendo va er los derechos del hijo menor de Nezahualpili reclamaron para él el firme apoyo del emperador Cárlos de Austria, único soberano á quien reconocia vasallaje el nuevo rey Chichimeca, segun declaracion de sus parciales.

Cortés prometió solemnemente, á nombre de su monarca, la proteccion demandada; aparentó condolerse de la suerte de su amigo Cuicuitzcat, á quien declaró legítimo señor de Tezcuco, y juró por su conciencia que no dejaria impune al fratricida Coanacot.

Radiantes de alegria los facciosos, acompañaron al ejército hasta ponerlo en posesion de la capital; pero halláronla casi desierta. La mayor parte de los moradores habian huido de ella con la reina Otalitza, y solo recibieron á los recien llegados los pelotones de revoltosos que recorrian la ciudad abandonada, cometiendo toda clase de desórdenes.

---

(1) Ya hemos dicho que asi se llamaba tambien el estado de Tezcuco.

Mientras los fugitivos llevaban á la metrópoli el inesperado aviso de aquel desastre, infundiendo la alarma que hemos visto en el palacio imperial, Cortés aprovechaba los instantes para hacerse fuerte en Tezcuco. Dócil instrumento de su política la faccion rebelde, proclamó rey al jóven príncipe, hermano de Cuicuitzcat, y celebró su coronacion al mismo tiempo que su bautismo; pues Cortés no le concedió su proteccion y amistad sino con la precisa cláusula de abolir el culto de los ídolos, haciendo la de Jesucristo religion de la monarquía. A todo suscribieron el príncipe y su bando. El hijo de Nezahualpili se llamó desde entonces Fernando Cortés, como su protector; aceptó con su nombre, su Dios y su ley, y convocó los pueblos de su dominio para que jurasen eterna fidelidad al nuevo culto y á la nueva soberanía.

Cortés por su parte se dió prisa en enviar guarniciones españolas á las principales ciudades del sometido reino: reunió trabajadores indios para que ensanchasen las acequias y zanjas por donde se habian de sacar al lago los bergantines, y despachó embajadores á Tlascala con la fausta nueva de su fácil triunfo.

El destino, en efecto, no podia mostrársele mas propicio; ni mas ensañado se ha declarado jamás contra monarca alguno, que lo fué entonces con el magnánimo príncipe á quien acababa de encumbrar al sólio imperial de los Aztecas.

Hémosle dejado al final del capítulo precedente escuchando de boca de varios Tlatoanis, que acudieran consternados á su alcázar, el sorprendente aviso de la entrada del enemigo en Tezcuco. El jóven emperador no acertaba á creer tal esceso de auda-

cia; pero Coanacotzin, que acababa de adquirir la dolorosa certeza, escuchando el relato de los sucesos de boca de su esposa y de los sacerdotes fugitivos, bramaba de coraje y comenzaba á mostrarse ofendido de la incredulidad de aquel.

—En vano *Hueitlatoani*, (1) decia, en vano rebuscas en tu mente fundamentos para la duda. Tu hermana desolada, llegando entre las sombras de la noche á buscar refugio en mis brazos; los teopixques, que abandonando la casa de Dios yacen rendidos de dolor y de fatiga á las puertas de mi palacio; innumerables familias que vagan desatinadas por las polaciones cercanas, atestiguan por desgracia el hecho inaudito que tu razon inúltilmente rechaza. ¡El foragido de Oriente es dueño del alcázar de mis padres..! la ciudad fundada por Xoltl es guarida de los tigres que no se entorpecen todavía, aunque repletos del oro y de la sangre de los mejicanos! ¿Será que permanezcamos en estúpida sorpresa, en tanto que nos insulta Mechoacan, que nos escarnece Tlascala, que nos oprime Cortés? ¿Será que permitamos á la audacia del enemigo ostentarse impunemente á las puertas mismas de la metrópoli imperial? ¿Qué piensas hacer, ¡oh soberano Tlatoani! de tantos ejércitos reunidos contra Tlascala, mientras Tlascala, burlándose de ellos, se lanza á hollar los tronos mejicanos á la voz siniestra de los enemigos de sus dioses? ¿Guardaremos nuestros guerreros para que lloren nuestras deshonra, con el estéril llanto de las mujeres?

—Te enardeces sin justicia, príncipe de Tezcuco, dijo con impaciencia el jóven Netzalc: ¿qué indicio

(1) *Hueitlatoani*, gran señor.

has visto de flaqueza en el emperador ó en sus vasallos para que asi nos reconvengas? Jamás el nombre de Guatimozin ha salido de humanos labios sino con la esclamacion del aplauso, ó el temblor del miedo. ¡Tlatoanis mejicanos! vosotros todos los que os hallais en este instante á presencia del emperador, decidlo en alta voz: ¿habeis visto alguna vez palidecer su frente á la proximidad del enemigo? ¿Ha podido alguno con razon dudar de la entereza de su carácter y de la intrepidez de su ánimo?

Todas las miradas se dirigieron involuntariamente al monarca: pero ¡cosa rara! el semblante de aquel jóven, tan sereno en el peligro, tan irritable á la ofensa, parecia desmentir entonces las palabras de su hermano y los antecedentes de su corta cuanto gloriosa vida. Estaba profundamente pálido; sus ojos sin brillo se nublaban en medio de dos aureolas azuladas que casi llegaban á sus megillas; sus labios blancos temblaban convulsivamente, y su postura indicaba general descaecimiento.

Hubo entonces un momento de pavoroso silencio. Los circunstantes, mirándose asombrados unos á otros, parecian sentir la influencia de aquellos síntomas funestos de incomprensible cobardía, que se manifestaban en su soberano; mientras que los primeros albores de la aurora, reverberando débilmente en los blancos mármoles de aquella cámara régia, hacian mas visible la alteracion creciente del rostro del emperador.

Circuló entonces un susurro ininteligible, pero elocuente, y como si saliese de un síncope profundo, se estremeció el que lo motivaba y tendió una mirada severa en torno suyo.

—¿Quiénes, dijo con acento trémulo pero aira-

do, quiénes son los que pierden el tiempo en inútiles consejos mientras el enemigo huella con los pies de sus caballos el sólio de Nezahualcoyot?

Hirió sus ojos la luz del dia naciente, y cerrólos involuntariamente estremeciéndose todo, pero diciendo al mismo tiempo con estraña vehemencia.

—Ya abre Totatioh las puertas del oriente: Tlascala generosa nos ahorra la mitad del camino y quiere fecundar con su sangre los campos de Tezcuco. ¡A las armas, guerreros mejicanos! ¡Enristra tu lanza, hijo de Nezahualpilli! Las austeras sombras de tus ascendientes, los heróicos reyes Chichimecas, se alzan de sus sepulcros clamando venganza contra los infames que deshonran su trono!

Los dioses de tus padres claman tambien, desde sus desiertas aras, contra los impíos que llevan á sustituirlos divinidades estranjeras. ¡Prontos, todos! ¡Ved la luz! Mis ojos no pueden resistirla, porque lastimados por la ofensa necesitan recobrar vigor, lavándose con sangre española! ¡Mi lanza! ¡pronto mi lanza!..... ¿dónde están mis ejércitos? ¡Suene la trompeta de los combates!... ¡No mas ese silbido incesante que taladra mis oidos y me enfria el corazon! ¡Fuego! ¡fuego! ¡encended fuego! ¡Piras para los muertos que cubren las orillas del lago! Esta atmósfera es fria... como la misma muerte.

Hablando así daba diente con diente, poseido de temblor tan general que sus rodillas se chocaban tambien, por mas que hiciese visibles esfuerzos para mantenerse derecho y firme. Gruesas y ardientes lágrimas se desprendian de sus azulados párpados, regando su rostro que adquiria por instantes una palidez mas livida, y nadie pudo desconocer en la in-

coherencia de sus palabras que su cabeza comenzaba á turbarse.

—¡Le han hecho maleficio! dijo con pavura el señor de Xochimilco.

—¡Los dioses le han privado de la razon como á Motezuma! observó suspirando el Tlatoani de Zopanco.

—¡Es la ira que le aferra el corazon! esclamó Netzalc, no sin desmentir con su aspecto la seguridad que queria aparentar. Mi hermano no ha perdido el juicio ni es víctima de maleficios: antes de lanzar el rayo, los cielos se cubren de nubes de luto: así el espíritu del emperador se ofusca algun tanto, antes de asombrarnos con toda la grandeza de la venganza que medita.

Guatimozin se habia vuelto á sentar en la postura de un hombre que sostuviese un fardo enorme sobre su cabeza y espalda; pero levantóse segunda vez con mayor denuedo, y aun acertó á dictar ordenadamente las disposiciones de marcha, pues segun manifestó, queria ir en persona contra los enemigos.

No obstante que fuesen en aumento los síntomas alarmantes de su trastorno físico, hablaba en aquel momento con tal acierto y cordura, que los príncipes se decidieron á obedecerle, y ya iban á salir para cumplir sus mandatos cuando, agotadas las fuerzas del emperador por la violencia del esfuerzo, cayó en tierra con horribles convulsiones.

La consternacion cundió al instante por el palacio, y en breve por la ciudad toda. Acudieron presurosas las princesas, y llenóse de médicos la régia habitacion. Guatimozin yacia aletargado bajo la fuerza de una fiebre voraz, pero se reanimaba de vez en cuando y pedia su lanza con desentonadas voces, ha-

ciendo esfuerzos estraordinarios para escaparse de los brazos que le retenian en el lecho. Pronto, empero, tornaba á rendirse, cayendo en un deliquio silencioso y por instantes mas profundo.

Los médicos no acertaban á caracterizar aquella dolencia súbita: la afligida Gualcanzila creia ver en ella indicios sobrenaturales, que revelaban que su infeliz consorte era víctima deplorable de la cólera celeste: los príncipes sus deudos comenzaban á recelar que algun brebaje venenoso, suministrado por oculto enemigo, abrasase las entrañas del jóven monarca: en fin, los oficiales de la guardia, que vieron visto entrar al misterioso mezecual, divulgaban la voz de que un emisario de Cortés, ó Cortes mismo, habia llegado encubierto para hechizar con sortilegios al desventurado príncipe.

Súpose, empero, pocas horas despues, una coincidencia notable. Mas de cien personas conocidas habian sido casi simultáneamente asaltadas por la misma especie de dolencia que postraba á Guatimozin, y averiguóse ademas que aparecieron varios casos idénticos en los anteriores dias. Los enfermos habian perecido cubiertos de una erupcion lastimosa, y los médicos declararon que reconocian en ella los mismos caracteres observados en la que llevó al sepulcro á Quetlahuaca.

En efecto, no podia quedar duda. La mortífera epidemia de la viruela, (¡ plaga la mas horrible que llevaron los conquistadores á aquel infortunado pais!) acababa de declararse en Tenoxlitlan con imponderable violencia, siendo el jóven emperador una de sus primeras víctimas.

Así el destino, encrudecido contra la raza americana, mandaba por ausiliar de Cortés la peste asoladora;

y mientras aquel jefe dichoso preparaba sus cañones contra la ciudad imperial, la muerte cobijada en su seno, iba recorriendo y diezmando, diligente y silenciosa, las huestes armadas para defenderla.



CAPITULO X.

La epidemia.

¡Horrible es el cuadro de una ciudad apestada! ¡Ninguna impresion nos parece comparable á la que su vista produce!

En medio de un campo de batalla, en el que nadan en sangre mutilados cadáveres, sentireis aquel horror que tiene algo de sublime: allí todo anuncia la reciente lucha: se ven manos que aun empuñan el acero; semblantes que conservan amenazante gesto; sangre que todavía humea, hirviente de coraje, y que no emponzoña el aire con contagiosos vapores. Parece que aquellos muertos, entre sus trofeos de guerra, en su ambiente perfumado de pólvora, estan proclamando con elocuente silencio el poder del orgullo, la heroicidad del entusiasmo, la nada de la vida, la gloria de la muerte!

¡Pero qué triste y lastimoso espectáculo el de la matanza sin sangre; el de la derrota sin combate¡ Una ciudad convertida en vasto cementerio donde se hacinan los cadáveres cárdenos, hinchados, nauseabundos..! ¡donde se respira con el aire, necesario á la vida, el gérmen invisible de la muerte! ¡donde so-

lo se abren aquellas casas, habitadas por el pálido terror y el silencioso duelo, para arrojar los despojos mortales de los que fueron sus dueños! ¡donde solo hallais por las desiertas calles conductores de muertos tan amarillos como ellos! ¡donde escuchareis únicamente los ecos lúgubres del templo, la plegaria dolorosa que eleva la desesperacion á las impenetrables bóvedas del cielo!... ¡todo es allí triste sin poesía: terrible sin sublimidad!

¡Sentís la pequeñez humana, sin que os asombre la resistencia de su orgullo! ¡Sentís el brazo de Dios, sin que su poder os revele su providencia benéfica!

Tenoxtitlan, invadida por la viruela, presentaba ese cuadro asolador que acabamos de bosquejar.

Los médicos aztecas, comparables á los árabes por su conocimiento exacto de todas las propiedades de las plantas; aquellos médicos inventores desconocidos de los baños de vapor, tan maravillosos por sus efectos sobre muchas enfermedades, y cuyo método higiénico haria honor á nuestros modernos esculapios; se afanaban en vano por encontrar antídoto á la exótica ponzoña que iba cundiendo rápidamente por los campos mejicanos. Los milagrosos bálsamos que cicatrizaban en un dia heridas profundas y úlceras envejecidas (1), eran ineficaces contra aquella erupcion funesta, cuyo indeleble sello marcaba el semblante de sus víctimas, arrebatándoles la hermosura cuando les dejaba la vida. Los mas acreditados febrífugos no alcanzaban á vencer la actividad

(1) Un médico Tlascalteca curò brevemente á Hernan Cortés una peligrosa herida con uno de aquellos bálsamos incomparables de que hacemos mencion.

de aquella calentura incesante, que solo cedia al hielo de la muerte.

El terror se habia apoderado de todos los ánimos. El gobierno, apenado por el triple conflicto de la dolencia del monarca, la calamidad pública y la proximidad del enemigo, hallábase entorpecido en sus operaciones: el comercio se estancaba, porque todas las provincias cortaban sus comunicaciones con la ciudad apestada; la agricultura perecia, huyendo los mayeques de aquella tierra que no se hartaba de devorar cadáveres; veíanse los campos abandonados, desiertos los talleres, perturbado el órden, y el hambre comenzó á asomar entre los vapores del contagio, su faz lívida y amenazadora.

La magnífica plaza de Tlatelulco escaseaba mas de dia en dia, y aconteció alguna vez que atravesáran su inmensa estension famélicas tropas de mezecuales, sin encontrar en toda ella ni un pedazo de pan de *cazabe* (1) con que apaciguar su necesidad.

Agravaba la consternacion general el fundado recelo de ver huérfano nuevamente al imperio, pues no se aseguraba la vida de Guatimozin ni aun despues de haber pasado el período de mayor peligro. Aquella cruel enfermedad, mal curada, dejaba en el jóven príncipe reliquias deplorables; y los padecimientos de su ánimo al verse clavado, por decirlo asi, á un lecho calenturiento, mientras el enemigo aborrecido le insultaba con su audacia á las puertas mismas de la

(1) El cazabe, que aun todavía suple por el pan de trigo entre las gente pobres de América, se hace de una raiz blanca y harinosa llamada *yuca*, que es muy abundante en aquellos paises, especialmente en los mas cálidos.

capital; no eran indudablemente los que auxiliaban menos la pereza con que volvia la salud, sorda por muchas semanas á las demandas de su impaciencia.

Pero aun no era bastante aquel tormento. Guardábale el destino nueva agonía, capaz de enflaquecer el mas vigoroso espíritu. Vió luchar largos dias con la muerte á la tierna esposa que aspirára en sus labios el veneno, velando dia y noche á la cabecera de su tálamo: vió emponzoñarse sobre el seno materno al hijo que era su delicia: y apartado apenas de los bordes del sepulcro, vino la desesperacion á arrastrarle segunda vez á ellos, en pos de las dulces prendas de su constante cariño.

¡Oh! ¡qué horas de indecible amargura las que pasó entonces, casi moribundo, al lado de aquellos seres queridos que agonizaban á su vista entre atroces dolores, y en cuyos ojos, espejos de su ventura, buscaba en vano una mirada de amor! Inflamados, ciegos por la crúda enfermedad, negábanse á la luz que acaso iba á arrebatarles muy pronto la sempiterna noche de la tumba.

Tres dias habian corrido en aquella indescribible ansiedad: tres dias durante los cuales se esperó por momentos el último suspiro de la madre y del hijo. En la tarde del último de los tres, la crísis se hizo evidente: todos comprendieron que la noche seria decisiva.

¡Y cual apareció aquella noche!... Cubrióse el sol en su ocaso de nubes cinéreas y sangrientas, que apagaron el crepúsculo. Una calma espantosa reinó en las primeras horas; mas tarde la voz del huracan renó en las montañas, y creciendo su incesante ira; desatóse de ellas impetuoso, rugiente, asolador.

Pavoroso era aquel ruido del viento embravecido

en medio de aquella ciudad desierta, en que solo se veian casas cerradas como sepulcros; cementerios improvisados, donde se amontonaban cadáveres en las profundas zanjas; y de vez en cuando algunos grupos de desnudos ó andrajosos tamemes y mezezuales, que levantaban sus discordantes gritos entre los silbos de la tormenta, pidiendo ansiosamente pan.

Digno de tan triste cuadro destacábase de las sombras la enorme mole del palacio imperial, grave, magestuosa, triste. No se veian guardias ni se sentia el mas leve rumor dentro de sus muros sombríos. Silenciosos estaban los príncipes y magnates que, apiñados en la antecámara régia, aguardaban el fallo de vida ó muerte para la familia imperial.

En el aposento nupcial, convertido en estancia mortuoria, cercaban el lecho de la emperatriz la afligida Miazochil, la apasionada Tecuixpa, la tierna Otalitza, su jóven esposo Coanacot, el gallardo Netzalc y su bella Teutila: todas las miradas se fijaban en los dos médicos reales, que inmóviles á los lados de la cabecera espiaban con atentos ojos el curso de la crísis. En medio de los blancos lienzos que vestian el espacioso tálamo, aparecian cerca uno del otro el desfigurado, pero todavía hermoso semblante de Gualcazinla y el infantil de Uchelit, medio velado por sus finos cabellos negros y lucientes como el azabache.

De rodillas Guatimozin, pálido, flaco, las facciones desencajadas, las manos crispadas contra el pecho: ahogaba sus gemidos besando una vez y otra aquellas frentes queridas, abrasadas por el ardor de la fiebre.

Todos callaban: las horas se arrastraban con insoportable lentitud: la temida y deseada se iba apro-

ximando sin embargo. Era media noche ya: el huracan rugia furioso: el silencio del palacio era profundo, habia llegado el momento: la crísis tocaba á su término.

Aun trascurrieron algunos minutos de muda ansiedad en la cámara régia y de ruidoso desórden en la naturaleza: despues el silencioso grupo comenzó á agitarse y los vientos á calmar su furia. Cuatro horas mas tarde el sol apareció por fin puro y radiante, en un cielo despejado por la tormenta; los vientos habian huido llevandose en sus alas los mortíferos miasmas de la epidemia; Gualcazinla y Ucheiit se habian librado de la muerte, y Tenoxtitlan de su azote.

—La madre del Dios de Velazquez ha obrado este prodigio, decia á las princesas la jóven Tecuixpa. He puesto su imágen á la cabecera del lecho, y al momento Gualcazinla y su hijo volvieron á la vida. La madre del Dios de Velazquez se llama *Salud de los enfermos*; asi me lo decia mi amante.

—Ruégale, pues, hija de Motezuma, contestaba cándidamente Otalitza, que sane mi corazon que está herido.

—Lo está el suyo tambien por siete grandes dolores, repuso la doncella, y por eso no puede curar esa clase de dolencias. ¿Piensas que lloraria yo tantas lágrimas si la madre del Dios de Velazquez no hubiese estado inútilmente un dia y otro sobre de mi pecho? Pero mira, Otalitza, en el rostro de la santa imágen hay lágrimas que nunca se secan: asi es que ama á los que lloran, y se llama tambien *Virgen de los Dolores*.

—Tu eres como ella una vírgen de dolores, dijo suspirando la hermana de Guatimozin, y guardas

entre tu llanto la fé jurada á tu amante. Yo, mas digna de lástima, recibo las caricias de un hombre y ofendo á las cenizas de aquel que me hizo palpitar de amor cuando apenas comenzaba á abultarse mi seno. No me quejo, sin embargo, añadió echando una dulce mirada á su esposo que estaba distante: no me quejo de mi suerte; porque seria culpable sino supiese estimar las prendas de Coanacot, y cuando le he dicho *soy tuya y te seré fiel*, no manché con mentira mis lábios.

—Huasco te perdona, repuso Tecuixpa, porque tu casamiento ha sido la alegria de dos reinos, y por que debes dar á Tezcuco reyes formados en tu seno, que sean hermosos y buenos como tu, y valientes como Coanacot. Yo no puedo hacer lo que has hecho, porque Velazquez me juró una vez que su Dios nos casaria en el cielo, cuando yo saliese del mundo de los hombres, y ya conoces que debo conservarme vírgen.

—¡Tu eres dichosa! dijo entonces la jóven reina de Tezcuco, y ya que la madre del Dios estranjero ha despedido la muerte del lecho de la emperatriz, y que Guatimozin consiente en reposar un momento junto á ella, vamos las dos á orar en soledad. Quemaremos tecopalli á los pies de la imágen que amas, y rogando por los muertos lloraremos como ella.

—Siempre estoy pronta á llorar; pero atiéndeme, esposa de Coanacot: hoy ha lucido en las alturas un sol venturoso; pues á su luz vuelve á encenderse la llama de la vida en el pecho de mi hermana: hoy no es justo llorar, sino vestir galas y ceñirse flores.

—Yo no tengo flores, Tecuixpa: las de mi suelo

natal, que son tan fragantes, pertenecen ya á Teutila, que es esposa del rey de Tacuba, y las que nacen en la tierra que dominaba mi marido son holladas ahora por plantas estranjeras.

El coloquio de las dos amigas fué interrumpido por un gran clamor que se elevaba en la plaza. Guatimozin, convaleciente apenas y rendido por las agitaciones de aquella penosa noche, saltó, sin embargo, presuroso del lecho en se acababa de reclinar, y salió apoyado en el brazo de Netzalc á indagar el orígen del tumulto.

Uno de sus ministros le salió al encuentro y le dijo turbado:

—Señor, los dioses te favorecen mejorando la dolencia de tu esposa y de tu hijo, pero te afligen con otro linaje de desgracia. El Malinche y sus gentes son dueños de Iztacpalapa.

—¡Netzalc! esclamó el emperador: el brio del corazon no alcanza á suplir las fuerzas que me ha quitado la enfermedad; pero, ¿habreis de dejar al impío insultarnos impunemente con su audacia?

Netzalc dió el brazo del ministro por apoyo á Guatimozin, y respondió:

—Los cuarteles de tus ejércitos han sido hasta ahora pestilentes hospitales: la epidemia ha quintado á tus valientes, pero ¡no importa! Antes de que el sol se oculte, tu hermano habrá hecho abandonar su nueva presa á los atrevidos robadores.

Dijo, y salió corriendo á reunir la gente sana del ejército para acudir á Iztacpalapa.

Apenas llegaba el sol al zenit, cuando se le vió dejar á Tenoxtitlan al frente de numerosa hueste, con marcial continente y ceñudo semblante. Coanacot le seguia, mandando otra fuerza respetable y reflejan-

do en sus facciones la enérgica resolucion que habia tomado, de no soltar la lanza hasta haber castigado á los usurpadores de sus dominios. Antes, empero, de haber llegado á la mitad de su camino, encontraron un correo del Tlatoani de Iztacpalapa, y supieron por él que la ciudad habia sido evacuada por el enemigo.

En efecto, la osadía y el valor de los españoles se habia estrellado esta vez en la furiosa desesperacion de los mejicanos. En vano habian batido los tercios guerreros que les opusiera Iztacpalapa; en vano la severidad del jefe, castigando rigorosamente la heróica resistencia que se le hizo, manchó con sangre innecesaria aquella nueva victoria: los Iztacpalenses, determinados á perecer antes que someterse á la ignominia de la esclavitud, soltaron en mitad de la noche las acequias, rompieron las calzadas, é inundándose al punto la ciudad hubiera servido de tumba á los vencedores, si la incesante vigilancia de Cortés no descubriese el peligro á tiempo todavía de poder huir, abandonando en desórden la anegada poblacion.

No se verificó aquella fuga sin pérdidas en el ejército. Ahogáronse algunos soldados que no ... sabian nadar; perdióse la pólvora que lle... y mojados, ateridos de frio, pues ... aban todos; ro, perseguidos por los izta... era el mes de enero, ban con sus denuesto... palenses, que los afrentaban camino de Tezc... y burlas, volvieron á tomar el del impr... o, no poco corridos y disgustados ... visto revés ... habia en aquella oca- ... ero no era solo aquel el que ... de su sion poner á prueba su constancia. Sabed... fuga los príncipes Coanacot y Netzalc, volaron con sus huestes á atajarles el paso, y alcanzándolos casi á las

mismas puertas de Tezcuco, cayeron sobre ellos con imponderable furia.

Necesaria era toda la serenidad de espíritu que caracterizaba al general español para salir bien de aquel trance. Fatigada su caballería, mal parados sus peones, inutilizadas las armas de fuego, y cercado de enemigos que se ensañaban mas á proporcion que obtenian mayores ventajas, conoció que su única salvacion era Tezcuco, y dirigió todos sus esfuerzos á proporcionarse entrada en aquella ciudad.

Difícil era la empresa: los mejicanos interceptaban el camino, defendiéndolo con un coraje que rayaba en frenesí. El caudillo mandó cargar sobre ellos á sus escuadrones, y animándolos con su voz y con su ejemplo, ¡lanzóse con tal ímpetu que logró abrir paso á la infantería, y verificar por último su retirada, siguiéndole siempre el enemigo, que no cesó de combatirle hasta que le vió penetrar en Tezcuco.

No se juzgaron bastante fuertes Netzalc y Coanacot para intentar arrancarle de aquel asilo, y acampando á alguna distancia, despacharon correos á la metrópoli pidiendo nuevos ejércitos para acometer la empresa.



CAPITULO XI.

Nuevas alianzas.

¡Funesta ceguedad la de los pueblos que, divididos por contrarias opiniones, enflaquecidos por civiles discordias, piden y fian su remedio á estranjera intervencion! Jamás fué generosa la política: jamás hicieron abnegacion de sus propios intereses las naciones llamadas á decidir en intereses estraños.

No, no le hubieran bastado á Hernan Cortés su luminoso genio, su intrépida audacia, sus instintos políticos, su posicion singular, sus aventureros valientes y sufridores; no le hubieran bastado la superioridad de sus armas y de su disciplina, ni los prestigios que le prestaba la ignorancia de los pueblos mejicanos, para someter aquel imperio poderoso que tembló en sus cimientos, desde que las afortunadas plantas del caudillo español se estamparon por primera vez en la arena de sus opulentas costas. ¡Ay! minados estaban ya aquellos cimientos por las intestinas disensiones, y todavía para descargar el último golpe que lo desplomára, hubo menester del apoyo que prestaron á su mano las mismas discordias que lo habian socavado.

Vuelto apenas á Tezcuco de su malaventurada espedicion á Iztacpalapa, recibió á Hernan en aquella ciudad la faccion dominante con fiestas y regocijos públicos; aprestándole al mismo tiempo cuanta gente de guerra pudo reunir para que se engrosára su ejército.

No estaba, sin embargo, satisfecho el jefe estranjero: aspiraba á conseguir otros aliados en las ciudades del lago, y los embajadores tezcucanos recorrian con este objeto las inmediaciones, anunciando un sostenedor á los principes y un redentor á los pueblos.

Aquellas diligencias no fueron infructuosas. La viruela acababa de dejar vacante el trono de los Estados de Chalco: disputábanse su posesion dos jóvenes teutlis parientes del difunto; ambos contaban ya numerosos parciales y parecia próximo el estallido de una guerra civil, cuando los emisarios del conquistador se presentaron en aquel principado, encareciendo la justicia y sabiduría de su estranjero aliado, declarando sus pacíficas intenciones, y designándolo único juez digno de decidir con imparcialidad y rectitud la contienda suscitada.

Cada uno de los dos aspirantes al dominio de Chalco creia tener de su parte la razon, y prometíase fallo favorable del árbitro desapasionado que se les proponia. Cada uno tambien recelaba, no sin fundamento, que el emperador mejicano, que abrigaba contra ellos justos motivos de queja, intentase oponerles un tercer pretendiente, que teniendo igual derecho que ellos y ademas el favor del monarca, no se daba prisa en tomar parte en la contienda, haciéndose por lo mismo mas temible á entrambos rivales.

Con tales circunstancias, la intervencion de Cortés no podia ser desdeñada. Los dos bandos Chalquenos se convinieron en someter sus respectivas causas á la decision de aquel jefe, y aceptando la alianza que les proponia y demandando perdon por haber tomado parte en la guerra contra él, despacharon á los embajadores con magníficos presentes y con encargo especial de alcanzar del nuevo aliado una audiencia solemne para los aspirantes al sólio vacante, á fin de que oyesen el dictámen de su sabiduría.

Apresuróse Cortés, como era de esperar, á aceptar la investidura de juez, y dejó satisfechas entrambas partes, dividiendo el principado en dos señoríos, independientes uno de otro, pero ambos sometidos al emperador Cárlos de Austria, en cuyo nombre prometió poderosa proteccion á los nuevos súbditos. Encareció el rey de Tezcuco la justicia de aquella sentencia, y como la aplaudiesen tambien á la par los interesados, no tardó Cortés en recibir nuevas demostraciones amistosas de otros Tlatoanis desafectos á Guatimozin y amigos de los príncipes Chalquenos. Era uno de ellos el señor de Otumba, que siendo casado con una hermana de Motezuma y descendiente por línea recta de varon del rey Izcoal (1), se juzgaba mas digno que ningun otro del sólio imperial, y por consiguiente alimentaba profundo rencor contra el jóven esclarecido á quien le pospu-

(1) A Izcoal sucedió en el trono Motezuma I, hijo de Huitzcihuint, segundo rey de Méjico, por votacion unánime de los electores; á pesar de haber dejado hijos el monarca difunto, que fuê el cuarto de los monarcas Aztecas.

sieran. El otro era uno de los magnates que poseian ciudades en el lago, pariente próximo del nuevo soberano de Tezcuco, como hijo que era de un hermano de la madre de este, y unido ademas á los Chalquenos por su enlace con una señora de la familia reinante en dichos dominios. Estas circunstancias bastaron para decidirles á seguir el ejemplo de Tezcuco y Chalco: celebraron ambos la paz con Cortés ratificando su vasallaje al soberano español, y á este precio fuéles concedida la amistad que demandaban.

Los ejércitos mejicanos al mando de los príncipes de Tezcuco y Tacuba no podian permanecer impasibles, en tanto que sus ilusos compatriotas prestaban al enemigo, con tan vergonzosos pactos, ventajas que no podian desatender los interesados en destruirle.

No habiendo recibido todavía el refuerzo necesario para emprender el sitio de Tezcuco, dividiéronse Coanacot y Netzalc para ir contra Chalco, Otumba y Mexquique, castigando á los señores de dichas provincias por la alianza concedida al enemigo del imperio; mas apenas tuvo Cortés noticias de aquel movimiento, cuando hizo marchar á algunos de sus capitanes con toda la fuerza tlascalteca y una parte de sus ballesteros y caballos, para prestar auxilio á sus nuevos aliados, asegurándose el afecto de aquellos pueblos del camino de Tlascala, que le convenia en alto grado mantenerse abierto, para comunicarse libremente con la república.

Las huestes mejicanas no retrocedieron en su empeño á pesar de haber sido informadas de la salida de los enemigos para socorrer á los rebeldes. Llenas de brio salieron al encuentro de los capita-

nes Sandoval y Lugo, que comandaban el ejército ausiliar. y se batieron con tal decision, que hicieron por algun tiempo vacilar á la fortuna. Declaróse esta por último á favor de sus protegidos; las tropas del imperio tuvieron que retroceder, y Sandoval y Lugo, despues de alentar con su presencia á las capitales amenazadas por ellas, y de haber dirigido una carta de Cortés á Vera-Cruz, pidiendo al gobernador enviase á Tlascala toda la gente útil que existiese en aquella poblacion española, volvieron triunfantes á Tezcuco, llevando por trofeos de su victoria muchos prisioneros mejicanos, condenados á ver impresa en su cuerpo la funesta marca de perpétua servidumbre.

No eran Netzalc y Coanacot hombres capaces de abatirse por el primer desastre, y reuniendo segunda vez sus ejércitos, tornaron sobre las provincias sublevadas, que resistieron heróicamente hasta que el mismo Cortés acudió á su defensa, obligando á los príncipes á salvar su derrotada gente embarcándola en un gran número de piraguas que tenian prevenidas, y en las que lograron ganar con ligereza la entrada de Tenoxtitlan.

Tan repetidos triunfos no ocasionaban, sin embargo, en Cortés una presuntuosa confianza. Escaso todavía de fuerza española; receloso de Xicotencatl, que lo detestaba y quizás aprovecharia su ausencia para hacer cambiar con su influjo la favorable disposicion del senado; sin ninguna fé en la amistad jurada por el inconstante príncipe de Otumba y los otros Tlatoanis sus aliados; conocedor del intrépido y firme carácter de Guatimozin, que por último veia desaparecer de sus Estados la plaga asoladora, y escapando el mismo de ella se levantaba del se-

pulcro mas fiero y ansioso de venganza, segun lo indicaban los formidables aprestos de guerra que siguieron en todo el imperio á la derrota de los ejércitos de Coanacot y Netzalc; comprendia perfectamente y pesaba con la exactitud de su previsora prudencia, todos los riesgos de aquella situacion; todas las eventualidades prósperas ó adversas que podian sobrevenirle, primero que llevase á término su gigantesco designio.

Deseando agotar los recursos de su política, antes de aventurar la accion decisiva del cerco de Méjico, no perdonó medios para captarse nuevas alianzas con los grandes vasallos del emperador, y aun resolvió enviar embajadores á este con proposiciones capciosas de reconciliacion y concordia.

Entre los prisioneros que hicieron Sandoval y Lugo, hallábanse tres teutlis mejicanos que le parecieron los mas á propósito para aquella mision; asi por la circunstancia de poder entrar sin resistencia en la metrópoli; como por ser personas de alguna importancia, que podrian influir tal vez en el ánimo de Guatimotzin y sus consejeros decidiendolos á aceptar la paz que fingia desear tanto por su propio interés como por los del imperio.

Dedicóse, pues, á ganarse el afecto de aquellos prisioneros con la gracia especial que poseia cuando juzgaba conveniente á sus miras emplear otra arma que la del terror, y luego que juzgó conseguido su objeto, manifestó sus deseos á los que debian propender á realizarlos.

Aceptaron gozosos la pacífica embajada aquellos cándidos guerreros, que, completamente seducidos por la aparente sinceridad del jefe estranjero, no vacilaron en afirmar que se haria altamente culpable

el monarca mejicano sino correspondia dignamente á la generosidad de su enemigo, condenando á perpétuo olvido los anteriores rencores y afianzando con un solemne pacto la buena armonía que debia reinar entre las dos naciones.

Hallándolos tan favorables á su designios despachólos Cortés á Tenoxtitlan cargados de regalos y con embajada conciliatoria, que se apresuró á divulgar para hacer mas pública y odiosa la negativa de Guatimozin, en el caso de que aquel soberano se atreviese á desechar su alianza.

Aquella afectacion de benignos anhelos y faustas esperanzas obtuvo efectivamente el resultado que se proponia. Muchos príncipes de los dominios cercanos, que se le manifestáran hostiles hasta entonces, variaron de conducta súbitamente, y comenzaron á buscar disculpas á las pasadas crueldades del caudillo estranjero, en la inconsecuencia de Motezuma y en la ensañada persecucion de Quetlahuaca.

Cortés, aunque finjiendo con sagacidad vivos deseos y esperanzas de paz, no se descuidaba en activar sus preparativos de guerra, mientras aguardaba la contestacion del monarca mejicano. Sandoval marchó por órden suya á Tlascala con una buena escolta, encargado de apresurarla conclusion de los buques y de reunir los ejércitos de la república, no perdonando medio alguno de captarse la amistad de Xicotencalt y de obligarlo á venir al frente de aquellos, para auxiliar á sus aliados en la grande empresa que iban á acometer.

Tomadas tales disposiciones, esperó tranquilamente el caudillo el éxito de ellas, ganando cada dia mas el corazon de su protejido D. Fernando de Tezcuco, y mostrándose mas benigno y afable con los prínci-

pes comarcanos que habian aceptado su alianza ó indicaban desearla.

Los portadores de su embajada llegaron en tanto á Tenoxtitlan sinceramente deseosos de obtener favorable acojida, y habiendo hecho saber al emperador que venian encargados de importante mision, concedióles una audiencia solemne á presencia de sus ministros y generales.

El dia señalado para escuchar las proposiciones del enemigo, notábase en la ciudad estraordinaria agitacion. Libres apenas del terrible azote que por largos dias los maltratára, volvian los habitantes á recobrar su actividad, y una multitud curiosa llenó la plaza del palacio muchas horas antes de que sonára aquella señalada para la audiencia.

Pintábase en todos los semblantes vivísima ansiedad: los Tlatoanis y guerreros que acudian á la morada régia, parecian inquietos y pensativos, porque susurrábase en todas partes que la embajada era pacífica y nadie tenia, sin embargo, indicio alguno de cuál sería la resolucion del monarca.

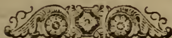
A las once de la mañana aparecieron, por fin, los tentlis plenipotenciarios, ricamente ataviados, y observando en el gesto y ademan magestuosa compostura.

Atravesaron en silencio toda la estension de la plaza por medio de apiñados grupos, que les abrian paso saludándolos respetuosamente, y recibidos con graves ceremonias por los oficiales de palacio, fueron introducidos en el gran salon de audiencias, donde los esperaba Guatimozin sentado en el trono y rodeado de su brillante córte.

Aun estaba delicado y pálido el jóven príncipe; pero brillaban con altiva espresion sus hermosos ojos

pardos, y notábase en todo su aspecto cierto carácter de decision y energía que se comunicaba á sus cór-tesanos, cuyo gesto y ademan indicaban bien á las claras no se hallaban abatidos por los recientes reveses, ni aguardaban como merced la anunciada paz, que, segun las apariencias, solo dependia de ellos desechar ó admitir.

Entraron con digno continente los plenipotenciarios haciendo las reverencias de costumbre, y el de mas edad esplicó su mision de la manera que vamos á ver en el siguiente capítulo.



CAPITULO XII.

Embajadas de paz y proclamas de guerra.

—¡Tlatoani! ¡Notlatocatzin! ¡Hueitlatoani! (1) dijo el teutli. Prisioneros de guerra hemos visto despuntar quince soles en el campamento de los hijos de Oriente, y restituidos generosamente á la patria por nuestros clementes vencedores, venimos á tí con un importante mensaje, que ha fiado á nuestra prudencia el jeneral estranjero, y que juzgará tu sabiduría si se digna escucharlo tu benignidad, de boca de este tu servidor Tamatlan, hijo de Nezabul.

Inclinóse profundamente, y Guatimozin respondió:

—Permiso tienes para esplicarte, Tamatlan, hijo de Nezabul, y atentamente te escuchará tu rey.

El teutli levantó entonces el tono sumiso que usára en sus primeras palabras, y dijo con respetuosa firmeza:

—Mucha sangre mejicana ha cubierto ya los campos de tu imperio, y claman por la paz tus afligidos

(1) ¡Señor! ¡Mi señor! ¡Gran señor!

súbditos. Las ciudades del lago, todavía dolientes por los recientes estragos de la peste, que se ha atrevido á señalar su huella hasta en tu frente coronada, no tienen voz sino para lamentar sus desgracias, y apagado el rencor con las lágrimas, perdonan al que aborrecieron hasta ahora, y que ahora desea como ellas la terminacion de la infausta lucha que nos ha ocasionado ya tantos desastres y que todavía puede producirlos mayores. Deseoso de evitarlos, y ansiando regresar á su remota patria el Malinche Hernan Cortés, grande y fiel embajador del poderoso monarca de Castilla, tierra amada del sol, te propone solemnemente la suspension de la guerra á fin de que, llegando á tu soberana presencia con sus capitanes, se celebre un pacto ventajoso para ambas naciones, que restablezca la alianza jurada por Motezuma, asegurando al emperador de Oriente el vasallaje que le reconocimos, y del cual es digno como descendiente de Quetzalcoal, sábio jefe de los pueblos Tultecas, que fueron los primeros descubridores de los paises en que hoy reina tu soberana justicia.

Tal es, ¡ oh Notlatocatzin ! tal es la mision de que viene encargado tu vasallo Tamatlan, hijo de Nezabul, que espera humildemente la contestacion de tus lábios.

Habia escuchado Guatimozin al teutli con reflexiva atencion, y volviéndose á los ministros apenas hubo concluido su discurso, dijo con pausado acento y espresiva mirada:

—Escesiva candidez supone en nosotros el que tal mensaje nos envia. Talar nuestros campos, imprimir con hierro en la tez de nuestros compatriotas la marca de esclavitud, destronar á nuestros príncipes, proscribir á nuestros dioses.... tales son las demos-

traciones benignas con que nos juraba el caudillo estranjero la verdad de sus pacíficos deseos y de sus benévolos sentimientos. La peste fatal que lanzaron sus naves en nuestras costas como primera prenda de la pérfida amistad que proponian, no ha asolado bastante nuestras ciudades para dejarlas sin defensores; el sepulcro en que me deseaban, cerróse á su pesar bajo mis plantas y saben ya los advenedizos que aun alienta Guatimozin y arma su brazo para vengar las afrentas del imperio: hé aquí por lo que fingen aplacarse: hé aqui por lo que han creido mas conveniente á sus inicuas miras la proposicion de una engañosa paz que la continuacion de una guerra sangrienta. El éxito de esta se les presenta dudoso: las ventajas de aquella conocidas le son por esperiencia. ¡Mas nosotros tambien las conocemos, Tlatoanis y tleutis mejicanos! ¡grabados conservamos sus recuerdos en las paredes que sirvieron de cárcel á Motezuma, en la piedra que cubre sus cenizas!

Encumbrado al sólio de Acamapit por el voto de los electores, que tan alto aprecio concedieron al derecho que me presta mi nacimiento y mis hazañas, rechazo con inmutable firmeza el vergonzoso vasallaje que arrancó la violencia á un monarca cautivo, y eximiendo del juramento inválido que con repugnancia pronunciaron á todos aquellos que han contraido la mas digna y sagrada obligacion de obedecerme, proclamo en altas voces la libertad del imperio. Para conservarla ilesa apresto mis ejércitos y enristro mi lanza: para conservarla ilesa desecho con indignacion la capciosa paz que nos brindan los profanadores de nuestros templos, mancilladores de nuestra gloria... y antes que sacrificarla sabré rendir mi vida en holocausto. ¡Tal es, consejeros y minis-

tros del trono, tal es, ¡oh Tlatoanis y tleutis mejicanos! la respuesta que doy á la proposicion del enemigo, y que someto al juicio de vuestra acreditada prudencia.

—¡Viva el emperador! ¡Mueran los enemigos de Méjico! fué la única contestacion que dieron los magnates.

Ardiendo todos en patriótica ira, demandan en seguida sus armas, y el grito de *guerra*, que estremeció los marmóreos muros del palacio, voló velozmente por la ciudad; se difundió en las plazas; retumbó en los Teocalis, encontró atronadores ecos en Tacuba, Iztacpalapa, Xochimilco, Zopanco, Tepepolco y Tlacopan, y llevó el espanto á los infieles habitantes de Tezcuco, Chalco, Mexquique, Olumba y Talmalanco, que se habian deshonrado con ignominiosos pactos.

Oyólo tambien Cortés y comprendió que era llegado el momento decisivo y todo debia hacerlo el arrojo y la perseverancia.

Resuelto á perecer antes que abandonar su empresa, esperaba impaciente aquel caudillo de vuelta de Sandoval procurando inspirar entusiasmo á sus tropas y confianza á sus nuevos aliados, mientras Guatimozin mandaba guarniciones de gente de guerra á todas las ciudades vecinas de las sublevadas, reorganizaba sus ejércitos y disponia abundante pertrecho de sus usuales armas, inventando otras nuevas para desjarretar los caballos.

Cruzábanse en todas direcciones los emisarios del deligente príncipe, haciendo resonar en las provincias enérjicas proclamas dictadas por aquel, en las que pintaba con los mas negros colores el carácter y la conducta de Córtes; desenmascaraba sus designios, y amenazaba tratar con inflexible rigor á cualquiera

de los príncipes tributarios que escuchase proposiciones de aquellos á quienes declaraba el imperio guerra á muerte y sin tregua.

Formidable era el aspecto que en aquellos dias presentaba Tenoxtitlan.

Entraban de contínuo nuevos tercios armados que no cabiendo en la capital se derramaban por las poblaciones inmediatas. Redoblaban en todas ellas la vigilancia y policía: cuajábase de piraguas la gran estension del lago, y el emperador en persona revistaba los ejércitos, arengándolos y prometiéndoles premios gloriosos si, como esperaba, defendian dignamente la libertad de la patria.

—No os hallais armados, les decia, por la ambicion de un monarca que os pide mayores dominios donde estender su poder: no os hallais armados por el orgullo de una nacion que ve ajado su decoro y os demanda venganza: mas grande, mas justa, mas sagrada es vuestra causa, porque estais armados por el honor de vuestras mujeres, por la libertad de vuestros hijos. Yo no os hablo hoy á nombre de aquella antigua gloria que os dejaron por herencia vuestros abuelos y que jamas deben perder los Aztecas; no os hablo por el interés de mi casa, que siempre ha sido para vosotros un objeto venerado; no os hablo siquiera con el deseo de vuestra propia conveniencia al mandaros destruir un enemigo, cuyos despojos serán herencia de sus vencedores: os hablo para esplicar el mudo espanto en que yacen vuestras familias; para haceros oir el grito lastimero que ahoga el terror en sus gargantas. Ante sus ojos despavoridos, paréceles que ven arder ya el hierro ominoso que debe imprimirles un sello de esclavitud: vuestras esposas amedrentadas aprietan al materno

seno sus hijos pequeñuelos y se imaginan que están escuchando las roncas voces de la soldadesca que viene á arrancar de sus brazos aquellas dulces prendas de sus castos amores... ¡de sus castos amores, que serán sustituidos por los torpes antojos de los bárbaros vencedores!.. Os hablo á nombre de esos seres amados á quienes debeis proteccion: á nombre de aquellos hijos que engendrasteis para la patria y que serán esclavos con ella: á nombre de los dioses que adoraron vuestros padres y que quieren quitar á vuestros hijos los impíos que profanan sus templos: á nombre de un inmenso pueblo que pone su libertad en la punta de vuestras lanzas, y que vé detrás de los caballos del español, no siquiera la muerte, ¡no!.. ¡la herradura del ciervo!

Alaridos de furor respondian á estas palabras del príncipe, y esfuerzos tenian que emplear los jefes para contener á los guerreros anhelantes por lanzarse á la sangrienta lucha.

No era posible ya se retardase esta; pues iguales al ardimiento y coraje de los mejicanos eran los que animaban al ejército contrario, y Cortés acababa de recibir de Vera-Cruz y de Tlascala el reclamado ausilio.

Diez y ocho ó veinte mil guerreros enviados por el senado al mando de dos de sus mas famosos generales entraron en Tezcuco con Sandoval y su gente, desplegado al aire el arrogante pendon de la república, y atronando la ciudad con el ruido de sus instrumentos marciales.

El enviado de Cortés se habia afanado en balde por traer á la cabeza de aquella hueste al jóven Xicotencalt; pero la tenaz resistencia de este habia indignado altamente al senado, y Sandoval aseguró á

su jefe que podia deponer todo recelo, pues si no conseguia la república dominar el ánimo de Xicotencalt, tampoco alcanzaria este á hacer cambiar jamás la disposicion de aquella rspeceto á sus aliados.

Cortés, sin embargo, no olvidó en medio de sus graves cuidados despachar un segundo mensaje al senado, recomendándole no dejase de emplear todos los medios imaginables para vencer la constancia del héroe Tlascalteca, encubriendo la desconfianza que alimentaba de que la influencia de aquel lograse contrarestar la que ejercia él mismo en la república, bajo el velo de una exagerada estima al objeto de sus sospechas, á cuya asistencia en el ejército aparentaba dar la mayor importancia.

Despues de esto no pensó mas que en preparar el asedio, acobardando antes á los mejicanos con una nueva demostracion de su audacia: á este fin reunió á la hueste Tlascalteca 8 ó 10,000 guerreros Tezcucanos, y dejando la mitad de la fuerza española en Tezcuco á cargo de Sandoval, se puso á la cabeza de la otra y marchó contra una ciudad del lago, que habia hecho sacrificar á un teutli Tecuzcano enviado á ella con proposiciones de alianza.

Ascendia el número total del ejército con que emprendia la marcha á 29,000 hombres; pero era gente escojida y belicosa, de la que podia sacar grandísimo partido un jefe tal como Cortés. Ademas, la ciudad amenazada no era de las mas populares del lago, y por muy fuerte que fuera la guarnicion destinada por Guatimozin á su defensa, el caudillo español no podia dejar de prometerse un triunfo tan rápido como inapreciable; pues le aseguraría la sujecion de una de aquellas poblaciones

vecinas á la capital, que era el principal objeto á que se encaminaban sus proyectos y afanes.

Tan furiosos estaban los pueblos mejicanos, que apenas traspasó el ejército de aliados los límites de Tezcuco, comenzo á tener diferentes encuentros con pelotones armados, que se arrojaban temerariamente á cerrarles el paso. Desbaratábalos la caballeria sin necesitar grandes esfuerzos, y atravesando pequeños caserios que abandonaban á su proximidad los pacíficos dueños, continuó su camino el ejército, dirigiéndose á Tlacopan, que era la ciudad contra la cual se emprendiera la espedicion.

—¡Compañeros! esclamó Cortés luego que avistaron las torres de la ciudad: rico será el botin que recojerán hoy nuestros guerreros: el Tlatoani asesino á quien vamos á castigar es uno de los mas opulentos señores del imperio. En su alcazar descansaremos esta noche, y mañana limpiarán el polvo á nuestros caballos las mas hermosas damas de su córte.

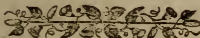
Apenas acababa de articular estas palabras, que aunque apenas entendidas fueron celebradas con grandes voces por los jefes Tezcucanos y Tlascaltecas, y acojidas con sonrisa de confianza por los capitanes españoles, cuando llegó á sus oidos aquel grito particular, que como ya otra vez hemos dicho, era el *hurra* de los guerreros mejicanos, y no tardaron en distinguir un sin número de piraguas llenas de guerreros que cercaban á Tlacopan y cubrian los esteros ahondados por el hacha y convertidos en lagunas.

Asombróse Cortés observando tal prevision, y cuando estrechándose mas la distancia pudo conocer la

insignia que tremolaban aquellos adversarios inesperados, dijo volviéndose á su gente:

—¡Amigos! los mejicanos van aprendiendo nuestra osadia: jamás hubiera creido, á no verlo, que el príncipe de Tlacopan quisiera evitarnos el trabajo de ir á arrancarle de su alcázar.

En efecto, las piraguas se aproximaban con buen órden y en actitud hostil los que en ellos venian, que bien podian llegar á 20,000. Entre ellos, en la mas grande y engalanada embarcacion, se distinguia el brioso señor de la ciudad amenazada; al lado suyo, ondeando sobre su cabeza, se veia en mano de uno de sus teutlis la brillante insignia de su ilustre casa, que era una bandera azul celeste, en cuyo centro se enroscaba una gran serpiente de plata, cuya trilingüe cabeza coronaba una diadema de preciosas piedras y gruesas perlas de las costas de las Californias.



CAPITULO XIII.

Batalla de Tlacopan y Tacuba.

El paraje en que tan súbitamente se vió atacado el ejército español no podia serle mas desfavorable, pues en manera alguna permitia maniobrar á la caballería. La ciudad, situada á la orilla del lago, estaba casi por todas partes rodeada de agua: los esteros convertidos en laguna, como ya hemos dicho, y rota la calzada que servia de comunicacion con la tierra. Aun cuando los Tlacopanos no se presentasen tan denodados á la defensa, ó aun cuando se consiguiese desbaratarlos, la entrada en la poblacion parecia imposible. Conocíólo Cortés, y viendo maltratada á su gente por la lluvia de piedras, flechas, varas y saetas con que la acosaba el enemigo, tuvo por conveniente retirarse ó retroceder al menos, hasta ponerse fuera de tiro y obligar á los de las piraguas á entablar el combate en tierra firme, donde tuviesen sus caballos las ventajas que no podian aprovechar en medio de aquellos pantanos. En efecto, ordenó la retirada, sin volver espaldas al con trario, y obedecieron aunque murmurando sus belicosos batallones. Mas atrevidos los Tlacopanos á

vista de aquel movimiento, redoblaron su coraje y comenzaron á denostarlos con los mas insultantes epitetos, hasta que saliendo repentinamente de sus filas un guerrero Tezcucano, que parecia avergonzado y colérico de la burla que se les hacia, dijo con alta voz y resuelto ademan:

—¡Malinche! si se atreven tus soldados á seguirme yo les haré entrar en Tlacopan, á despecho de esa muchedumbre de *luilones* que nos afrenta llamándonos mujeres. Pasando por la derecha esos esteros, que bien se puede, y metiéndonos en la acequia que han hecho rompiendo la calzada, hallaremos esta mas adelante, pues no toda ha sido destruida sino solamente el pedazo que se tendia sobre la tierra firme. La única dificultad consiste en el miedo que puedan tener tus soldados, pues habrán de pasar con el agua á la cintura y oyendo silbar sobre sus cabezas las flechas del enemigo.

Dijo, y enojados los españoles por el espresado recelo, pidieron á grandes gritos la ejecucion del designio. Hubo de acceder el jefe, permaneciendo en tierra con la caballería para guardarles la espalda, y al punto mismo arrojáronse al agua las numerosas huestes, dejando suspensa con su arrojo á la orgullosa gente que las perseguia creyéndolas intimidadas.

El paraje designado por el Tezcucano, y por el que se abrian camino los de Cortés, no era bastante profundo para que pudiesen entrar las canoas; pero volaba de ellas espesa granizada de piedras y saetas, que rara vez eran perdidas; los invasores, sin embargo, continuaban avanzando con imponderable serenidad hasta encontrar la calzada. Halláronla al cabo, y apoderándose de ella, no tardaron en pene-

trar en el pueblo, á pesar de la desesperada resistencia que se les opuso. ¡Horriblemente se vengaron de ella! Entrada á saco la ciudad, cebáronse en la matanza y se entregaron al pillaje con vergonzoso estremo. El desventurado Tlatoani salvó con dificultad su vida, escapándose á Méjico en una piragua.

Despues de terminado el saqueo, abandonó Cortés la poblacion, llevándose consigo numerosos prisioneros, y pernoctando en un caserio cercano emprendió al dia siguiente el camino de Tacuba, imaginando en el orgullo que le inspiraba su nuevo triunfo, que podia aventurar con buen éxito en aquella importante ciudad, tan próxima á la metrópoli, un ensayo igual al que con tanta dicha acababa de hacer en Tlacopan.

Su confianza creció de punto cuando atravesando aquel reino solo encontró pueblos abandonados. Llegó pues sin estorbo hasta plantar su campamento delante de Tacuba, y sus moradores no dieron la menor señal de apercibirse de ello. Sorprendido de tan completa inercia, pero no recelando el designio que encubria, órdenó Cortés la entrada en la ciudad, y solo entonces vió aparecer, como por mágia, un formidable ejército á cuya cabeza reconoció por sus reales insignias al gallardo Netzalc. Sin embargo, la actitud de aquella fuerza no era acometedora: parecia dispuesta únicamente á la resistencia, y aun fué esta tan floja en el primer encuentro, que pudo el caudillo español prometerse, sin pecar en presuntuoso, tan rápida como infalible victoria.

Aunque haciendo cara al enemigo iban retrocediendo los Tacubenses y avanzando aquel, muy ageno de sospechar el artificio de aquella retirada·

Mandaba Cortés al paso prender fuego en las casas que dejaba á su espalda, y á la lúgubre claridad de las llamas y entre los alaridos lastimeros de las mujeres y niños, que perecian víctimas de ellas ó huian despavoridos por las calles, resonó el grito de triunfo que arrojó aquel jefe, cuando vió huir precipitadamente al adversario que, aunque con notable debilidad, se habia defendido hasta aquel instante.

Corria en efecto desordenada la hueste Tacubense, ansiosa de ganar la calzada que comunica su capital con la del imperio, y lanzóse en pos de ella el ejército invasor hasta cubrir toda la longitud del puente, que retembló bajo el peso de la muchedumbre que lo oprimia. En el mismo instante vuélvense de súbito los fugitivos; cúbrese de piraguas el lago, y atronadora la voz de Netzalc deja oir estas palabras, entre los feroces gritos que lanzan sus súbditos:

—¡Malinche! ¡llegó por fin tu hora! ¡Pisando estás tu sepulcro!

Conoce, aunque tarde, Cortés el engaño de que ha sido víctima. Oprimido por el enemigo, flanqueado el puente por mas de dos mil canoas llenas de guerreros que hacen caer sobre él copiosa lluvia de piedras y flechas, y sintiendo á su espalda el furioso pueblo que le perseguia, contúrbase el ánimo del intrépido caudillo y abandónale por primera vez su serenidad. Una circunstancia, funesta en aquel conflicto, viene ademas á completar la consternacion de su ejército y á llevar á colmo la arrogancia del adversario. El abanderado español, peligrosamente herido, cae del puente y rueda con el pendon que tremolaba á las ensangrentadas ondas del lago. Infinidad de canoas se dirigen al punto al paraje donde seña-

lan la caida los círculos que se forman en la tersa superficie, celebrando ya con desentonadas voces la adquisicion de aquel trofeo inapreciable.

¡Trofeo glorioso en efecto, que ya imaginan presentar en las aras de Huitzilopochtli, con mengua vergonzosa de los héroes de Castilla, que verán su veneranda insignia presa de aquellos bárbaros despreciados!

Ambos caudillos han sentido instantáneamente la impresion de este pensamiento, pues suspendiendo el combate fijan sus ansiosas miradas en el sitio á que se aproximan á fuerza de remos las veloces piraguas.

De repente adquieren aquellas aguas mayor oscilacion: confúndense los círculos, ábrense las ondas y aparece el infortunado alferez enturbiando con su sangre el líquido cristal; pero llevando en su diestra apretada por nerviosa contraccion, la codiciada bandera.

Resuena unísono en aquel instante el grito de ambos ejércitos:

—¡A él! esclaman los mejicanos.

—¡A él! prorrumpe Cortés con imperioso acento: y el heróico herido, que comprende la diversa ansiedad de que es objeto, aprieta con mayor teson la prenda apetecida y redobla sus esfuerzos para ganar el puente. Manda Cortés se le auxilie alargándole algunas lanzas para que, asido á ellas, logre subir, si le es posible librarse de los perseguidores que le van al alcance: pero antes de que pueda valerse de aquel apoyo el nadador, siente sobre sí la quilla de una piragua, y el jefe que la manda estiende el nervudo brazo y consigue echar mano al hasta de la bandera. Defiéndese en vano con desesperado furor el fati-

gado castellano; debilitado por la sangre que pierde y por la desventajosa pugna que sostiene, vá por fin á ceder, tal vez rindiendo la vida á la par que el pendon.

—¡Ya es nuestro! grita entonces el mejicano con orgulloso ademan. Una bala sella los lábios con que acaba de articular aquellas palabras; salta su sangre á la cara de sus compañeros, y escápase de sus manos, heladas por la muerte, la presa que tenia asida.

Reanimado de súbito el oficial perseguido, aventura un último esfuerzo; invoca el nombre de Jesus; levanta en alto con rápido movimiento de su diestra la bandera tan valerosamente defendida; apoya su larga hasta en el fondo del lago, y al grito de ¡*Viva Castilla*! que arroja con entusiasta acento, ásese con ambas manos de su estremo superior y salta ligero sobre el puente, á vista de los numerosos enemigos que dirigian contra él sus piraguas, y que quedan suspensos por el asombro. Aquel esfuerzo estraordinario no se realiza sin embargo impunemente. El valeroso defensor del pendon mancha con su sangre, que salta á borbotones, aquella insignia, ilustrada siempre con tantas victorias, y apenas la pone en manos de Cortés cae á sus plantas desmayado.

Enarbólala el caudillo, sacudiendo al aire sus empapados pliegues, y con inspirado tono,

—¡Compañeros! esclama: el pendon de Castilla es invencible: la lealtad lo sostiene y lo proteje Santiago.

—¡Santiago y á ellos! gritan entusiasmados sus guerreros, y sucediendo frenético coraje al primer trastorno producido por la sorpresa, arremeten con

tal ímpetu, que la multitud compacta retrocede simultáneamente, como si fuese un solo cuerpo.

La lucha se encarniza: enrojécese el agua con los arroyos de sangre que recibe: obstruyen los cadáveres la puente; pero no afloja el valor de los españoles, ni se debilita un momento la bravura de sus adversarios.

Aparecen últimamente por la calzada de Méjico nuevos ejércitos del emperador; y Cortés, que ha logrado no sin grandes afanes despejar su espalda y salir de la estrechura del puente, comienza á retirarse con el mejor órden posible en tal situacion, dando siempre la cara al enemigo.

El incendió mientras tanto habia consumido muchísimas casas, y amenazaba convertir en cenizas toda la ciudad de Tacuba. A vista de aquellas fúnebres luminarias que alumbran el camino de Cortés, detiénense turbados sus perseguidores, y aunque algunas horas despues, apagado ya el fuego, volvieron á emprender su marcha en pos de los que se retiraban, era ya inútil la diligencia. Cortés y los suyos habian alcanzado á largas jornadas la frontera de Tezcuco.

—¡Compañeros! dijo entonces el héroe á sus soldados rendidos de fatiga: el botin se ha perdido, pero se ha conservado la gloria, y yo juro por Santiago que la bandera española, que hoy milagrosamente hemos salvado, ondeará dentro de un mes sobre la mas alta torre de Tacuba.

FIN DEL TOMO TERCERO.

GUATIMOZIN.

GUATIMOZIN

ULTIMO EMPERADOR DE MÉJICO.

NOVELA HISTÓRICA

POR LA SEÑORITA GOMEZ DE AVELLANEDA.

TOMO IV.

Madrid:
IMPRENTA DE D. A. ESPINOSA Y COMPAÑIA,
CALLE DEL CABALLERO DE GRACIA.
1846.

CAPITULO I.

Cortés de vuelta à Tezcuco y nueva espedicion

Preciso era para devolver la confianza á los aliados de Cortés, recelosos ya en cierto modo y acobardados por el mal éxito de la última tentativa de aquel jefe, que algunas casualidades felices probasen la continuidad con que lo protegia la fortuna. En efecto, pocos dias despues de su regreso á Tezcuco recibió aviso de haber arribado á las costas de Vera-Cruz un navío procedente de España, que no solamente conducia noticias favorables para él, respecto á la impresion que produjeron en la corte sus cartas y regalos al rey; sino tambien un refuerzo considerable de jente jóven y entusiasta, que espontáneamente venia á alistarse bajo su bandera, con abundante cargamento de armas y municiones.

Casi al mismo tiempo que tan agradable nueva, llegaron tambien á Tezcuco embajadores totonaques á ratificar el pacto de alianza y á brindarle el auxilio de aquellos pueblos revoltosos, que eran sin

embargo, los mas valientes y vigorosos de todos los del imperio.

Tan inesperadas ventajas reanimaron á las tropas haciéndolas olvidar el reciente desastre, y habiendo implorado por entonces los chalquenos la proteccion de sus aliados, contra un ejército mejicano que iba sobre ellos, disputáronse animosamente los soldados el honor de afrontar el nuevo peligro, acompañando á Sandoval, que fué el capitan nombrado por Cortés para marchar inmediatamente al socorro de sus amigos. Interesábale demasiado conservar libre de enemigos los pueblos que le comunicaban con Tlascala y Vera-Cruz, y creíase ademas en el deber de resarcir á su jente de las últimas pérdidas, proporcionándole algun botin.

Con tal objeto concedió ámplias facultades á Sandoval para que, despues de alejar de Chalco la hueste mejicana, pudiese, si lo juzgaba oportuno, saquear á su placer las poblaciones cercanas. Con tal permiso, que se proponia aprovechar, partió de Tezcuco el capitan con suficiente fuerza; y mientras su jefe aparejaba los trece bergantines destinados al asedio de Tenoxtitlan, llegó él á Chalco, desembarazólo sin gran dificultad de los tercios mejicanos que lo cercaban, con los cuales ya se habian batido valerosamente los del pais, marchó contra Huaxtepec, llevando consigo toda la gente de guerra que tenia disponible Chalco, y despues de un reñido combate con su guarnicion entróla á saco, dejóla convertida en teatro de desolacion, y cayó sobre la bella ciudad de Acapizla, cuya heróica resistencia ensañó de tal modo á sus soldados y auxiliares, que durante muchas horas tuvieron que padecer el tormento de la sed, por haber convertido en sangre las cla-

ras aguas del rio que regaba con sus ondas los cimientos de la ciudad.

Cargado de pingües despojos y seguido de innumerables prisioneros de ambos sexos, entró por fin en Tezcuco, volviéndose en seguida, aligerado de aquellos, para defender á Chalco, amenazado nuevamente por cohortes mejicanas. Llegó tarde para partir el peligro y la gloria de aquella pugna; pero á tiempo de asistir á los festejos con que se celebraba el éxito, que habia sido tan desastroso para los imperiales como fausto para los rebeldes, habiendo auxiliado oportunamente á estos con uno de sus ejércitos la diligente república de Tlascala.

Llenos se vieron entonces los mercados de Tezcuco de las infelices gentes mejicanas, que, cual si fuesen rebaños, eran herradas y vendidas en pública almoneda (1).

Aquel fué el espectáculo primero que presentó Cortés á las curiosas miradas de los recien venidos.

(1) Las pinceladas mas enérgicas que pudiéramos emplear, para dar al lector un cuadro exacto de los horrores de aquella guerra, en que la muerte ó la esclavitud mas cruel seguian forzosamente al vencimiento, no llenarian tan bien nuestro objeto como creemos conseguirlo, copiando únicamente algunas líneas de B. Diaz del Castillo, que con aterradora sencillez y naturalidad refiere los mas horribles hechos de aquella conquista. Hé aquí algunas palabras de dicho historiador, que probarán la exactitud de nuestra observacion.

«Como hubo llegado (dice) Gonzalo de Sandoval con gran presa de esclavos, fué acordado que luego se herrasen, y cuando se hubo pregonado, todos los mas soldados lleva-

de España, y ciertamente no era el menos á propósito para escitar su codicia y justificar el anhelo y la confianza con que venian de tan larga distancia á participar la suerte del audaz aventurero.

Allí, en aquellas plazas convertidas en inmundos bazares, regateaban el precio de las hermosas vírgenes americanas los soldados españoles, y acudian á insultar á los prisioneros sus feroces enemigos Tlascaltecas. Allí, enmedio de aquellos denuestos y de las obcenas chanzas de los compradores, exhalaban estériles amenazas los esposos, los padres, los amantes, que veian rasgar los velos de sus mujeres, de sus hijas, de sus amadas, para esponerlas desnudas al exámen de los mercaderes, que palpaban sus carnes para conocer su mayor ó menor morvidez; su fres[illegible] ... mas ó menos intacta.

¡Maudito cambio! las princesas de Acapizla y de Huaxtepec, que tres dias antes se adormecian en sus ricas hamacas, mecidas blandamente entre paredes de caoba, al eco halagador de sus damas que las can-

---

mos las *piezas* que habíamos habido para echarles el hierro de S. M. que era una G, que quiere decir guerra.

. . . .

Aunque Cortés nos habia dicho y prometido que las buenas *piezas* se habian de vender en almoneda por lo que valiesen, y las que no fuesen tales por menos precio, tampoco hubo buen concierto en ello, porque los oficiales del rey que tenian cargo de ellas, hacian lo que querian, y desde allí adelante muchos soldados que tomábamos buenas indias, las escondíamos y no las llevábamos á herrar.

taban hazañas de sus abuelos, están hoy allí, en aquel lugar de vergonzoso tráfico, desnudas, mancilladas, aguardando como su mayor fortuna que el liviano antojo de algunos de los capitanes estranjeros, las salve de ser presa de la soldadesca desenfrenada, que suele hacer bienes comunes las adquisiciónes de aquel género.

En uno de los dias de mercado, el sitio á que nos referimos fué teatro de escenas verdaderamente trágicas.

Una bella esclava de 14 años, que se disputaron varios compradores, habia sido por último vendida al hermoso Alvarado, que siempre era espléndido cuando se trataba de dispendios como aquel. La jóven, ruborosa y afligida es presentada á su dueño, que devorando con lascivas miradas sus nacientes atractivos, la dirige palabras cariñosas que no comprende la infeliz, pero que la reaniman, pareciéndole proferidas con acento blando. Pónese entonces de rodillas y señala, hácia el estremo opuesto de la plaza, un hombre robusto y de noble aspecto, que forcejeaba por desacirse de los brazos de algunos soldados que querian obligarle á seguirlos.

—¡*Tatli Tatli*! (1) decia entre sollozos la desgraciada niña. Comprendióla el capitan y compró á los soldados aquel esclavo para llevarlo consigo. Agradecida la doncella, besóle los pies regándolos con sus lágrimas, y corrió ligera como una gacela á abrazar á su padre, que era conducido á presencia del dueño.

Al recibirla en su seno hizo aquel desventurado

---

(1) Tatli quiere decir *mi padre*.

tan estrañas demostraciones de gozo, que llamó la atencion de los concurrentes. Besaba los cabe los de su hija como si quisiera devorarlos; clavaba en sus ojos miradas delirantes, y llevó entrambas manos á su torneada garganta, acariciándola con vehemencia.

Un ligero gemido se escapa en el instante mismo del pecho de la jóven; estremécense en seguida todos sus delicados miembros, y críspanse sus manos encima de aquellas que la ciñen. Sorprendido Alvarado, se acerca presuroso: el esclavo rechaza entonces el hermoso cuerpo, que se ha doblado en sus brazos como flexible liana, y arrójalo á los pies del capitan esclamando con ronco acento:

—¡Tómala!

Bájase Alvarado... ¡toca aquellos hechizos que le pertenecen: aun conservan el suave calor!... ¡pero la linda sierva es libre ya! ¡Su dueño solo abraza un cadáver!

En aquel mismo sitio, algunas horas despues, se ahogaba con su propia lengua un general mejicano, que comprára por seis mantas de algodon un mercader Tlascalteca.

Tezcuco, sin embargo, hacia fiestas en honor de Cortés; y sus aliados de Chalco, Mezquique, Otumba, Zempoala y demas ciudades de la serranía, llamábanle en altas voces (desafiando el poder de Méjico), *redentor de los pueblos y azote de los tiranos.*

Aceptando el conquistador tan inmerecidas calificaciones, no cesaba de despachar emisarios á las provincias, ofreciéndolas su apoyo contra la *tiranía* del emperador mejicano; ¡y cosa singular! aquellas gentes ilusas, que veian á sus compatriotas vendidos como rebaños en público mercado por los que se decian *libertadores*, eran sordos á la voz de su benigno

monarca, y quejándose de su autoridad legítima y paternal, acudian al llamamiento del advenedizo que llevaba tras sí el hierro marcador de servidumbre. No bastaban, sin embargo, á Cortés los aliados que se atraia en el seno mismo de la nacion que se disponia á esclavizar: érale sumamente importante privar á la metrópoli del auxilio de aquellas grandes ciudades que le servian de ceñidor, ganándoselas con la política ó arrancándoselas con la fuerza. Aun cuando no se consiguiese ni lo uno ni lo otro, siempre le convenia recorrer por sí mismo todos aquellos puntos de comunicacion que tenia la capital á cuyo asedio se aprestaba, y elegir los de ataque segun cuadrase á su plan.

Dispuso á consecuencia una nueva espedicion, y ofreciéronse gustosos para acompañarle en ella, no solamente los caudillos Tlascaltecas sino tambien los Tezcucanos, Chalqueños, Otumbeños y Totonaques, componiendo con sus ejércitos una fuerza de mas de 40,000 hombres, que aumentó el jefe español con la mitad de su caballeria y 400 de sus peones.

Con tan respetable hueste emprendió su marcha el dia 5 de abril de 1521, y tuvo Guatimozin el dolor de verle caer sobre sus mas hermosas é importantes ciudades, con un ejército formado la mayor parte de propios súbditos.

CAPITULO II.

Gloriosa defensa de Xochimilco.

Los desastres que habia esperimentado en Chalco el ejército que destinado á sujetar aquel principado rebelde; el mal éxito con que otros tercios leales habian intentado posesionarse de Mesquique y Otumba; el incendio que devoró la mitad de Tacuba, siendo causa de que perdiesen la mejor ocasion que hasta entonces se les presentára de alcanzar decisivas ventajas sobre el invasor; la deslealtad de muchos de sus tributarios; el amilanamiento, de algunos, y hasta el mal estado de su salud, jamás restablecida completamente desde que padeció las viruelas; todo se aunaba para conturbar el ánimo del desgraciado monarca mejicano; pero todo era poco para hacer flaquear su constancia.

Presintiendo, con aquel instinto maravilloso que se observa en ciertas organizaciones privilegiadas, la catástrofe que se le iba aproximando, decidióse sin embargo, á afrontarla con faz serena, oponiendo al inexorable destino la resistencia sublime de un corazon impávido.

Con antelacion á los primeros movimientos de

Córtés contra las ciudades del lago, habia puesto en ellas fuertes guarniciones para su defensa, conservando las mayores por guarda de la capital; pero apenas fué sabedor de la respetable fuerza con que se aproximaba aquel jefe, hizo salir á su encuentro las dos terceras partes de los ejércitos existentes en Tenoxtitlan, al mando de sus mejores caudillos. Volaron al mismo tiempo sus oficiales á todas las poblaciones del lago, escitándolas á la defensa y llevando á sus regulos las disposiciones dictadas por el emperador, á fin de que no se perdonase medio para cortar la retirada al enemigo si se conseguia derrotarlo.

Cubria el ejército imperial, mientras tanto, toda la inmensa estension del llano de Chimaloacan, situado en medio de ásperas sierrezuelas; y érale preciso á Cortés pasar por él si habia de continuar via recta el camino comenzado. Sabian esto los mejicanos, y se aprestaron á una batalla que, segun todas las apariencias, debia ser decisiva; pero que acaso por lo mismo no quiso entonces aventurar el caudillo español. En vez de dirigirse al llano, atravesó la sierra con tal sigilo y diligencia, que todavía le aguardaba en la llanura el ejército contrario, cuando ya el suyo habia traspuesto la sierra, cruzado el valle de Yautepec, y hecho ostentacion de su arrojo y perseverancia con la toma de un peñon casi inaccesible, donde se habian fortificado numerosas familias fugitivas de los pueblos del tránsito.

La sed y las fatigas, que sufrieron durante aquel ataque temerario las tropas españolas y sus auxiliares, no enflaqueció en manera alguna su decision: ganada apenas aquella fortaleza natural, emprendieron el asalto de otra mas inaccesible aun, y mejor defendida por los poseedores, que despues de te-

naz resistencia hubieron, sin embargo, de capitular, vencida por último su resistencia por la sed que padecian entre tan áridos peñascos, privado absolutamente de agua.

Examinó Cortés con detencion aquellos puntos de defensa, que acaso podrian serle necesarios algun dia; halagó á las gentes que en ellos encontró, impidiendo que la soldadesca usase de las acostumbradas violencias y rapiñas, y despues de exijir á aquellas promesa solemne que no tornarian á hacer armas contra los ejércitos del emperador Cárlos de Austria, de quien se reconocieron vasallas desde en tiempo de Motezuma, continuó su marcha hasta la pequeña ciudad de Tepuzlan, que habiendo opuesto inútil resistencia á las fuerzas superiores del enemigo, fué saqueada al cabo y reducida á cenizas.

Ricos con sus despojos cayeron en seguida los invasores sobre otras poblaciones inmediatas. En vano confió Coadalvaca (1) en la defensa de sus profundas barrancas: cayó tambien al golpe del acero castellano, y vió á sus vírgenes y á sus matronas seguir encadenadas la huella sangrienta del vencedor.

Otro deseo, sin embargo, agitaba á Cortés en aquellos momentos. No eran Tepuzlan y Coadalvaca objetos principales de su atencion, ni le satisfacia el

---

La ciudad de Coadalvaca, (hoy por corrupcion *Cuernabaca*) está situada en medio de hondísimas quiebras, llenas en gran parte de agua pantanosa. Entrábase á ella por puentes que rompieron los naturales al aproximarse Cortés: el lector formará juicio de las dificultades que tendria que superar aquel caudillo, para conseguir hacer penetrar no solamente sus peones sino tambien sus caballos.

botin conquistado, no obstante ser abundantísimo.

Consistia su empeño en sujetar por amistad ó por las armas, las capitales de Xochimilco, Cuyoacan, Churubusco, Iztacpalapa y Tacuba, que tan importantes eran para la realizacion de su plan de asedio; y sin dar descanso á su gente, encaminóla hácia la primera de las nombradas ciudades, haciendo un pequeño rodeo á fin de engañar al enemigo, que no dejaria de ser instruido de sus movimientos por los fugitivos de aquellas cercanías.

A pesar de esta precaucion, encontró apercibidos á los Xochimilecos: habian roto las calzadas y levantado albarradas, aguardándolo denodadamente y en amenazadora actitud.

Acometieron los españoles con su acostumbrada valentía, rompiendo por entre los ejércitos de la ciudad y aun por medio de las aguas, que eran tan profundas en algunas partes que muchos murieron ahogados, y otros quedaron hinchados por la mucha que tragaron. Nada detenia, empero, á aquellos intrépidos aventureros, avezados á acometer imposibles: nada tampoco á los bravos auxiliares á quienes daban de contínuo tan brillante ejemplo; y habíanselas en aquella ocasion con gentes tan decididas como ellos, que peleaban ademas en ventajosa situacion. El combate, debia ser por lo tanto encarnizado y fiero, y fuélo efectivamente, con tal esceso que los cadáveres sirvieron de puente á la caballería para penetrar en la ciudad.

Cada calle fué entonces un campo de batalla, y cercado Cortés en una de ellas por los enfurecidos defensores, que dirigian contra él solo sus mayores esfuerzos, se batió con tan estraordinaria bravura que hízoles repetidas veces retroceder asombrados. Su

posicion era, sin embargo, desesperada: no tenia á su alrededor sino á uno de sus soldados de á caballo, y á algunos guerreros Tlascaltecas; en tanto que crecia por instantes el número de sus adversarios, cerrándole el paso por ambos lados de la calle. Entonces fué cuando, cargando sobre ellos con desesperada resolucion, cayó el caballo traspasado de una lanza, arrastrando en su caida al esforzado ginete que vió al punto arrojársele encima, como bandada de hambrientos buitres, un tropel de rabiosos enemigos.

Ya ha saltado sobre ellos la sangre del héroe, herido en la cabeza por uno de sus propios aceros (pues muchos de los jefes mejicanos empleaban entonces contra los españoles, las espadas y lanzas que aquellos les dejaron por despojos en la terrible noche en que salieron fujitivos:) ya cien gritos de júbilo han celebrado aquel triunfo que parece infalible, y Cortés, juzgándose perdido, levanta su voz poderosa, domina todas las otras, y, creyendo hacerlo por última vez, aclama con fervoroso acento el nombre de Santiago y la gloria de Castilla.

El acero que ya ha probado su temple traspasando el yelmo que defendia aquella heróica cabeza, se levanta otra vez sobre ella, y diez y diez mas brillan al punto delante de su impávido pecho: no estaba, empero, decretado que acabase allí una vida destinada á tanta gloria. El bizarro Olea (que tal era el nombre del soldado de caballería que le ayudára en el desigual combate) arroja un grito que atruena á los vencedores: lánzase á ellos como un leon: hiere, atropella, destroza como si por inaudito milagro se triplicasen sus fuerzas y sus manos, y secundándolo los Tlascaltecas que con sus cuerpos escudan al de Cortés, logra este por último levantar-

se y defenderse por sí mismo, aunque herido y desmontado, hasta que, llegando en su auxilio uno de sus escuadrones, dispersa á la ensañada multitud que tan próxima estuvo á decidir con un golpe; no solamente el éxito de la batalla, sino acaso tambien los destinos del imperio.

Todavía se prolongó la lucha por algunas horas; mas era imposible continuar sosteniéndola. Estaban heridos ó contusos la mayor parte de los oficiales españoles; habian perecido mas de diez mil indios de los aliados ausiliares, y el único recurso posible en tal situacion esa acojerse y hacerse fuerte en uno de los Teocalis mas grandes de la ciudad. Con este objeto procuró Cortés reunir su gente, y tal empeño puso en realizar su pensamiento que, á pesar de la tenaz oposicion que hubo de arrostrar, consiguió ganar aquel asilo, á tiempo que, oscureciendo completamente la noche, suspendieron su persecucion los Xochimilecos, fatigados de todo un dia de incesante combate.

Pasaron la noche los retraidos en el templo curando sus heridos, preparando saetas los ballesteros, y fortificándose del mejor modo posible en tan corto tiempo y con medios tan escasos como los que tenian. Amaneciendo apenas asaltaron el edificio los ejércitos enemigos, aumentados con nuevas fuerzas llegadas de la metrópoli durante la noche, pero fueron rechazados tres veces consecutivas, y aun pudo Cortés mantenerse todo el dia en aquel fuerte, haciendo su caballería algunas salidas por la noche en las cuales siempre alcanzó ventajas considerables sobre el enemigo.

No eran aquellas bastante, sin embargo, para hacer posible la prolongacion de tan estraña cuanto

difícil situacion, y acudiendo por tierra y agua nuevas fuerzas mejicanas, tuvo Cortés que abandonar su refugio, cifrando ya todo su anhelo y esperanza en proporcionarse la retirada, que no parecia dispuesto á permitirlo el contrario.

Cortés, empero, hallábase asaz habituado á vencer con su poderosa voluntad todo linage de obstáculos, y tan estraordinarios recursos le sugerian en los mas apretados trances su ingenio y su osadía, que entonces, como otras veces, salió airoso de una empresa al parecer imposible.

Sacó, pues, á su gente de Xochimilco, no sin pérdida considerable, y sosteniendo todavía victoriosamente, durante el camino que emprendió, otros varios ataques de los ejércitos del imperio, que unos le seguian, otros le salian al encuentro atajándole el paso; llegó por fin à territorio de Tezcuco, á donde le aguardaba, sin que él lo recelara, peligro mayor y mas sensible que todos aquellos de que á fuerza de valor y de sufrimiento acababa felizmente de libertarse.

Los Xochimilecos, en tanto, corrian gozosos á Tenoxtitlan á presentar el emperador los prisioneros hechos al enemigo, entre los que habia tres soldados españoles, cuyos corazones palpitantes reclamaban al punto, como imprescindible tributo, los teopixques de Huitzilopochtli.

difícil situacion, y acosado por tierra y agua con sus fuerzas mayores. [illegible] alcanzaron en cabeza y [illegible] ya todo su [illegible], precipitadamente la retirada, y [illegible] á su merced el [illegible].

Cuando, empero, [illegible] su gente [illegible] y los [illegible] [illegible] otra vez, [illegible] parece imposible.

Santa Cruz, [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible].

Los [illegible], en tanto, [illegible] [illegible] [illegible] entre los [illegible] [illegible] [illegible] de [illegible] imposible.

CAPITULO III.

Conspiracion de Villafaña.

Nunca se ejerce impúnemente la superioridad del génio. Nunca los hombres que dominan á sus iguales por la sola alteza de su pensamiento logran inspirar aquella ciega veneracion que sin dificultad tributamos á la escelsitud del nacimiento. Esta rareza se esplica muy bien. El uno es un derecho concedido por nosotros; el otro lo dispensa solamente el cielo. En aquel reconocemos nuestra fuerza; en este vemos probada nuestra debilidad. Obedecemos sin repugnancia al dueño que nos elejimos; pero jamás con gusto á aquel que nos manda por decreto mas alto de la naturaleza.

Al levantarse los grandes hombres de todos los siglos, de todos los paises, han sido siempre anunciados por el instinto repulsivo de las medianias; presienten estas, aun antes de probarla, aquella fuerza estraña que debe dominarlas á su pesar, y afánanse por sacudirla, así como el caballo, todavia indómito, bota, relincha y huye al aproximársele el hombre; porque la naturaleza, próvida y maternal con todas sus criaturas, le dió, para advertirle

del peligro, un ojo de aumento que le presenta con colosales formas el ser intelijente, cuya débil mano debe enfrenarle á su capricho.

Para el bien, como para el mal, encuentran resistencia tenaz los que nacen con gran capacidad de obrar el uno ó el otro. Sus actos todos son otros tantos triunfos, porque su vida entera es un perpétuo combate: combate disculpable y aun legítimo, mientras no sea alevoso: mientras solo presente por espectáculo la resistencia de muchos al dominio forzoso de uno: la vanidad comun, oponiendo un dique al orgullo invasor de la inteligencia privilegiada.

No siempre empero se sostiene de aquel modo la lucha: no emplea en su defensa la multitud únicamente las armas permitidas, y ni aun bastan alguna vez sal del ódio, de la calumnia, de las acechanzas pérfidas: á veces, realzando á su pesar la fuerza que combate, reconoce su propia insuficiencia, comprando con el crímen la victoria.

¡Cuántos bajaron al sepulcro con el nombre de *tiranos*, solo por haberse apropiado el de *libertadores* los asesinos!

Nosotros no formaremos jamás el juicio de César sobre el puñal de Bruto; y ni aun quizá buscaremos su condenacion en las destrozadas entrañas de Caton; porque la sangre que brota de ellas nos ahoga con vapores de orgullo, y ocúrresenos preguntar: ¿abrióse el célebre romano las puertas de la tumba por no ser testigo de la opresion y mengua de su patria, ó por negarse á los rayos de una gloria que le deslumbraba, de una fortuna de que su soberbia se ofendia?...

Hernan Cortés, una de las mas grandes figuras que puede presentar la historia: Hernan Cortés, que

no ha sido elevado á toda su altura, ni aun por aquellos desacertados panegiristas que han alterado la hermosura de los rasgos del *hombre*, queriendo deificarlo: Hernan Cortés, tipo notable de su nacion en aquel siglo en que era grande, guerrera, heróica, fanática y temeraria: Hernan Cortés, que hubiera sido un Napoleon si arrullase su sueño de niño el trueno de la revolucion francesa, y que hoy, mas glorioso que Napoleon, se nos presenta con la aureola de la conquista de un imperio en la nomenclatura de los ilustres vasallos; Hernan Cortés, digámoslo en fin, debia tener y tuvo la suerte comun á todos los hombres justamente célebres. Persiguiólo anticipadamente la envidia; afanóse por denigrarlo hasta despues de muerto la calumnia, y acechóle la traicion, abrigada en aquellos mismos corazones que aprendieran del suyo á no temblar jamás en tantos peligros de que reportaron en comun indestructible gloria.

Mientras infatigable el caudillo rodeaba la gran estension del lago, examinando y eligiendo los puntos de ataque convenientes á su gran proyecto; mientras afrontaba los mayores riesgos, para privar á Méjico del baluarte, por decirlo asi, que le prestaba su ceñidor de ciudades; mientras dejaba impreso con su propia sangre el testimonio de su arrojo y constancia en el suelo de Xochimilco; la cautelosa perfidia minaba sordamente aquel en que debia reposar sus fatigadas plantas, despues de tantos y tan honoríficos afanes.

Villafaña, uno de sus oficiales, era el principal corifeo del alevoso complot tramado contra una vida ilustrada ya por tantas proezas, y reservada por el destino á mayores y mas gloriosas vicisitudes.

Muchos de aquellos soldados hazañosos, compañeros suyos en las fatigas, habian (con vergüenza lo decimos) habian trocado la siempre victoriosa espada por el ominoso puñal; y el héroe escapado milagrosamente de las lanzas del enemigo, entró en Tezcuco rodeado sin sospecharlo de traidores amigos.

Pálida la faz, trémula la mano que aun empuñaba indignamente un acero de Castilla, salióle al encuentro Villafaña. Los ojos del águila habituados á los rayos del sol no se detienen por lo comun á examinar los pliegues imperceptibles del reptil que arrastra por el fango su venenoso diente: asi la mirada penetrante de Cortés, fija constantemente en su porvenir de gloria, no se paró ni un instante en aquella frente, marcada ya por la pavura del crímen, y permitió manchase la suya, húmeda todavía de honroso sudor, el beso inmundo de aquel nuevo Judas.

Tembló, sin embargo, el traidor, y era ahogado su acento cuando dijo:

—Bendito sea Dios nuestro señor, que ha sacado con bien á Vmd. de las garras de esos perros indios. Graves cuidados nos han aquejado durante la ausencia de nuestro gran capitan, recelándonos de las *traiciones* de esa gente descreida; pero pues ya, con el favor del cielo, tenemos la dicha de veros salvo y glorioso, dígnese Vmd. aceptar un leve obsequio que le tenemos aparejado, viniéndose á comer con nosotros.

—Me place vuestro convite, señor Villafaña, respondió jovialmente el caudillo; pues tan de cerca nos ha seguido la pista el enemigo, y tan mal nos recibian en esos pueblecillos del tránsito, que no me desmentirá mi estómago si os digo que nada ha entrado en él hace mas de cuarenta horas. No han

sido, como presumir podeis, mas felices mis compañeros, y si vuestra despensa está tan bien provista como infiero de vuestras rollizas carnes, os estimaré muy mucho hagais estensiva vuestra fineza á los oficiales que vienen conmigo, y á algunos de los jefes Tlascaltecas, Chalquenos y Tezcucanos, pues todos se han portado á maravilla.

La asistencia de tanta gente á un banquete de muerte no convenia á Villafaña, que se escusó diestramente pretestando que no habia dispuestos sino los cubiertos necesarios para los ya convidados, y el general, ageno de toda sospecha, dijo alegremente, vuelto hácia el príncipe Tezcucano, que estaba á su derecha:

—Espero, Sr. D. Fernando, que ordenareis se trate bien á nuestros aliados y á vuestros súbditos de los cuales vengo completamente satisfecho; y mañana me convido yo mismo á vuestro desayuno, ya que hoy quiere hacerme conocer la habilidad de su cocinero Tlascalteca nuestro buen amigo Villafaña.

Los ojos del príncipe, clavados tenazmente en el rostro del traidor, se volvieron en aquel momento hácia Cortés con estraña espresion de inquietud, y dijo en mal castellano:

—Yo ruego al Malinche que honre mucho á su buen capitan Villafaña, no comiendo nada que aquel no le dé con su mano, y pruebe con su boca.

El tono con que acompañó las últimas palabras el jóven Tlatoani llamaron, sin fijarla, empero, la atencion de Cortés: distraido al punto por los otros capitanes españoles y magnates Tezcucanos, que le felicitaban á porfía, no volvió á pensar en aquello, y algunas horas despues atravesaba las calles de la

ciudad, galanamente ataviado y asido familiarmente del brazo de Villafaña, en cuya casa le aguardaban ya los conspiradores infames, dispuestos á sentarse con él á la mesa en que se debia brindar por su vida al comienzo del banquete, en las mismas copas que á los postres habian de llenarse con su sangre.

La casa que habitaba Villafaña, que le habia sido cedida por uno de los opulentos teutlis de Tezcuco, estaba situada en la misma plaza en que descollaba un gran edificio que habia sido templo, y era en la actualidad uno de los cuarteles españoles. La mayor parte de los aposentados en él estaban comprendidos en la trama, y debian ponerse sobre las armas á una señal convenida. Designado estaba el sustituto de Cortés en el mando del ejército; aprestado el barco que debia salir inmediatamente que se consumase el crímen á llevar aviso á Diego Velazquez, adelantado de Cuba, con cuya proteccion y gratitud contaban fundadamente los que se proponian libertarle de aquel que era objeto de su antiguo odio y ensañada envidia.

Tomadas, pues, todas las medidas que juzgaron conducentes al buen éxito de su plan, esperaban á Villafaña los convidados, no sin aquel pavor inseparable de la maldad, en tanto que el infame conducia por sí mismo á la víctima, mintiéndole afecto con la almivarada, aunque trémula voz de la perfidia.

Un soldado de mala traza, y que, segun los traspies que daba y los ángulos que describia en su marcha, podia calificarse de borracho, iba siguiéndolos constantemente, bien que ni uno ni otro se apercibiesen de ello. Con todo, al entrar en la pla-

za, viéndose ya la casa á que se dirigian, el beodo apretó el paso encaminándose en línea recta á los que le precedian, y solo al emparejar con ellos tornó á dar muestras de su vergozoso estado, hasta el punto de hacerse notar por el caudillo que, naturalmente severo, no echó de ver sin indignarse las señales positivas de un esceso que jamás dejó impune. Soltóse con brusco movimiento del brazo de su compañero, y con ceñudo semblante se acercó precipitadamente al soldado, que en vez de aguardarle se alejaba aumentando la distancia entre su persona y la de Villafaña, con mas celeridad que la que debia esperarse de un hombre en aquella situacion.

—¡Pícaro! dijo el jefe con tremendo tono: ¿cómo te atreves á presentarte en estas calles, despues de haberte llenado del maldito brebaje que solo un borracho de profesion como tú pudiera tragar sin repugnancia?

—Mi general, articuló rápidamente el soldado: no entre Vmd. en casa de Villafaña: le vá en ello la vida.

Quedóse suspenso Hernan; pero decidiéndose con la presteza que acostumbraba, volvióse sereno á donde estaba el traidor, y díjole cordialmente.

—Seré con Vmd. al instante, Sr. Villafaña: pero hame indignado la desvergüenza de ese miserable y quiero presenciar su castigo.

—Acompañaré á Vmd., respondió cortesmente el oficial, si es que se empeña en hacer por sí mismo lo que corresponde á subalternos, que á una voz acudirán del vecino cuartel.

—En manera alguna, repuso decididamente Cortés: háseme antojado ir solo y por mí mismo ver

apalear á ese bergante, y ruego á Vmd. me aguarde diez minutos en su casa.

Alejóse apenas concluyó estas palabras, y vióle Villafaña llegar airado al fingido beodo, darle un empellon para hacerlo andar y seguirlo en su marcha oblícua, con aquella paciente perseverancia que era rasgo distintivo de su carácter.

Luego que estuvieron á suficiente distancia se detuvieron á la vez como si obrasen de acuerdo el general y soldado, y dijo el primero:

—¡Habla!

—Estais vendido mi jefe: Villafaña es traidor: cómplices suyos los convidados con quienes debeis comer y los que se alojan en este cuartel, á cuyos umbrales tocamos. Si Vmd. llega à traspasarlos ó entra en mal hora en casa del que lo espera, no saldrá con vida seguramente. Vmd. debe pensar lo que le conviene hacer, pues concertado tienen el traspasaros á puñaladas y son muchos los conjurados, y veo inminente el peligro.

No pregunta mas el caudillo: no se nota turbacion en su rostro, ni embarazo en su espíritu. Dá sus órdenes al soldado sin aturdimiento ni indecision; despídelo apretándole la mano con franca y honrosa familiaridad, y se encamina con mesurado paso á la morada de su amigo Sandoval, á donde halla casualmente á Alvarado, Lugo, Olea y algunos otros capitanes.

Instrúyeles detalladamente del suceso, con la misma serenidad que si se tratára del hecho mas natural é insignificante; pero previéneles al mismo tiempo que está resuelto á ejecutar en los culpables aterrador escarmiento.

Al decir esto, su penetrante mirada pasaba suce-

sivamente con espresion terrible de uno á otro de sus oyentes: ninguno empalideció: en el semblante de todos alternaban únicamente la sorpresa y la indignacion. Abrazólos Cortés, y lo que no consiguiera la ira de la inesperada traicion ni el sentimiento del grave peligro, obtúvolo entonces la dulce certeza de la amistad: flaqueó la firmeza del héroe, y una lágrima corrió de sus ojos en brazos de sus leales compañeros.

Una hora despues, Villafaña le vió atravesar sus umbrales con faz risueña, y los cómplices de su alevosía acudieron con él á festejarle, sin que ninguno alcanzase á descubrir indicios del mas leve recelo en aquel rostro, que examinaban con mal disimulada turbacion.

—La sopa se enfria y solo por Vmd. se espera, dijo el dueño de la casa alargando la mano á su víctima.

Tomósela Cortés, y apretóla con tal fuerza, que arrancó un gemido á Villafaña.

—Teneis unos dedos de hierro, mi general, esclamó balbuciente: pero enmudeció, temblando al encontrar la mirada que en aquel instante pesaba sobre él.

—Ya lo conoceis, Sr. Villafaña, dijo con amarga sonrisa el héroe: tengo una mano de hierro y una mirada de hielo, puesto que os hace temblar; pero no sabeis todavía, y quiero probároslo, que tengo tambien un corazon invulnerable al puñal de los asesinos, porque lo escuda, ya lo estais viendo, lo escuda esta penetracion que llega hasta el fondo del vuestro, y lee en él la traicion, como en vuestra frente el miedo.

Dijo, y dando una voz, precipitáronse en la sala sus capitanes y muchos soldados armados, que cer-

caron al punto á los reos, aterrados por tan súbito é imprevisto desenlace. Cortés arrancó por su mano del pecho de Villafaña la lista de los conspiradores que descubrió, queriendo rasgarla, y leyóla de principio á fin, no sin muestras de admiracion y dolor. Ambos sentimientos debió esperimentar realmente si, como por entonces se dijo, estaban comprendidos en aquella vil conspiracion algunos de sus mas estimados compañeros: jamás, empero, se han podido averiguar sus nombres.

Villafaña murió por justa sentencia con la muerte de los traidores: los que con él estaban fueron espulsados con ignominia de aquellos dominios con tanta gloria conquistados; pero cuando Sandoval preguntó á Cortés, en presencia de todos los capitanes, quiénes eran los demas culpables que habia descubierto en la lista cogida á Villafaña, y qué castigo se daria á los batallones complicados en el delito, aquel grande hombre respondió con magnánima resolucion:

—La lista, señores, se borró en el pecho de Villafaña, y solo en él dejó la mancha de tan vergonzosa infamia. Yo espero que los nombres que contenia sean de hoy mas inscritos solamente en la nomenclatura de los valientes y leales, segun conviene á la gloria de nuestra comun patria, y al servicio de nuestro augusto Rey, á cuyo cetro debemos sujetar estos vastos dominios. Por lo que respecta á la tropa seducida para tomar parte en el pasado complot, lavarla hé del baldon que contrajo por ignorancia, haciéndola verter á arroyos la sangre del enemigo.

CAPITULO IV.

El senado de Tlascala y Xicotencal.

Era el primer dia de las pascuas del Espíritu Santo: dia en que Cortés, aparejados sus trece bergantines y tomadas todas las disposiciones convenientes para el próximo sitio que iba á poner á Méjico, pasaba revista á su ejército, despues de haber asistido á las fiestas religiosas que se celebraron por su órden en los templos de Tezcuco, segun requería aquella solemne conmemoracion.

Tambien los neófitos de Tlascala practicaban aque dia algunas ceremonias católicas, adulteradas con reminiscencias de sus antiguos ritos, y asistia á ellas el senado, que no perdonaba medio alguno de hacerse grato á Cortés.

D. Lorenzo de Vargas (que tal era ya el nombre del padre de Xicontencalt) edificaba á los nuevos cristianos con las muestras de su devocion, y al verlo de rodillas en el blanco pavimento de la capilla; iluminada su devastada cabeza, salpicada apenas con algunos mechones de plata, por la rojiza luz de resinosas *coabas*; cruzados sobre el ancho pecho sus flacos y nervudos brazos; cerrar los ojos y levantar

la voz rogando fervorosamente al cielo por la causa de la *justicia*, (¡la causa de los conquistadores!) un observador imparcial se hubiera maravillado, creyendo encontrar en aquel indio republicano la personificacion exacta del fanatismo de sus estranjeros dueños: el tipo perfecto de aquella época de fé y aberracion, en que la causa de Dios no era en Europa la de la humanidad, en que se enseñaba el dogma de la misericordia con la punta de la espada, con la llama de la hoguera, y se plantaba el altar de la hostia, cándida y pura afirmando sus cimientos en un suelo enrojecido por inocente sangre.

Cuando terminaron las ceremonias, el senado se retiró gravemente; no, empero, sin comunicarse en voz baja una observacion que todos hicieron igualmente, y era, la de que el general Xicontencalt no se habia presentado en el templo, no obstante habérsele ordenado espresamente.

El anciano D. Lorenzo se apresuró á disculpar á su hijo, bien qué allá en sus adentros no se hallase tampoco muy contento de la conducta de este.

Aparentaron los senadores quedar completamente satisfechos, y aconteciendo que se les trajese aviso en aquel instante de haber llegado de Tezcucó un mensaje urjente, espresaron con tono absoluto que era indispensable asistiese al consejo, que iba á reunir para oirlo, el jóven general de los ejércitos de la república.

En efecto, algunos minutos despues, hallándose juntos aquellos magnates en el vasto salon de las asambleas, compareció, casi al mismo tiempo que los emisarios de Cortés, el enemigo de este.

Eran los primeros los teutlis Tezcucanos, un caudillo Tlascalteca y el intérprete Aguilar, al que da-

ban escolta algunos soldados españoles. Todos iban con atavios marciales, y Xicotencalt se presentó tambien en traje de guerra, realzado con las insignias de su elevado rango. Blanco y encarnado eran habitualmente los colores que usaba aquel caudillo, y ellos formaban en el dia á que nos referimos el matiz vistoso del rico penacho que coronaba su casco de plata. Descendíale hasta las rodillas un tonelete, admirablemente tejido, de pelo de conejo tres veces empapado en líquido carmin, guarnecido con una franja ó cenefa de plumas de cisne, entretejidas con notable primor. Debajo de esta falda, cubríale los muslos una coraza de algodon, roja tambien, é impenetrable á las saetas mas agudas, la cual le subia hasta el cuello, sin embarazar sus movimientos, prestando sujecion en aquel estremo superior á un airoso manto blanco que se unia á ella por medio de brochecillos de oro, y que caia hácia atras formando multitud de pliegues. Sobre este llevaba á la espalda el arco y el carcax, el escudo al brazo, en la diestra una corta pica laminada de plata, y alta la visera, que dejaba ver la espresion ceñuda y melancólica de su varonil semblante.

Colocóse á la derecha de los senadores, que ocupaban sentados en hilera magníficos divanes de maciza coaba, y se mantuvo en pié inmóvil y silencioso mientras duró el discurso del enviado español, que se limitó á espresar los sinceros votos que formaba incesantemente su jefe por la gloria y prosperidad de la república, á la que daba aviso de estar ya aparejados como convenia los buques destinados al asedio de Méjico, abierta la zanja por la cual debian sacarse al lago, y tomadas todas las disposiciones conducentes á asegurar el éxito de aquella grande

empresa. Que para comenzar su realizacion solo faltaba al caudillo la reunion completa de toda su fuerza, rogando en consecuencia al senado se sirviese enviarle con la brevedad posible toda la gente de guerra con que tuviese á bien ausiliarle.

Que habiendo reclamado igual servicio de sus aliados de Tezcuco, Chalco, Mesquique, Otumba y demas provincias adictas á la *justa causa*, esperaba poder juntar un ejército formidable, con el cual y la proteccion del cielo se prometia pronto y completo triunfo, mayormente si el invicto Xicotencalt, accediendo á los deseos de la patria, consentia en dirigir por sí mismo las invencibles huestes de la república.

El senado, sin deliberacion alguna, votó propiciamente á las exigencias de su estranjero amigo, ordenando con tono absoluto al jóven caudillo, que fuera hasta entonces mudo espectador de aquella escena, que reuniese sin pérdida de tiempo todas las fuerzas de Tlascala, y marchase al frente de ellas á prestar el debido ausilio al general de Castilla, á fin de que llevase á cabo con menos dificultades aquella empresa de comun interés.

Adelantóse con paso mesurado y aspecto grave el hijo de Vargas, y deteniéndose al frente de los senadores, la espalda vuelta á los emisarios, y apoyada ligeramente la robusta diestra en la pica de que iba armado, dijo con desenfado, aunque sin faltar á la moderacion que aquel lugar requeria:

—¡Padres de la república! si la voz de un guerrero, ya tantas veces desatendida por vosotros, pudiera resonar mas alta en este dia ó encontrar menos sordos vuestros oidos, levantárala resueltamente para deciros, con franca lealtad, que Tlascala no puede

sin eterno oprobio adoptar por suya la causa de dioses y de reyes estranjeros: que no es ya Méjico el mayor enemigo de nuestra libertad; que no es contra él que debiéramos armarnos, y que mas que el nombre de amiga de los hombres de Oriente, seria honroso á la república el de esclava del imperio.

Un murmullo de indignacion cubrió un instante la enérgica voz del orador; pero sobrepúsola á fuerza de pulmones, y añadió con entereza;

—Convencido por desgracia de que tales reflexiones son perdidas en este sitio, solo quiero rogaros, ¡oh padres de la patria! que cargueis vosotros solos la responsabilidad de actos que no puedo aprobar, que no acierto á comprender, y para los que no creo necesario en manera alguna el ausilio de mi humilde brazo.

El mas anciano de los senadores tomó la palabra, y desentendiéndose de cuanto acababa de espresar el jóven guerrero, manifestó con acento solemne y severo que la república exigia la obediencia que le era debida, y le ordenaba ocupar el puesto que le habia conferido, só pena de ser declarado indigno de él, y exhonerado como traidor.

La profunda indignacion que aquellas palabras produjeron en Xicotencatl solo pudiera compararse al amargo pesar que causaron en su padre.

Impelidos por tan contrarios sentimientos, entrambos se lanzaron á la par en mitad de la sala; dispuesto el uno, segun las apariencias, á arrancarse por su mano los distintivos del rango de que amenazaban degradarle, y el otro á interponer sus ruegos para evitar, si era posible, la realizacion de aquella amenaza.

Al encontrarse, empero, uno al frente del otro, el jóven y el anciano, que tan tiernamente se amaron hasta el dia en que se interpuso entre ellos el guerrero de Castilla, se detuvieron de súbito, clavándose recíprocamente una mirada de dolorosa inquietud. Cada uno, en efecto, recelaba con razon de las intenciones del otro: Xicotencalt temia se humillase su padre en presencia de aquel concurso, intercediendo por él con el senado: el neófito D. Lorenzo preveia, por su parte, que el imprudente mancebo iba á agravar su culpa con algun nuevo exabrupto de importuna soberbia.

Miráronse los dos un momento entre sobresaltados y tristes; pero rompió el silencio Xicotencalt y dijo con tono de respetuosa queja:

—¡Todavía, oh padre, todavía te empeñas en causarme disgustos! El senado de Tlascala; ese Senado que.....

El anciano se dió prisa en interumpir una frase, cuyas primeras palabras anunciaban acerba acusacion, y con las lágrimas en los ojos, trémulas las manos, balbuciente la voz, y presuroso el acento, dijo al fogoso caudillo en ademan suplicante:

—¡Xicotencalt! ¡hijo mio! Hoy cumplen 27 años que tu madre, pálida y desfallecida, por los atroces dolores con que anunciaste tu venida al mundo, te puso en mis brazos diciéndome:—«Los dioses te han dado un hijo y un ciudadano á la patria.»

¡Xicotencalt! hoy hace 27 años, y la patria llama inutilmente á su ciudadano, é imploro yo en vano á mi hijo. ¡Xicotencalt! en el instante en que la patria te diga ¡*yo te rechazo, mal ciudadano*! tu padre responderá á su voz: ¡*yo te maldigo, mal hijo*! pero la luz de aquel dia será la postrera que verán mis

ojos. ¡Xicotencalt! ¡piensa en esto! hoy hace 27 años que viniste al mundo, atormentando á tu madre, que sonreia orgullosa, sin embargo, en medio de sus lágrimas, porque yo la decia: «¡Me dás un hijo que será mi ventura!»

Aquel tierno recuerdo, espresado con sencillas voces y patético ademan, conmovieron hondamente el noble corazon del jóven general.

Todavía quiso en la lucha de su ternura y su resentimiento lanzar una mirada acusadora al senado, testigo silencioso de aquella escena; pero el llanto que á pesar suyo se agolpó repentinamente á sus párpados veló los rayos de sus pupilas de fuego, y avergonzado de su debilidad á la par que impelido por su afecto largo tiempo reprimido, echóse en brazos de su padre, y por mas de dos minutos los sollozos embargaron su voz.

Conmovidos los circunstantes conservaron igualmente silencio, y el senado dió visibles muestras de haber depuesto su severa gravedad.

Levantó por último la cabeza el caudillo republicano, y dijo con profunda emocion:

—Hoy hace 27 años que vine al mundo y en aquel dia la patria y mi padre, fieles á sus dioses y celosos de su libertad, diéronme el valor que siempre distinguió á los Tlascaltecas, y la independencia de caracter que debe caracterizar á un republicano. ¡Hace 27 años, y la patria y mi padre me demandan hoy el sacrificio de mis convicciones...! ¡me arman á nombre de estranjeras divinidades, para entronizar tiranos!... Los ultrajes que pudiera atraerme mi justa resistencia no me reportarian afrenta; pero ha llegado á mi corazon la voz del padre que me enjendró, y no me siento bastante fuerte para com-

prar mi gloria á precio de lo que juzga su dicha.

Hoy hace 27 años que vine el mundo, y desde aquel dia pertenezco á Tlascala y al que me dió vida para servir á Tlascala.

Dispongan de mí Tlascala y mi padre; pero no caiga sobre el que obedece la responsabilidad del indigno mandato. He dicho, padres de la república; apenas el sol haya velado sus rayos para no alumbrar nuestra afrenta, cincuenta mil guerreros saldrán conmigo para Tezcuco.

Desapareció tan luego como hubo terminado estas palabras en medio de vítores de los asistentes, y, segun lo ofreciera, á la última hora de la tarde se le vió salir con un ejército numeroso, en cuyo centro brillaba á la tibia luz del crepúsculo la orgullosa enseña de la república, que era un águila blanca en campo rojo, encumbrándose altiva, fijos los ojos en un sol de oro.

—¡He recobrado á mi hijo! decia llorando de alegria el anciano Vargas; y sin embargo, un amargo presentimiento oprimió su pecho al pronunciarlo y se le oyó murmurar con acento tremulo:

—Hay felicidades parecidas al relámpago: lucen al estampido del rayo que mata, y llevan en pos oscuridad profunda.



CAPITULO V.

Xicotencal.

Dos dias despues de haber entrado en Tezcuco el ejército Tlascalteca, saliendo á recibirlo á distancia de algunas millas Cortés y sus capitanes, que se esmeráron en honrar y festejar á porfía al bizarro Xícotencalt, pregonóse á son de tambores y trompetas el asedio de Méjico y las ordenanzas que durante él debian observarse escrupulosamente. En el mismo dia hizo alarde de su gente el Tlatoani de Tezcuco, que habia aprontado para auxiliar á su protector cerca de 30,000 hombres, y llegó de Chalco y de los otros pueblos aliados una fuerza casi tan respetable como aquella, comandada por entrambos señores Chalqueños y el arrogante príncipe de Otumba.

Magnífico aspecto ofreció en la revista general, que pasó entonces Cortés, la reunion de tantos ejércitos de diversas naciones, confundiendo sus banderas bajo el pendon de Castilla; enarbolado en aquella tierra estranjera y remota, por una hueste de mil y cincuenta aventureros, que no ascendia á mas, aun despues de tan repetidos refuerzos, el número de españoles.

En la noche de aquel dia, antevíspera del señalado para el cerco de Méjico, en hora avanzada, cuando ya todas las tropas se habian recogido á sus cuarteles y yacian en descanso los moradores de Tezcuco, un hombre de elevada estatura, envuelto en un ancho manto á manera de albornoz, se paseaba lentamente á las orillas del solitario lago; parándose de vez en cuando para echar una mirada triste al sitio en que levantaba la metrópoli imperial las elegantes torres de sus enormes teocalis.

Imposible nos fuera describir ahora la situacion de espíritu que privaba del general reposo á aquel encubierto personaje, sin recordar que en las mismas fatales riberas y con aspecto igualmente melancólico, hemos visto, en tiempo no lejano todavía, al valiente Cacumatzin, condenado por el destino á no ver lucir los albores de aquel nuevo dia que debia disipar con su presencia las nocturnas sombras en que envolvia los amargos pensamientos de su devorante insómnio.

Tan tristes como aquellos, pero de distinta naturaleza, eran los que agitaban al desvelado incógnito que ahora nos ocupa, y cuyo nombre dejará de ser un misterio para nuestros complacientes lectores, si paran mientes en una observacion que vamos á indicarle, y es que á los tibios rayos de la luna, que se avecina á su ocaso en el instante mismo en que ofrecemos á su vista al paseador solitario, se puede distinguir por la abertura de su manto, que agita algun tanto la brisa de la noche, que son blanco y rojo los colores de su vestidura. Supérflua, empero, nos parece esta advertencia, pues deteniéndose por cuarta ó quinta vez, en actitud pensativa, vueltos los ojos hácia Tenoxtitlan, articula por último estas palabras,

que no pueden dejarnos ninguna duda respecto al nombre de aquel que las dice:

—¡Oh Tenoxtitlan, Tenoxtitlan! ¡muy niño he aprendido á aborrecer tu nombre, y hoy, avergonzado delante de tí, compadezco y envidio tu destino! ¿Saldrás vencedora ó destrozada?... ¡qué importa! erguida ó en escombros te quedará tu gloria; al paso que tu antigua enemiga, ora triunfe ora sucumba, solo conservará la mengua de haber venido á tu suelo para cargarte las cadenas que ha echado vilmente sobre su propio cuello.

No dijo mas, porque agolpábanse á su mente multitud de ideas y de reflexiones que era imposible pudiera espresar el labio. Despues de haber hecho al sentimiento filial el sacrificio impremeditado de sus íntimas convicciones, sintió Xicotencalt debilitarse aquel impulso: ruborizóse de su flaqueza y mas de una vez el asaltó la tentacion de volver atrás y rendir á los piés de su padre, causa querida de su vergüenza, una vidas que detestaba, si habia de serle forzoso mancillarla, esponiéndola voluntariamente en defensa de estranjeros tiranos. Jamás, sin embargo, fueron tan violentos los combates de su alma como en la noche á que nos referimos. Clavados estaban en su pensamiento todos los recuerdos de aquel dia: la declaracion solemne del próximo asedio; el bando pregonado; los bergantines ocupando la zanja por donde habian de botarse al lago; todos aquellos preparativos ejecutados con admirable órden y diligencia; y por último, tantos pueblos rebeldes y traidores, aprestados á entronizar con sus armas á un monarca desconocido, bajo el dosel de sus legítimos reyes. Todas estas circuntancias, presentes á su imaginacion, le sugerian acerbas reflexiones, y llegó á parecerle no solamente loca é indigna,

sino tambien criminal y cobarde, la ayuda que iba á prestar su brazo á la violenta agresion de los españoles, contra un príncipe infamemente vendido por sus propios vasallos, y con injusticia perseguido por los huéspedes ingratos que hallaron en su antecesor Motezuma la benévola cuanto imprudente acogida, causadora de la ruina de aquel infeliz monarca.

Habia visto aquel dia la formidable fuerza que reunia ya el invasor: conocia por esperiencia las estraordinarias ventajas que le prestaban su táctica y la disciplina de su tropa, así como la superioridad de sus armas; y al pensar en la sangre que iba á derramarse en aquella lucha, al concebir la posibilidad de que sucumbiera el imperio, no pudo menos de conmoverse, horrorizándose en seguida al preguntarse á sí mismo: ¿y cuál sera en aquel caso la suerte de Tlascala? Instrumento hoy de la ambicion agena, ¿qué debe esperar de aquellos cuyo yugo haya impuesto ella por su propia mano, al mas poderoso de los Estados del Anahuac?...

—¡Oh, ilusa y caprichosa república! esclamó el jóven guerrero, exaltado por tales ideas. ¿Deberé ceder á tus locas exigencias y á los indiscretos ruegos de un padre, cuya razon se ofusca con los hielos de setenta inviernos? ¿Pelearé aqui bajo las órdenes de un jefe estranjero para conquistar á su dueño los tronos americanos; mientras que adormecido en engañosa confianza no escucha tu senado una voz leal que sin cesar le grite: «¡Levántate, insensato! ¡levántate, que aun es tiempo, y acaso no lo será mañana! ¡levántate y mira á la patria, que hoy alucinada por tu acento olvida imprudente su gloria, pero que desengañada mas tarde te pedirá cuenta de su libertad: porque su libertad será sumergida en esos rios de sangre

que van á correr por este suelo y á perderse en este lago! Para tí no hay alternativa despues de la lucha fatal! ¡Aquel que venza será tu dueño»!

Terminado este soliloquio proferido con vehemencia y como si realmente lo estuviese escuchando el senado, quedóse sumido en honda y larga meditacion. Despues tornó á pasearse agitado, y luego á pararse nuevamente con aire pensativo.

Era indubitable que fluctuaba, durante aquellas horas, entre abrazar decididamente ó desechar para siempre una resolucion temeraria, que le sugeria su mente; pero cuando observó que comenzaban ya á colorearse ligeramente las nubes del Este, y que en breve debia aparecer el sol, cesaron de súbito sus vacilaciones; calóse hasta las cejas la capucha de su manto; empuñó su pica, que habia clavado en la húmeda arena de la rivera, y echó á andar apresuradamente.

Seis horas despues, los otros jefes del ejército Tlascalteca dieron aviso á Cortés de que faltaba de Tezcuco el general Xicotencalt, y un mayeque tezcucano declaraba haberlo encontrado á dos leguas de la ciudad, solo y disfrazado, dirigiéndose, segun las apariencias, á la frontera de la república. Ordenó el caudillo español que los mismos comunicadores de aquella noticia, corriesen, en compañía de algunos teutlis Tezcucanos, á alcanzar al fugitivo, rogándole se volviese inmediatamente al campamento, y ordenándoselo espresamente á nombre de la república, sino bastaban á apartarle de su resolucion las instancias y los consejos.

Fatigado Xicotencalt por tantos dias de secretos pesares y agitaciones, por una larga noche de vigilia, y por tres leguas que anduvo sin descanso,

detúvose en un pueblecillo del territorio de Tezcuco, y allí le encontraron alojado en humilde choza los emisarios de Hernan.

Sorprendido á vista de ellos, pero sereno y resuelto, escuchó su mensaje sin interrumpirlos ni dar señales de disgusto ó aprobacion, hasta que hubieron agotado toda su elocuencia para encarecerle la fealdad de su desercion, y lo indispensable que era para su gloria, y aun para la seguridad de su vida, se volviese con ellos á prestar sus servicios á causa de la república, que se habia identificado con sus aliados.

El jóven caudillo limitó su contestacion á estas breves, cuanto enérgicas palabras:

—Si soy reo y merezco la muerte, á presentarme voy á aquellos que tienen únicamente el derecho de juzgarme. Decid vosotros al que os envia, que al abandonar su campo no huyo de los peligros sino de la infamia; y que sobre aquel recaerá esta, que ose interpretar con malicia la conducta de un guerrero que siempre fué el primero en lanzarse al combate, y el último en retirarse; cuando se lidiaba por la libertad y el honor de la républica, no por los intereses de advenedizos codiciosos. Nada mas tengo que deciros, ni nada mas os encucharé que lo que ya espresasteis.

Los comisionados tuvieron que volverse á Tezcuco sin haber conseguido su objeto, y Xicotencalt, despues de dos horas de descanso, continuó su camino, coordinando el discurso que pensaba dirigir al senado á fin de arrancarle, si era posible, de su funesto empeño.

—Si nada alcanzo, pensaba; si son como otras veces sordos á mi voz, ciegos á la verdad, entonces dispon-

gan de mi vida, mas déjenme mi honor. Envidiada será algun dia mi muerte, si la recibo por haber defendido la libertad de mi patria, prefiriendo el sepulcro á la ignominia.

Embebido en estos pensamientos continuaba su marcha á paso regular, cuando percibió á su espalda el galope de dos ó mas caballos, que al parecer se iban aproximando. Desvióse un poco á la vereda del camino, cobijándose bajo las pomposas ramas de un florido mamei, y volviendo los ojos al punto de donde partia el rumor. Poco despues distinguió claramente que venian efectivamente hácia él cuatro soldados españoles de caballería, corriendo á media brida, y seguidos por un alguacil que montaba tambien una yegua cordovesa, perteneciente á Cortés. Las miradas examinadoras que echaban sin cesar á uno y otro lado del camino, indicaban suficientemente que iban en pos de alguno, y Xicotencalt no dudó ni un instante ser objeto el mismo de aquella esquisa.

Estraño hubiera sido no le descubriesen los ginetes, y vergonzoso para su orgullo el hacer esfuerzo por ocultarse; asi, apenas vió próximos á los que al parecer le buscaban, salióles al encuentro con frente severa y ademan firme. Apenas conocia algunas voces de la lengua castellana; pero haciéndose comprender mas por la elocuencia del gesto que por la de las palabras, dijo con dignidad:

—Teutlis! ¿es á mí á quien buscais? Diríjome á mi pais y nada tengo que ver con vosotros.

Los soldados, fieles ejecutores de un mandato cruel, le clavaron sus lanzas en el pecho, y levantándolo del ensangrentado suelo, en que cayó mori-

bundo, le ahorcaron de una de aquellas ramas que le habian cobijado.

—¡Tlascala! ¡padre! fueron las últimas palabras que articuló el infeliz. Su cuerpo quedó allí abandonanado á la voracidad de las *auras*, (1) y los ministros de la ejecucion sangrienta volvieron veloces á comunicar á Cortés el cumplimiento de su sentencia inhumana.

Con tan criminal ingratitud correspondió aquel jefe á los favores de su anciano amigo D. Lorenzo de Vargas, y ni aun nos es dado presumir, para atenuar en cierto modo la desagradable impresion que tal hecho produce en nuestras almas, que un secreto pesar, una lágrima vertida en la soledad, haya sido consagrada á aquella ilustre víctima de una política terrible; pues era aquel un dia sobrado importante para que pudiesen tener lugar en el ánimo de Cortés, otros pensamientos ni cuidados que los multiplicados y graves que debian forzosamente acompañar á la grande empresa, cuyo éxito iba definitivamente á decidirse entonces.

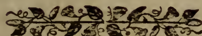
En la mañana del 13 de Mayo de 1821 (2) mien-

---

(1) El *aura* es una especie de buitre, aunque mas grande. Su plumaje es negro con aguas verdosas, la cabeza roja, el pico de un amarillo pálido. Despide un olor fétido y es tan aficionado á la carne muerta, que bien puede decirse con un apreciable escritor que ha publicado hace algunos años un *album* curioso de aves americanas, que esta ave tropical es un verdadero agente de salubridad pública que limpia aquellos paises de todos los restos de la muerte.

(2) Fué el 13 de mayo, segun Bernal Diaz del Castillo; Robertson dice que el 28 de abril.

tras las aves carnívoras celebraban abundante banquete con el cadáver del héroe de Tlascala, ocupó el lago de Méjico la flota de Cortés; desplegando con arrogancia el pendon español entre el estruendo de doce cañonazos que la hicieron saludo, y los jubilosos gritos con que atronaban la ribera los ejércitos auxiliares.



CAPITULO VI.

Cerco de Méjico.

Reservándose Hernan Cortés el mando de su pequeña armada, habia dividido su gente en tres cuerpos, á las órdenes de Sandoval, Alvarado y Olid, que marcharon (el mismo dia en que los bergantines ocupáron el lago), sobre Tacuba, Cuyoacan é Iztacpalapa, para atacar á la capital por aquellos tres puntos importantes á oriente, poniente y mediodia.

Contenia entonces Tenoxtitlan las principales fuerzas del imperio: la mas escojida juventud y los mas afamados caudillos de todas las provincias, se hallaban reunidos en la amenazada metrópoli, estendiéndose tan numerosos ejércitos á todas las ciudades vecinas.

El sol que habia iluminado con sus primeros rayos la salida que hicieron de Tezcuco las huestes agresoras, en tanto que reflejaban las tranquilas ondas del lago, á par de los resplandores de su fecunda llama, las tendidas banderas españolas; vió tambien saludar su nacimiento con voces de patriótico entusiasmo, á la multitud guerrera que llenaba las plazas de Méjico, cubriendo por todos lados sus anchu-

rosas calzadas. Allí, en torno del supremo estandarte del imperio, ondea la matizada enseña de Zopanco; la lúgubre insignia de Mexicalzinco, que es negra con estrellas rojas; la argentada de Tepepolco, que deslumbra con su brillo al desplegar el viento su pelícano coronado; la de Tula, ostentando en campo verde sus dos torres de nacar; la de Xochimilco, que jamás vió por tierra su cocodrilo azul; la de Atlixco, cuyas guirnaldas de rica pedrería no alcanzan á agitar los hálitos del céfiro; la de Quatitlan blanca y lijera como espuma, levantando al menor soplo sus floripundios de oro; la singular de Quahnahuac, que se compone de dos anchos girones color de fuego, sujetos al mastil por una garra de leon, trabajada de finísima plata; otras muchas, en fin, que nos sería imposible especificar. Bástenos decir que allí se encuentran los altivos moradores de Popoloqui; los bizarros hijos de Malinalco; los siempre inquietos de la bella Tozantla; los del antiguo Zopi; los que huellan la volcánica tierra de Colima; los que escuchan el perpétuo arrullo del mar pacífico en las frescas riberas de Acapulco; los que habitan las ásperas gargantas de las sierras de Tuspa; y el Zapoteca agreste, y el belicoso Minxe, y el opulento Olancho, que funda su ciudad sobre ruinas de oro; y el montaráz Tantamanca, cuyos dominios fragosos se han hecho tan célebres bajo el nombre de S. Luis de Potosí; y el voluptuoso Mescalense, y el Zacualco de corteses modales, y el que respira todo el año deliciosos aromas en los vergeles de Totonilco...; por último, todos los pobladores de las amenas orillas del lago de Chapala; así como tambien los que beben las aguas del Hiaqui, los que miran regados sus natales cam-

pos por las ondas del Napeztle, y los que se aduermen al ruido de las cataratas de Rio-Grande.

Guatimozin recorre por sí mismo las compactas filas de aquella multitud de ejércitos, y les dirije breves y elocuentes arengas, á que responden con sus alaridos de guerra. Alta lleva el príncipe la visera, que deja ver sus juveniles facciones, desfiguradas por la cruel enfermedad cuyos vestigios se conservan en su tez, pero animadas aquel dia con una espresion de casi sobre humano ardimiento. El soberbio penacho de su casco de oro entrega á los caprichos del viento anchas pencas de verdes y encarnadas plumas; cubre su pecho y espalda triple coraza de apretado algodon, revestida de primoroso tejido de hilos de plata, y suben trenzadas hasta sus rodillas, donde termina su ancho faldellin blanco festoneado de púrpura, las delgadas correas de piel de Cíbolo, que sostienen sus ligeras sandalias. Una rica espada de Toledo, inapreciable despojo del enemigo, pende á su diestra en magnífico tahalí sembrado de turquesas y esmeraldas; lleva al brazo izquierdo un enorme escudo, y revuelto al derecho el manto imperial, que es verde guarnecido de armiño.

A las diez de la mañana dieron los españoles su primer ataque, cargando á un mismo tiempo las tres divisiones sobre los puntos designados, y poniéndose en movimiento los bergantines que hasta aquel instante se mantuvieran á la capa.

Resistieron las fuerzas mejicanas la triple acometida con imponderable firmeza; pero los mayores esfuerzos del emperador se dirigieron contra la flota que comandaba Cortés, y que parecia formidable á gentes que no se habian habituado aun á ver otros barcos que sus piraguas.

Cuajóse de estas en un momento la inmensa estension del lago, y aprovechando la calma que reinaba entonces, se arrojaron osadamente, á fuerza de remos, al encuentro de los bergantines. La lucha hubiera sido sangrienta si, prolongándose la calma, conservára su posicion la flota mejicana; mas levantóse á poco el viento terral; tendieron sus velas los buques españoles, y con ímpetu irresistible traspasaron aquel muro de apiñadas canoas, que dispersándose como bandadas de palomas al tiro del cazador, los dejaron absolutos dueños de aquel campo líquido, en el cual era indisputable su superioridad. No igualaban, empero, á estos resultados los obtenidos por las fuerzas terrestres. Habian rechazado los Tacubenses la division de Alvarado, que hubo de contentarse con la única, aunque no pequeña ventaja, de haber roto los acueductos de Chapultepec, que proveian de agua á todas las poblaciones del lago.

Sandoval no alcanzaba mejor suerte. Despues de un encarnizado combate con los de Iztacpalapa, se vió aquel capitan en precision de suspender el ataque; mientras que Cristobal de Olid, tercamente empeñado en posesionarse de Cuyoacan, hubiera pagado cara su pertinacia á no acudir oportunamente en su auxilio la flota de Cortés.

Hizo tronar este sus cañones contra los teocalis en que se hacian fuertes varios tercios guerreros; pero aun así no consiguió amedrentar á los cuyoacanos, que bajo la boca misma de los cañones botaban al lago sus piraguas preñadas de guerreros, y cubrian el aire con espesa nube de dardos y flechas.

Esta desesperada resistencia hizo conocer al caudillo la dificultad de que pudieran conseguir su objeto las otras dos divisiones sin el apoyo que podia

prestarles, y mandó inmediatamente al socorro de Alvarado cuatro bergantines y tres á Sandoval, quedándose con seis para sostener á Olid.

Apoyados en esta fuerza, atacan de nuevo vigorosamente sus respectivos puntos los tres cuerpos del ejército; rompen las barricadas que habian hecho los sitiados para defender las calzadas; franquean las trincheras; y se esfuerzan por penetrar hasta la misma capital, cegando con los escombros de los edificios que entregan á las llamas, los canales y puentes rotos por el enemigo.

La defensa, sin embargo, es tan bien ordenada; pelean los mejicanos con tal bravura, que á pesar de aquellas primeras ventajas no logran los invasores ninguna completamente decisiva, y retroceden por último despues de doce horas de continuada lucha. Los sitiados se apresuran entonces á reparar sus fortificaciones, y el emperador, (que ha peleado personalmente en las calzadas), en vez de buscar reposo á sus fatigas, pasa la noche presenciando por sí mismo las obras que se hacen para la defensa; designando los batallones que han de montar las trincheras. dictando las disposiciones necesarías para que [illegible] llegar á la metrópoli abundante bastimen[illegible] pueda [illegible] dio de las piraguas; pues teniendo el [illegible] por medio [illegible] contrario cortadas sus comunicaciones con tie[illegible] acueducto de Chapultepec, no [illegible]ra, y destruido el [illegible] puede abastecerse como de costumbre, ni tiene [illegible] las aguas que las saladas del la[illegible] [illegible]go.

En tanto que así se desvela aquel ilustre monárca, bellísimo y patético es el cuadro que presenta en palacio su interesante familia.

Durante el combate de aquel dia la emperatríz y princesas habian permanecido en el gran teocali

de Huitzilopochtli, uniendo sus silenciosas preces á los cánticos de los sacerdotes, que imploraban al poderoso númen á favor de sus fieles adoradores; mas retiráronse del templo á la proximidad de la noche, y pasaron las largas horas de esta esperando inútilmente á Guatimozin y sus deudos.

Rodeaban á Gualcazinla la preciosa Otalitza, la enlutada Tecuixpa, la bella Teutila, la siempre inconsolable Miazochil, y otras varias princesas, hijas ó hermanas de los Tlatoanis del lago, que habian juzgado prudentemente que en aquellos dias de peligros, debian colocar cerca de la emperatriz á los tímidos seres que les eran queridos. Asi es que en la noche á que nos referimos reunia la cámara régia de Gualcazinla, ademas de las beldades nombradas, (de las cuales la menos jóven, que era la viuda de Motezuma, no llegaba á 30 años todavía), las mas hermosas é ilustres damas de los Estados vecinos. Allí descollaba entre otras por su elevada y magestuosa talla, la hermana del malogrado príncipe de Matalcingo, esposa del de Atenco; allí esparcia el destello de sus grandes ojos negros, estraordinariamente vivaces, la esbelta princesa de Zopanco, hembra de antigua y esclarecida prosapepasui ,llevaba en las venas azules que se trasparentaban por su finísima tez, la sangre de los Toltecas: allí exhalaban amorosos suspiros por el bizarro señor de Xochimilco la única hija del opulento Régulo de Atlixco, tan blanca entre sus compatriotas, tan delicada y tan bella, que la llaman generalmente *Meztlixochitt* (1). Allí, en fin, se encuen-

(1) *Meztlixochitl* quiere decir *flor de la luna.*

tran las dos matronas de Tacuba, madres de Guatimozin y Netzalz, la varonil princesa de Tlacopan, que no ha consentido en el tálamo nupcial á su esposo desde el dia en que volvió la espalda al enemigo; las dos jóvenes esposas del enamorado é inconstante Izcapeczuma, Tlatoani de Tepepolco, y en torno de ambas, bellísimas esclavas que les usurpan muy á menudo los pasajeros afectos del infiel marido.

Encima de una mesa de primoroso mosaico (1) arde en ancha copa de oro el odorífico tecopalli, en honor de los Tepixtotones, y al rededor de ella, envueltas entre las blancas nubes de aquel humo fragante, están sentadas, en sillones de la esquisita madera conocida con el nombre de *palo gateado*, las régias hembras que acabamos de designar á nuestros benévolos lectores.

—La hermana del sol ha desaparecido ya de los campos azules en su carro de márfil, dejando llena de luto á la tierra que se entristece con su ausencia, dice despues de una hora de general silencio la esposa del emperador: sin duda es ya corrida la mitad de la noche y aun no viene á reposar, bajo la proteccion de sus dioses domésticos, aquel que es la gloria de los Aztecas y la delicia de mi alma.

—No te apesadumbres, sin embargo, hermana mia querida; articula con musical acento la tierna Otalitza. Los *teutlis del rayo* (2) se han retirado á

(2) Una de las cosas en que mas se distinguian los mejicanos, era en las labores de mosaicos. Hacíanlas no solamente de piedras sino tambien de plumas; tan delicados estos, que es imposible dar una idea de su perfeccion, á los que no han tenido ocasion de admirar alguna muestra de ella.

(1) Los españoles.

sus campamentos, apenas reclinó Tonatioh su cabeza encendida en el lecho que le guardan los vientos, de occidente, velado entre cortinas de púrpura. Ya hemos oido de boca de los oficiales de tu esposo, que ha salido salvo del combate, y que con él estan, libres de toda desgracia, los guerreros que son mas caros á nuestro corazon.

—Los guerreros de la sangre de Motezuma, esclama con sonora voz la altiva princesa de Atenco, no piensan en el descanso cuando puede turbarlo el clarin del enemigo. El emperador y sus Tlatoanis cumplen su deber, tanto en medio de las sombras como al resplandor del dia: solo vendràn á nuestros brazos cuando puedan decirnos: «dormid tranquilas, esposas: la cabeza que reposamos en vuestro seno ha recibido de Huitzilopoctli la corona del triunfo.»

—Pronto podrán decirlo, añade la intrépida matrona de Tlacopan; los dioses han decretado la ruina de los monstruos orientales, y el corazon me dice que antes que vuelva Meztli á asomar en el cielo su pálido semblante, habrán visto mis ojos humear la sangre del último de ellos en la piedra de los sacrificios, y conocerán mis dientes el sabor de su carne.

—Eso que dices, ¡oh matrona! prorrumpió con calor la jóven Tecuixpa, es mitad bello, y mitad horroroso. Yo no soy mas que una doncella, cuyo pecho está escaso de vida, aunque todavia no ha sentido el frio de 18 inviernos; pero me parece que no está bien en una mujer, cuyo seno ha sido fecundo, esa hambre de carne humana. Tus hijos se llenarán de gloria presentando corazones enemigos en el altar de Huitzilopochtli; pero besarán con horror

tu mano, si cuando la tiendes para bendecirlos, los salpicas con sangre.

—¡Calla, Tecuixpa! esclamó estremeciéndose la bella Meztlixochitl: he oido el melancólico canto del *Guanabá* (1) la desgracia nos está amenazando. ¡Ay de mí! ¿por qué mi amante adornó su casco guerrero con el brillante penacho del ave siniestra?... ¡Lleva la muerte sobre su cabeza!

Oíase en efecto la voz tristísima de aquel pájaro americano cuya pluma pudiera rivalizar con el marabú de Africa, y un silencio pavoroso reinó por algunos minutos en la asamblea femenina.

Poco despues llegaron á palacio el emperador y sus Tlatoanis; pero las hermosas no depusieron en sus brazos la tétrica tristeza de que súbitamente se halláran poseidas, y al enjugar la emperatriz el honroso sudor que bañaba la régia frente de su esposo, decíale en voz baja y con trémulo acento:

—¡El Guanabá ha entonado su canto á las orillas del canal! Bendice á tu hijo, Guatimozin, porque la hora de la desgracia está cerca!

---

(1) El Guanabà es un ave hermosísima, pero singularmente triste; habita por lo comun en los lugares cenagosos. Su canto es lúgubre, y en concepto del Indio anuncio infalible de desventura.

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

CAPITULO VII.

El plan de los treinta dias y su modificacion.

A pesar de su gran talento, no acertaba Hernan Cortés á formar los planes mas acertados contra una ciudad de la situacion de Méjico, al paso que comprendia perfectamente Guatimozin todos sus medios de defensa.

Desde el dia 13 de mayo, en que se dió, como hemos visto, el primer ataque á aquella gran capital, hasta el 12 de junio, en el cual se modificó algun tanto el primitivo pensamiento, siguióse sin alteracion aquella singular manera de combatir la ciudad, reducida á no atacarla sino á la luz del sol, dejando por consiguiente á los bloqueados la facilidad de hacer inútiles por la noche todas los ventajas alcanzadas sobre ellos durante el dia.

Semejante plan, sostenido por ambas partes con igual vigor y perseverancia, no proporcionó ni á una ni á otra resultados decisivos.

Escaseaban los víveres en la ciudad, pues dos bergantines recorrian incesantemente la laguna dando caza á las canoas que conducian bastimento: vieron

los mejicanos muchas veces con los primeros albores colgados de las entenas de los buques á infelices abastecedores, que habian sido sorprendidos en mitad de la noche; pero no siempre era superior la vigilancia de los asediadores á la cautela de los asediados, y el hambre no habia llegado todavía á completar con sus horrores la situacion de estos.

Con mayor ó menor pérdida, ganaba Cortés cada dia las calzadas de Méjico, y cada dia era rechazado de ellas, retirándose sin otra ventaja que la de haber arruinado algunas casas y roto las estacadas y trincheras, que á la siguiente mañana volvian á aparecer repuestas por el enemigo.

Cansado de tan larga resistencia y convencido por último de la insuficiencia de aquel género de ataque, modificólo en parte, y los combates se sucedieron desde entonces con mas continuidad y encarnizamiento.

Tarea enojosa y sobrado árdua seria para nosotros el hacer detallada relacion de aquella desesperada lucha, en la que, asi unos como otros contendientes, no encontraban alternativa sino la de la victoria ó la muerte.

Infatigable el desvelo en entrambos campos; siempre sobre las armas de dia y de noche, ya bramase el huracan, ya lloviese rayos la tempestad; con calor ó frio, con aguas ó con nieblas; siempre en acecho para sorprenderse recíprocamente; siempre igualmente activos y vigilantes, la incesante pugna se prolongaba, haciéndose su éxito mas dudoso cada dia.

En efecto, vária era por entonces la fortuna, como si vacilase en pronunciar el decisivo fallo. Si en un ataque consiguió Alvarado asolar á Tacuba, en otro vió huir desbaratada Olid del suelo de Cuyoacan á

la division de su mando. Si el celo de Cortés velaba para impedir la entrada de víveres al enemigo, burlábale no pocas veces la astucia de este, y armándole diestras celadas, alcanzó una vez la sorprendente ventaja de apresarle uno de sus mejores bergantines.

En vano el gran capitan español hacia uso de su notable pericia, desplegaba su singular energía, hacia alarde contínuo de su personal arrojo; los mejicanos se defendian con tanta decision como perseverancia, animándolos con su ejemplo el mismo emperador, que disputaba palmo á palmo el terreno á que se lanzaba con sobrada temeridad el enemigo.

Asi se mantenia indecisa la victoria todavía cuando acudió oportunamente la traicion á determinar el éxito, acelerando la hora de la lamentable catástrofe.

Hallábanse al lado de Guatimozin, como ya hemos dicho, casi todos los Régulos de los dominios del lago, y aprovecharon aquella circunstancia tres hombres ambiciosos, igualmente dignos de execracion. El uno, deudo lejano del Tlatoani de Iztacpaiapa, habia quedado por la ausencia de este con el gobierno de su capital; era otro un general del imperio, colocado al frente de una division de Cuyoacan para la defensa de aquella importante ciudad, que se habia batido hasta entonces con superior denuedo; y el tercero, un personaje de Churubusco, hombre astuto, poderoso, y que gozaba considerable influencia, debida en parte á su opulencia, en parte á un talento particular que poseia para captarse la pública benevolencia.

Conviniéronse estos tres perniciosos magnates, y entablando secretas comunicaciones con el enemigo,

se comprometieron vilmente á entregarle las ciudades en que residian, mediante la promesa solemne de ser reconocidos Régulos de ellas bajo la proteccion de Castilla.

Fácil es adivinar que aceptaria Cortés sin la menor duda, otorgando cuantas seguridades demandaban los ilusos rebeldes, que cumplieron por su parte las ominosas condiciones del pacto, poniendo en poder de aquel jefe las plazas que custodiaban.

Tan inesperado golpe afligió sensiblemente el ánimo del emperador, al paso que, restituyendo al enemigo la ya vacilante confianza, le animó á aventurar un ataque general y decisivo, para el cual reforzó su ejército con las gentes de guerra que guarnecian las poblaciones recientemente vencidas.

Distribuyó con acierto sus divisiones; formó un plan mas seguro y de mas rápidos resultados que el hasta entonces seguido; publicó por ordenanza que á medida que fuesen avanzando sus ejércitos cegasen los canales y acequias para facilitarse la retirada en caso de desgracia; y dando por sí mismo á sus capitanes instrucciones detalladas de la manera con que en cualquier evento deberian conducirse, señaló definitivamente el dia 29 de junio para aquel grande ataque, que en su concepto debia ser el postrero.

Ninguna de aquellas prevenciones se escapó á la vigilante observacion del monarca mejicano. Comprendió que era llegado el dia solemne en que se decidieran los destinos del imperio, y no obstante las últimas desgracias, no obstante los conflictos que ya empezaba á ocasionar la suma escasez de víveres, no obstante, en fin, la íntima conviccion que le apenaba de estar irrevocablemente fallada la suerte de los Aztecas, á la proximidad de aquel momento

decisivo sintió arder en sus venas con nueva enerjía el entusiasmo santo del amor patrio; creciόse su audacia, iluminóse su inteligencia, y hasta tal punto se estendió su decision heróica, que hubiera impuesto asombro á la enemiga fortuna, si no fuese ciega la inhumana.

No desmerecedores de tan ilustre soberano, cercábanle respirando saña sus poderosos tributarios, entre los que se distinguian por su mayor ardimiento los dueños de aquellos dominios entregados por la traicion. Es el Tlatoani de Iztacpalapa un anciano brioso cuyos blancos cabellos contrastan singularmente con la fogosidad de sus negros ojos, chispeantes en el fondo de sus redondas órbitas: los otros dos aun no han llegado al comienzo de su sesto lustro; pero llevan ambos en torno de su casco de plata el cordon rojo que divulga su procedencia régia, y el número de borlas que dá testimonio de su gloria.

Entre tantos guerreros esclarecidos mírase á una amazona que, recelando se haya entibiado por el frio de cincuenta y siete diciembres, ya pasados sobre la frente de su marido, el ardor marcial con que diez y ocho años antes conquistára su corazon soberbio, ha cubierto con la coraza del soldado su fecundo seno, ha oprimido su espalda con el pesado carcax, y empuñando la lanza y embrazando el escudo, corre á dar ejemplo á los dos hijos, criados á sus pechos que, entrados apenas en la época de la pubertad, van á tener por ensayo de su fuerza aquella lucha de muerte.

Nuestros lectores no necesitarán de nuestra afirmacion para reconocer en aquella denodada hembra á la varonil Quilena, princesa de Tlacopan.

Rayos despiden sus ojos á la sombra de su visera de concha perfilada de oro; vivaz sonresado colora sus pronunciadas facciones que, aunque privadas ya de la frescura intacta de la juventud primera, conservan todavía aquella enérgica hermosura que hizo olvidar al Régulo Tlacopano, vástago de los antiguos reyes Colhuas, que era sangre Tarasca la que la animaba con agradable brillo.

Colócase la altiva hembra delante de su marido, llevando á sus lados á los dos jovencitos, frutos de su himeneo, á los que exhorta con notable elocuencia á preferir la muerte á la ignominia.

—Mi seno, les decia, este seno que os dió vida y os abrigó nueve lunas, será el escudo de vuestros corazones mientras deba conservar en ellos dos altares á la patria, dos alientos generosos aceptos al gran Huitzilopochtli; pero si los sintiese temblar, si los viera cubrirse con pavoroso miedo.... esta mano que sostuvo vuestros primeros pasos, se alzaria para clavar en ellos el dardo deshonrado en la vuestra.

Dignos de aquella madre, los dos príncipes Tlacopanos respondian balbucientes de cólera, y clavando en ella miradas centelleantes:

—¡Desgraciada de tí si fueras osada á espresar ese injurioso recelo sin recordarnos que el pecho que lo abriga nos alimentó con su sangre!

El ejemplo de Quilena, aunque no exactamente imitado, produjo su efecto en el ánimo de las bellas habitadoras del alcázar imperial. Vióselas, durante la noche que precedió al solemne dia, reunidas en la cámara de la emperatriz, sentadas formando círculo en blandos almohadones, y ocupadas, las unas, en emplumar saetas, las otras en preparar bálsamos para los heridos, y alguna hubo que ensayase su delicado

brazo á disparar la piedra de la honda, resuelta á no permanecer ociosa dentro de aquellos muros cuando llegase el momento decisivo.

Apenas aparecieron los primeros albores, sintióse el movimiento de entrambos campos, y las princesas, dominando la ansiedad que crecia por instantes en sus corazones, entonaron en coro un himno guerrero en honor de Huitzilopochtli, formando particular contraste los marciales conceptos con las melifluas voces que los espresaban.

La agitacion se aumentaba rápidamente. Atravesaban sin cesar las calles nuevos ejércitos que acudian á las calzadas; oíase de vez en cuando, dominando los alaridos de la multitud, la voz enérgica de los jefes que exaltaban su coraje con breves y furibundas arengas; por último, retumbó en los aires la primera descarga de la fusilería enemiga, que anunció haberse comenzado la pavorosa lucha.

Vióse en aquel instante al emperador volar de una á otra parte, do quiera que era mayor el peligro, señalando su paso con inauditas proezas. Do se levanta su arrogente penacho en medio de nubes de pólvora, allí acude la muerte á recibir víctimas. Do se deja oir su acento poderoso, allí se enciende el heroismo y se fija la victoria. Su acero no descarga golpe que no sea mortal: su arco no despide flecha que yerre una vez el blanco.

Pero carga de repente la caballería enemiga por los tres puntos de ataque. Truenan al mismo tiempo los cañones de los buques, decidiendo el éxito de la batalla que se verificaba en la aguas, entre la flota de piraguas mejicanas y la de igual clase con que ausiliaban á Cortés las ciudades aliadas; crece la carnicería; corre á arroyos la sangre, sostenién-

dose con igual desesperacion la contienda; mas comienza por fin á desordenarse el ejército imperial y Cortés por un lado y Sandoval por otro logran ganar la calzada, traspasando las aberturas practicadas en ella, y penetran ya en la ciudad siguiendo al enemigo que, aunque haciendo cara todavía, se vá á toda prisa retrayendo.

En el ardor y regocijo de su triunfo, olvidan los españoles cegar las aberturas: resuena sin cesar la voz de Cortés que les grita *¡adelante!* y obedecen los ejércitos con tan irresistible ímpetu, que se les vé romper por entre la multitud contraria como basas al través de un muro de papel.

—¡Compañeros! esclama entonces, Tenoxtitlan es nuestra. ¡Á Tlatelulco! ¡marchemos á tomar posesion de Tlatelulco! ¡Que no se oculte el sol sin ver ondear en la torre del gran Teocali la bandera de Castilla!

—¡Á Tlatelulco! repiten á grito las vencedoras tropas, que en su entusiasta fervor no echan de ver que el enemigo, en cuyo centro se han metido, los tiene completamente cercados, y que una muchedumbre de canoas preñadas de guerreros acaba de apoderarse de la acequia que ha dejado sin cegar su irreparable descuido.

No se retiran ya las huestes mejicanas: hanse multiplicado como por encanto, y firmes, compactas, presentando un céntiple muro erizado de lanzas, se estienden formando un círculo en torno de los invasores. En vano buscan salida; en vano, conociendo Cortés que ha sido, como otra vez en Tacuba, víctima de una astuta maniobra del enemigo, arde en furor embravece con su acento á su gente atrevida; manda romper á su caballería, y se lanza él mismo hácia el sitio en que vé tremolado el estandarte imperial con tan

temeraria pujanza, que á pesar de la triple hilera que lo escuda, el oficial que lo sostiene siente apenas en su cabeza el golpe dirigido por aquella mano poderosa, y cae en tierra abatiendo la venerada insignia.

En vista de tal desastre, á que presta incalculable valor la supersticion mejicana, un alarido de pavura resuena en el campo; pero lánzase, veloz como el rayo, un guerrero atrevido entre la nube de pólvora y la lluvia de saetas con que oscurece el aire el enemigo; levanta y enarbola con un grito de triunfo el abatido pendon, y mientras lo sostiene con su izquierda, clava el acero que empuña su diestra en el pecho del generoso bruto que acaba de hollarlo con sus herraduras.

El ejército mejicano aclama con unánime voz al de aquella hazaña, y al oir el nombre de Guatimozin, al comprender quien es el adversario que viene á oponérsele frente á frente, aunque desmontado y herido, el jefe español siente crecer su ira; escita con furibundos gritos á sus estrechados escuadrones y acomete con tan desesperada rabia que no hay cosa que pueda resistirle.

Mas hace una seña el emperador mejicano; repítese de fila en fila con la velocidad de un golpe eléctrico, y atruena la ciudad retumbando hasta los montes vecinos un estruendo súbito y estraño.

Los españoles, que no comprenden su orígen, suspéndense involuntariamente al escucharlo; mientras que poseidos los mejicanos de frenético furor, lánzase á ellos con embriaguez de sangre, y como si en cada uno de aquellos lúgubres y misteriosos sonidos entendiesen la voz del omnipotente, ordenando el desprecio de la vida y dictando por soberano decreto la satisfaccion de la venganza.

[illegible]

CAPITULO VIII.

Derrota de Cortés.

La inspiracion de Guatimozin habia sido digna de su talento. Aquellos graves y solemnes sonidos eran los ecos poderosos del caracol sagrado, custodiado en el gran templo de Huitzilopochtli por mas de trescientos sacerdotes destinados esclusivamente á la guarda y al cuidado de tan venerado objeto. Solo el *Hueiteopixque*, ó sumo sacerdote, gozaba el privilegio de hacer resonar aquel instrumento santo, y solo se verificaba aquello en las ocasiones de inminente peligro para la patria.

El coraje de los mejicanos, exaltado hasta el frenesí por el celo religioso que aquellos ecos despertaban, costó caro á Hernan Cortés en el dia á que nos referimos. En balde se afanó por sostener el brío de sus tropas: cedió completamente este ante la rabiosa perseverancia del enemigo. Cubierto de cadáveres el campo de la lucha; enrojecidas por arroyos de sangre las aguas del lago; desordenadas ya las huestes invasoras, buscando inútilmente camino de fuga, y mas ensañado el vencedor á proporcion que se mostraba mas desalentado el vencido, llegó

la noche á tender su lóbrego manto á aquella desastrosa escena. Solo así podia encontrar salvacion el ejército derrotado que, á prolongarse el dia, la hubiera buscado en vano. Las sombras, propicias á la fuga, y siempre esquivadas por los mejicanos que creian funesto para ellos cualquier combate que no alumbrese el sol, favorecieron la retirada que por último verificó Cortés, no sin grandísima fatiga, y despues de dejar en el campo 11,000 muertos del ejército indio, 20 ó 30 de los suyos, contándose entre ellos al bizarro Olea que sucumbió defendiendo á aquel jefe como otra vez lo habia hecho, aunque con mejor fortuna. Ademas de tan considerable pérdida, habia sufrido el ejército invasor la de tres mil prisioneros que le hizo el enemigo, siendo sesenta de ellos soldados españoles, de los mas apreciados por su caudillo.

Este desastre no fué el único que esperimentase en tan infausto dia la temeraria gente, que hiciera por tanto tiempo á la victoria inseparable de sus banderas.

Pedro de Alvarado, que al comienzo de la batalla habia obtenido considerables ventajas, perdiólas completamente cuando, presentándosele de súbito una nueva hueste mejicana, arrojó á su campo, á guisa de prenda de reto, cinco cabezas españolas acompañándolas con estas aterradoras palabras:

—¡Allí teneis á vuestro jefe y á sus mejores capitanes! Esas cabezas os enviamos para que sustituyan á la que vamos á quitar á vuestro *Tonatioh*, que asi llamaban á Alvarado aludiendo á su hermosura.

Aquella ficcion produjo el efecto que esperaban sus autores. Consternados los soldados á vista de aque-

llos sangrientos despojos que, segun les decian, eran los de Cortés y sus oficiales; suspenso el mismo Alvarado á tan inesperado golpe, y acometido con indecible brío por aquella fuerza repentinamente aparecida y tan orgullosa con los trofeos de una reciente victoria, el éxito de la lucha no fué por largo tiempo dudoso. En el momento en que, desbaratada la division invasora comenzaba á retraerse, perseguida encarnizadamente por el enemigo, los lúgubres sonidos del caracol de Huitzilopochtli acabaron de consumar la derrota de la una, llevando hasta el delirio el coraje furibundo del otro.

Nada pudiéramos decir que hiciese formar al lector idea tan exacta y terrible de los horrores de aquella retirada, que costó al capitan español la tercera parte de su gente; nada tan espresivo en su sencillez y desaliño como las palabras que refiriendo este desastre usa el ya tantas veces citado Bernal Diaz del Castillo. «Nos ibamos retrayendo, dice, oyendo tañer un como atambor de tristísimo sonido, digno instrumento de demonios, que retumbaba tanto que se oia desde dos ó tres leguas de distancia. Era aquella una señal que mandaba dar á los suyos el emperador de Méjico para que entendiesen que habian de hacer presa ó morir sobre ella. Retumbaba aquel sonido lastimando el oido y oyendo los enemigos no sabré decir con que rabia se metian entre nosotros, que si Dios no nos salvase imposible fuera lograrlo.»

En medio de aquel conflicto que nos hace comprender el historiador cuyas palabras acabamos de trascribir, y del otro no menor en que se hallaron al mismo tiempo Cortés y Sandoval, los bergantines no podian prestarle los auxilios que de ellos se pro-

metieran. Uno habia sido apresado, otros se hallaban encallados en las enormes piedras y multitud de varas que con este objeto dispuso en la laguna el enemigo, cercándolos en tanto una flota de piraguas que con la incesante guerra que les hacian no dejaban ocasion á los que estaban en ellos para procurar sacarlos de aquella estacada que los inmovilizaba.

Solo cuando el viento de aquella noche, tan favorable á los derrotados, se hizo sentir en el lago, pudieron los buques romper los obstáculos que los detenian, y tendiendo magestuosamente sus velas, se abrieron paso al través del movible muro de canoas que los siguió, sin embargo, con mas diligencia que buen éxito.

La retirada quedó de este modo efectuada completamente, aunque con la pérdida que era consiguiente á sus dificultades, y causando en el ánimo de Cortés uno de aquellos momentáneos pero dolorosos desalientos de que jamás se hallaron exentos los hombres audaces que nacieron destinados á grandes y difíciles empresas.

Herido, fatigado, escuchando todavía el jubiloso clamoreo con que celebraban el triunfo los mejicanos, paseábase delante de su tienda el caudillo español en la última hora de aquella noche de desastres. Cruzados los brazos sobre el pecho; abatido el semblante; meditabundo el gesto; deteníase de vez en cuando para levantar al cielo una mirada melancólica y casi acusadora, mientras escuchaba con estremecimientos nerviosos los lamentables ayes que exhalaban en torno suyo los innumerables heridos.

Otra figura igualmente pensativa y silenciosa se destacó de entre las sombras y se acercó paso á paso con grave lentitud hácia el paraje en que se habia

detenido el desconsolado jefe. Era Sandoval, su capitan predilecto, su amigo querido. Al conocerlo le tendió la diestra con muda espresion de gratitud, porque pensó que aquel, partícipe en otros dias de sus triunfos y hoy de sus reveses, venia, como era justo, á prestarle alivio en su quebranto, ó á compartirlo al menos. Dolorosa fué, cual inesperada, la impresion que le causaron las primeras palabras que oyó salir de aquellos labios queridos, y acaso fué este uno de los mas sensibles pesares que devoró su gran corazon durante aquel período amargo y glorioso de su agitada vida.

—¡Qué es esto! articuló con áspero tono el ingrato capitan. ¿Es una derrota vergonzosa el postrer resultado de los colosales proyectos, de las altas esperanzas que vuesa merced nos está hace tanto tiempo anunciando? ¿Es este el fruto de sus ardides de guerra y de su decantada fortuna?

Guardó silencio Cortés un breve instante, porque las lágrimas habian á su pesar humedecido sus párpados: magnánimo, empero, aun en los momentos de mayor exacerbacion, dijo por último con imponente calma:

—Los hombres, amigo Sandoval, no son responsables de los caprichos del hado ó de las disposiciones del cielo: la gloria no la dá el éxito sino la grandeza de la empresa. Si los reveses que lamentamos son obra de mis desaciertos, advertírmelos podeis y aun acusarme de ellos: si son efecto de adversa suerte, cruel seriais á la par que injusto en demandarme cuenta.

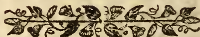
Apartóse del capitan concluyendo esta frase; pero la herida que acababa de recibir su alma, pareció sacarla de su breve entumecimiento. ¡Venceré! se

dijo con aquella energía de voluntad; con aquella fuerza de conviccion que en cualquier empeño es una prenda segura de victoria. ¡Venceré! pese al diablo, y esta mano que tantas ofensas deja impunes por intereses mas elevados, plantará en este suelo ignorado, antes de que el estío acabe de agostarlo, el madero del Gólgota que hará eterno en él la memoria de mi nombre.

El sol comenzaba á aparecer en aquel momento alumbrando un espectáculo que debia ser atrozmente doloroso para los españoles.

A la distancia á que se hallaban de Méjico llegaron á sus oidos los sonidos de los tambores y clarines acompañados por la alegre vocería del pueblo; y poniéndose en observacion no tardaron en comprender la causa de aquel alboróto.

¡Los míseros prisioneros eran conducidos al sacrificio!



CAPITULO IX.

Nuevos esfuerzos de Guatimozin para salvar al imperio.

El triunfo obtenido no habia cegado al emperador respecto á los peligos de su situacion. Desmembrado su imperio de las importantes provincias que le habia quitado la sagacidad ó la fuerza del enemigo; receloso de nuevas traiciones, porque bien conocia los bandos y parcialidades que se agitaban por intereses opuestos en cada uno de los Estados que le estaban sujetos; seguro de la tenacidad de Cortés en quien el reciente desastre habria producido mas cólera que desaliento, hallábase muy distante de la imprudente confianza que fundáran en su actual fortuna la mayor parte de sus príncipes y generales; y redobló sus esfuerzos á fin de separar de la causa de los invasores á los pueblos americanos.

Sus embajadores se repartieron inmediatamente por todos los Estados vecinos, llevando para apoyar sus proposiciones pacíficas, trofeos de la gloriosa victoria. Cada una de las provincias recibió una cabeza enemiga ó un miembro de los caballos muertos en la refriega, en testimonio de la proteccion que

los dioses concedian al imperio, y como indicio palpable del destino que debian esperar todos aquellos que uniesen su causa á la de los estranjeros, objetos miserables de la cólera divina.

Los sacerdotes por su parte anunciaban en altas voces revelaciones celestes, profetizando el próximo é inevitable esterminio de los *mònstruos de Oriente.*

—Cansado está Tezcalepuzca, decian: cansado está de sufrir los ultrajes de esos impíos, y ha ordenado á Tonatioh salga en breve á iluminar la sangrienta hora de la justicia. Huitzilopochtli se ha levantado indignado de su carro de fuego, y ha hecho resonar en nuestros oidos estas tremendas voces:

«Sobrado tiempo he dejado á Tlacotecolt someter mi pueblo amado á pruebas amargas y vergonzosas, de las cuales ha salido con gloria, acrisolando su valor en la desventura. Tiempo es ya de que terminen los desastres del imperio que me adora y que ha llevado mi nombre por cuanto mira desde su trono escelso el Dios de luz para quien nada es desconocido. Tiempo es ya de que mis altares vuelvan á lavarse cada dia con sangre de los enemigos de mi pueblo, y que se levante este grande y fuerte entre todos los del mundo, como la ceiba gigante en medio de los frágiles arbustos. Venga Tlacatecolt á apacentarse en dolores; á beber lágrimas; á recrear su oido con la armonía de los gemidos; pero guárdese de buscar por víctimas á aquellos á quienes yo cobijo con mi escudo. Allí están los impíos que han venido de tierras desconocidas para traer á las tierras de mis adoradores sus estranjeras deidades. ¡Ellos son tuyos, oh implacable Tlacatecolt! ¡Son tuyos ya, y la victoria no volverá jamás á tenderle sus palmas! ¡Desdichados de aquellos á quienes halle la

luz de la venganza cerca de los impios! ¡Desdichados de aquellos que se retiren de mis altares santos para rendir tributo á dioses desconocidos!...»

Mientras que por tales medios procuraba el emperador privar al enemigo de los auxiliares que componian la mayor parte de su ejército, no se descuidaba tampoco en fortificar nuevamente la capital, ni en enviar contínuamente pequeños ejércitos que inquietasen á Cortés, impidiéndole el reorganizar su gente y aumentarla con refuerzo de sus aliados. Con este último objeto habia cortado todas las comunicaciones del ejército invasor con las provincias seducidas, y aun estendió su empeño á impedir las que tenian unas con otras las tres divisiones que formaban á aquel. Era esto imposible atendida la superioridad de los bergantines sobre las embarcaciones mejicanas, que por muchas que fuesen, jamás podian oponerse al ímpetu de aquellos: pero alcanzaban ya ventajas muy superiores á aquella los esfuerzos del monarca.

Las profecias de sus Teopixques y sus mensajes benignos á la par que amenazadores habian producido sus efectos. Los aliados de Cortés comenzaban á abandonarle: ni un solo mejicano, escepto los de Tezcuco, permaneció en el campamento español: los mismos Tlascaltecas, sabedores ya de la muerte dadada á Xicotencalt por órden de Cortés, y desalentados por el reves que habia sido expiacion á aquel crimen, se entibiaban de dia en dia en el fervoroso celo con que hasta entonces sirvieran á la causa estranjera. Muchas compañías se habian fugado, y aun las que se mantenian por miedo ó lealtad daban repetidas muestras del deseo que sentian de volverse á sus hogares.

No ignorando Guatimozin ninguna de dichas circunstancias, y viendo que escaseaban nuevamente los víveres y el agua, pues tornaba el enemigo á dar infatigable caza con sus bergantines á los abastecedores, determinó tomar la iniciativa para sacar á aquel de su aparente inaccion, y obligarle si era posible á levantar el asedio.

Dividió sus ejércitos en tres, á imitacion de Hernan, y poniendo al frente de cada cuerpo uno de sus mas acreditados generales, ordenó fuesen atacados simultáneamente los reales españoles. El combate fué largo, y dudoso el éxito hasta el fin en la parte en que mandaba Olid, de donde últimamente fueron rechazados los acometedores. Mas favorable la fortuna á la division que cayó sobre el campo de Sandoval, mantúvose imparcial sin dar su definitivo fallo, de modo que, sobreviniendo la noche se suspendió el combate, sin que pudiera ni uno ni otro contendiente blasonar del triunfo. Alvarado por su parte alcanzó mejor éxito, pues desde el primer encuentro consiguió ventajas considerables y vió retroceder al adversario.

Aquellos nuevos triunfos fueron de inmensa utilidad á Cortés, pues disiparon algun tanto los terrores de sus aliados. Desde entonces tornaron á unirsele varios tercios de Chalco, Otumba, Mesquique y demas ciudades amigas: Tezcuco le envió un refuerzo de 2 ó 3000 hombres, y los Tlascaltecas reanimados así por la nueva prueba que acababan de tener de la buena suerte de sus amigos, como por el sagaz y elocuente discurso que con motivo de esto les dirigió el jefe de aquellos, mostraráronse arrepentidos de su pasada tibieza, jurando que en lo sucesivo no volverian á dudar de las promesas del Malinche.

En vano intentó Guatimozin oponer un nuevo obstáculo á la multitud ilusa que corria otra vez ansiosamente á ligarse al destino de los aventureros; las amenazas y profecías no realizadas habian debilitado ya el prestigio de ellas, y vió con desesperacion crecer á su propia vista, con las fuerzas de su imperio, las del invasor que se aprestaba á destruirlo.

Vióse en breve Cortés al frente de un ejército de 150,000 hombres, y recelando nueva mudanza en las disposiciones de aquellos inconstantes aliados, solo pensó en los medios de apresurar el nuevo ataque que intentaba dar á Méjico con todo el lleno de sus fuerzas.

Hizo cegar las aberturas de las calzadas; pidió, y recibió prontamente de Vera-Cruz, pertrechos abundantes; y sin que pasase un solo dia sin tener que sostener combate con los asediados enfurecidos por el hambre, que ya comenzaba á esparcir sus horrores, llevó á cabo sus preparativos con inalterable serenidad.

No se descuidaba tampoco el emperador en sus aprestos de defensa, formando un plan que hace honor á su talento; pero presentia su grande alma la catástrofe de que iba á ser testigo; y era ya su aparente fortaleza aquella triste calma de la desesperacion suprema.

Era el 15 de julio: hacia 62 dias que habia comenzado el cerco de la capital, y todo anunciaba que los sitiadores iban á dar término á él con uno de aquellos ataques que no permiten otra alternativa que la total derrota ó el completo triunfo.

Aguardaba Guatimozin aquel dia decisivo, habiendo tomado las mas prudentes medidas para asegu-

rarse un éxito favorable; pero era profunda su encubierta tristeza.

Habia tomado en brazos á su amado hijo, y clavando los ojos en su hermoso semblante contemplábale con muda y dolorosísima emocion. Una tropa de Guanabás entonaba en aquel instante su lúgubre canto á las orillas del canal.

Gualcazinla se presentó consternada: ondulaba destrenzada sobre su bella espalda la negra madeja de sus profusos cabellos, y su suelta túnica de color de rosa dejaba advertir las formas deliciosas de su abultado seno, agitado por movimientos de terror.

—¡Guatimozin! dijo arrodillándose á los pies del jóven emperador: despues de muchas noches en que los dioses han rehusado á mis ojos la grata ceguedad del sueño para que viesen sin cesar las miserias que nos cercan, dormíme hoy un instante en brazos de Otalitza que me cantaba en voz baja el himno de la esperanza. ¡Desventurada! los dioses la han desmentido: al despertar asustada por un horrible pesadilla en la que imaginaba verte con mi hijo en brazos, asi cual ahora te veo, bajo una enorme mole que se te venia encima, ha llegado á mis oidos la voz del ave siniestra, que no por vez primera nos está anunciando que se aproxima el infortunio. ¡Guatimozin! escucha mis acentos con respeto, porque voy á proferir palabras graves como las de un moribundo, y es este un dia solemne. Eres mi esposo por la voluntad de nuestros padres y la eleccion de nuestro corazon: eres mi esposo ante los dioses y en presencia de los hombres: sangre tuya es la que corre por las venas de ese tierno infante que tuvo principio en mi seno: pues bien, Guatimozin, yo me revisto ahora de la santidad de todos esos derechos y á nombre de

ellos te suplico y ordeno que si está decretada la ruina del imperio de Acamapit, si Méjico sucumbe:...

Los sollozos ahogaron la voz de la emperatriz, y tan conmovido como ella, guardó silencio Guatimozin, hasta que, haciendo la magnánima princesa uno de aquellos esfuerzos sublimes de voluntad que se sobreponen al sentimiento, articuló con rápido acento y patético ademan:

—¡No sea esclavo nuestro adorado hijo! ¡Mi mano es demasiado débil... soy mujer! ¡soy madre! Jamás tendria valor para darle la libertad con la muerte. Júralo tu, júrame que lo harás, ¡oh espeso querido de mi alma! Con aquel solo golpe acabarás dos vidas, y la madre y el hijo entrarán libres de infamia en los palacios del sol.

Guatimozin, embargada la voz por el dolor y la ternura, sintiendo agolparse á sus ojos lágrimas ardientes que cayeron gota á gota por espacio de algunos minutos sobre la angélica cabeza del tierno Uchelit, intentó en vano articular de un modo inteligible el juramento formidable que le demandaba su mujer.

—¡No puedo! dijo por último con ahogada voz: no puedo llevar tan lejos el esfuerzo de mi alma. Apretando entonces entre sus brazos á los dos objetos queridos, lloró largo tiempo sin proferir palabra. Lloraba tambien Gualcazinla, y el niño en tanto sonreia con inocente orgullo, viéndose en posesion de la hermosa cabellera de su madre, que enredaba á su placer con infantil malicia.

—Escucha, Gualcacinla, dijo por último el monarca. Me has pedido un juramento superior á las fuerzas del débil mortal. Pero existen los dioses. No he profanado jamás sus augustos altares, ni abusan-

do del poder que me han concedido me he hecho merecedor de la ignominia. Solamente aquellos reyes, tiranos de sus pueblos, azotes de la humanidad; aquellos que, fatigando al destino, abusan de sus favores y se atraen una mudanza espantosa, expiacion justa para ellos, venganza legítima para el universo, solo aquellos, repito, deben temer que se vean siervos los frutos de su tálamo régio: ¡tan formidables sentencias suele pronunciar la severa justicia de Tezcalepulca! pero yo no he degradado nunca la dignidad del hombre para merecer verla degradada en mi familia. Los dioses soberanos no me arrojarán la infamia si me rehusan el triunfo; y á ellos solos, ¡oh esposa querida de mi corazon! á ellos solos debemos confiar la futura suerte del hijo de nuestro amor. Enjendrado ha sido en inocencia: ningun baldon le transmití con mi sangre: ¡si queda huérfano sobre las ruinas de un imperio destruido!.. ¡de aquel imperio bajo cuyo sólio se meció su cuna! si queda huérfano, ¡oh madre infeliz! ¡los dioses velarán por él! ¡Los dioses no abandonan jamás al desvalido en la tierra!

Al concluir estas palabras púsose en pié, depositando al niño en brazos de la princesa, que permanecia arrodillada, y poniendo las manos sobre aquellas cabezas queridas, y alzando al cielo los ojos con espresion sublime, bendíjolas tres veces con acento solemne, encomendándolas fervorosamente á la piedad de los inmortales.

En el instante en que los últimos ecos de su voz morian en su garganta, embargada por la emocion, sintióse en palacio notable movimiento, y presentóse al punto en la cámara régia el príncipe de Tacuba.

—¡Hermano mio! esclamó: llegado es el momento: ¡el enemigo está en las calzadas!

Desapareció como una nube al impulso del viento la tristeza que oscurecia el semblante del emperador: terrible magestad se imprimió de repente en su pálida frente: esfuerzo sobre humano centelleó en sus soberbios ojos, y lanzóse fuera de aquel aposento, en que acababa de sentir tan tiernas y dolorosas emociones, con aspecto tan imponente y tan amenazador, que asombrada y trémula Gualcazinla, no osó desplegar los lábios ni aun para pronunciar un adios que podria ser el último.



CAPITULO X.

Embajada.

Al salir el emperador del alcázar hallóse en medio de innumerables príncipes y generales que acudian á su encuentro presurosos.

—A las calzadas, ¡oh tlatoanis! esclamó al verlos con acento indignado. ¡El enemigo nos llama á ellas, y aun no habeis volado á responderle!

—¡Engañado estás, Hueitlatoani! dijo al punto el mas antiguo de los generales: ¡engañado estás! repitieron todos.

Detúvose sorprendido el monarca, y tomando la palabra el señor de Xochimilco, añadió, no sin dar señales de su alegría:

—Los españoles y tlascaltecas que se han aproximado á la ciudad, traen desplegada la bandera blanca, y solo vienen custodiando, hasta dejarlos fuera de peligro bajo la salvaguardia de tu imperial palabra, á tres teutlis prisioneros, encargados de proponerte la paz.

—Sean recibidos dignamente esos embajadores, respondió Guatimozin, ya sean mejicanos, ya estranjeros: su mision es sagrada, é inviolables sus personas,

En seguida preparóse á escucharlos, reuniendo en el salon de audiencias á sus ministros y consejeros.

Vivísima impresion produjo en la ciudad la entrada de aquellos nuevos plenipotenciarios, que llegaron á palacio entre oleadas del pueblo, y bajo la proteccion de una escolta mejicana.

Turbados estaban al presentarse á su rey; echábase de ver que no juzgaban muy honorífica la proposicion de que eran portadores; y solo despues de haber sido alentados con benévolas palabras que les dirigió Guatimozin, osó espresarse en los términos siguientes el mas audaz de los tres.

—¡Señor! ¡mi señor! ¡gran señor! el Malinche Hernan Cortés, de quien nos hacen esclavos azares de la guerra, nos envia á tí para que sepas de nuestros lábios sus intenciones y deseos.

Agradecido eternamente aquel jefe á los muchos favores y señaladas honras que le dispensó el gran Motezuma, no puede olvidar, enmedio de los horrores de la sangrienta lucha que sostiene contra tí, que eres deudo del nombrado monarca; que has sentado contigo en el trono imperial á una hija de aquel, y que te albergas en una ciudad que fué hospitalaria en otro tiempo á sus estranjeras legiones. Tiembla la mano del Malinche al levantarse para destruirla; acongójase su ánimo al concebir los desastres que van á llover sobre el imperio, con quien tan solemne alianza ha pactado á nombre de su rey, y antes de dar el último golpe te conjura por nuestra voz á detenerlo, aceptando la paz con las condiciones siguientes:

Primeramente desarmarás sin tardanza á tus ejércitos, y los harás salir de tu capital.

En segundo lugar convocarás asamblea de todos

tus tlatoanis, y ratificarás con ellos el vasallaje reconocido al soberano español.

En tercero....

—¡No digas mas! esclamó con ímpetu el jóven emperador. Muda para siempre debiera quedar tu lengua, despues que se ha mancillado articulando tan vergonzosos acentos.

—¡Tlatoanis y Teutlis! prosiguió dirigiéndose á la asamblea: ya habeis oido cuales son las primeras condiciones de la paz que nos propone el enemigo: innecesario juzgo indicaros ya cuales serán la últimas: creo que se deducen naturalmente.

Jamás en mi reinado aceptará el imperio de Méjico un yugo ignominioso: jamás, ocupando Guatimozin este trono, permitirá sea sometido á ningun trono estranjero: ¡sepultarme sabré antes en sus míseros escombros! Pero soy rey por el libre voto de los electores de Méjico: soy rey, que al ceñirse la sagrada corona contrajo el deber imperioso de hacer felices á sus pueblos. Si los desastres con que nos amenaza el enemigo os parecen mas graves y cercanos que los que veo envueltos en la paz engañosa que rechazo; si fatigados de tan prolongada y sangrienta guerra quereis á toda costa terminarla; en fin, si en la alternativa de morir ó ser esclavos os sentís capaces de vacilar algun dia, pronto estoy á descender del escelso puesto á que me habeis encumbrado, y á devolver á los que me la dieron la corona augusta que, conservándose en mi sienes, no será humillada nunca á las plantas de estranjero tirano.

Los rumores que se levantaban en la asamblea apagaron las últimas palabras de aquel breve discurso. Era estraordinaria la agitacion, y contrarios los efectos que habia producido.

Muchos se arrebataban de entusiasmo y aplaudian con frenesí al emperador: otros se resentian de la duda manifestada por aquel, como de un ultraje inmerecido; algunos, con sentimientos enteramente diferentes, juzgaban exagerado el recelo y escesiva la soberbia que se oponian á una paz, cuyas condiciones no eran en su concepto tan alarmantes ni vergonzosas como las veia Guatimozin. Ni aun faltó quien se atreviese á indicar que debia aceptarse la abdicacion de dicho príncipe, ofreciendo la corona á Hernan Cortés. En honor de la verdad y del nombre mejicano, debemos confesar, sin embargo, que los partícipes de las dos opiniones últimamente espresadas, estaban en corta minoría, compuesta casi toda de débiles ancianos.

En el momento en que la agitacion era mas viva, y mas difícil la situacion del emperador, obligado á presenciar los debates ocasionados por su discurso; abrióse con estrépito la maciza puerta de aquella suntuosa estancia, y presentóse el Hueiteopixque revestido de todas sus insignias, precediendo á mas de cincuenta sacerdotes que formaban á su espalda un grupo lúgubre y estraño, envueltos hasta la cabeza en sus largos mantos negros que, arrastrando por detrás, iban barriendo el pavimento.

El pontífice se detuvo en mitad de la sala del consejo, y rompiendo el profundo silencio que impusiera su repentina aparicion, dijo con grave tono é imponente ademan.

—Los dioses me han revelado, en la soledad del templo, que se reunian en este sitio los príncipes mejicanos para escuchar proposiciones de paz dictadas por el impío. Los dioses me han revelado ¡oh Guatimozin! que tu heróico corazon las rechaza indignado, prefiriendo la muerte á la ignominia. ¿Pero

quiénes son, añadió con aterrador acento, quiénes son los cobardes que se quejan de tu constancia? ¿quiénes los blasfemos que se atreven á pronunciar que es aceptable la alianza con los enemigos de los dioses? ¡Levanten la voz en mi presencia! ¡levántenla y caerán heridos de muerte, por el santo furor que siento arder en mi pecho y centellear en mis ojos! Huitzilopochtli ha temblado de ira en su sagrado altar: Tezcalepuzca se ha arrepentido de haber criado al hombre, indigna hechura de su mano omnipotente. ¡Respiren aquellos que han encendido los divinos furores, y á su vil soplo crecerá devorador el incendio, y ni cenizas quedarán de ellos!

Concluyó de hablar el Hueiteopixque en medio del mismo general silencio que reinára al comenzar: pero tomó la palabra un momento despues el Tlatoani de Tepepolco y dijo:

—No existe á mi entender en esta asamblea individuo alguno que sea capaz de cobardes votos, atreviéndome á asegurar, sin temor de que ni una voz se levante á desmentirme; que tu, ¡oh Teoteutli! (1) puedes volver tranquilo al Teocali venerado, asegurando á los dioses que jamás permitiremos en sus altares deidades estranjeras: y que tu ¡oh soberano Hueitlatoani! tu, siempre digno varon en tus sentimientos, siempre gran monarca en tus preceptos, no debes recelar nunca flaqueza ó deslealtad en los que aprenden de tu ejemplo. A tí solamente reconocemos por emperador, y contigo rechazamos cualquier otro vasallaje, dispuestos á morir antes que á capitular.

---

(1) *Señor sagrado, ó caballero de Dios.*

Unánime fué entonces la voz que se levantó vitoreando á Huitzilopochtli, á Guatimozin y al pontífice, y todos juraron perecer con las armas en la mano.

—¡Sea como lo decís! esclamó el gran sacerdote: si asi lo cumplís, Huitzilopochtli os proteja y os premie Tezcalepuzca!

—Y ¡ay de aquel, añadió el emperador poniéndose en pié con ademan firme y severo: ¡ay de aquel que, perjuro é infame, ose en lo sucesivo articular la palabra *paz* ó prestar á ella su oido! Reo de muerte lo declara mi voz, y como traidor será deshonrado, ora vista la coraza del guerrero, ora la negra capucha del Teopixque ó el régio manto del Tlatoani.

—¡Guerra! ¡guerra! gritaron todos.

—¡Guerra hasta morir ó vencer! dijo con furibundas voces el pontífice ¡Yo os la ordeno é impongo á nombre de Huitzilopochtli!

— ¡Guerra! repitió el emperrdor arrojando á los pies de los embajadores el dardo que tenia en su diestra. Esto habeis de decir, ¡oh Teutlis! al general que os envia. ¡Guerra sin tregua hasta el total esterminio de uno de los dos ejércitos!

Llevad esta contestacion que dá el imperio á sus odiosos perseguidores, y quedaos entre ellos; pues Méjico rechaza á los indignos hijos de su suelo que han osado pisarlo siendo portadores de tan infame mensaje.

—¡Guerra! ¡guerra! resuena una vez y otra dentro y fuera del palacio. ¡Guerra! es el eco que por todas partes escuchan los plenipotenciarios, al volverse avergonzados y confusos al campamento español; llegando á ser tan dolorosa la impresion de su vergüenza, tan terrible para sus corazones aquel tes-

timonio de la ira general que les acusaba, tan profundo su dolor al verse desechados de su príncipe, que al atravesar el puente para ir á reunirse á la escolta enemiga que los acompañara hasta la entrada, detúvose de repente uno de ellos, y vuelto á los otros dos,

—No voy mas adelante, dijo: no me engendró mi padre paro vivir siervo y deshonrado. Mi patria y mi rey me desprecian: tienen razon, porque manché mis lábios pronunciando proposiciones indignas. ¡A lavarlos voy de su baldon!

Dijo, y se arrojó á las aguas siguiéndole á ellas, sin vacilacion y por impulso simultáneo, los otros dos infelices, á quienes tan funesta mision encomendára Cortés.

Sus cadáveres, recogidos algunas horas despues por los soldados españoles á las orillas del lago, fué la sola contestacion que recibió el jefe. Viólos, y comprendió que era preciso esterminar ó ser esterminado. La muerte de sus emisarios, ya fuese un acto de rigor del monarca mejicano, ya de desesperacion por parte de las mismas víctimas, dejaba en claro una verdad que no era grata al caudillo: la de que no era posible sujetar á aquel pueblo sin aniquilarlo.

—¡Compañeros! dijo entonces á sus capitanes. ¡A los primeros rayos del sol de mañana, daremos el último ataque á la capital de Méjico!

CAPITULO XI.

Quilena y sus hijos.

En el momento en que acababa de dar aquella órden, recibió aviso el jefe de que un numeroso ejército de las provincias de Matalcinchi, Zaltepec, Cohuixchi y Malinalco se aproximaba cautelosamente, con objeto de atacarle por la espalda al tiempo en que, intentando penetrar en Méjic,o le saliese al frente Guatimozin con todas las fuerzas reunidas en aquella capital. Colocado de este modo el español en medio de dos ejércitos enemigos, que el uno le atajase el paso, el otro le cortase la retirada; teniendo ademas por único campo de batalla la estension de las calzadas, en que no era dado maniobrar libremente á la caballería, hubiérale sido difícil, sino imposible, salir con bien de tan apurada posicion, en la que se prometian los mejicanos detruirle completamente.

Frustróseles aquella esperanza con el oportuno aviso que, como hemos dicho, recibió Cortés la víspera del dia en que se habia propuesto penetrar en Tenoxtitlan; pues tomando sus disposiciones con la actividad que le era característica, hizo salir inmediatamente á Sandoval y á Tapia, con la necesaria fuer-

za, al encuentro de los que intentaban sorprenderle. No pasó aquel movimiento desapercibido por los sitiados; y comprendiendo su objeto, enfureciéronse de tal modo con el malogro de sus esperanzas que, tomando la iniciativa como otras veces, se arrojaron denodadamente á presentar la batalla.

Sostúvola el ejército de Cortés en las tres calzadas en que simultáneamente fué atacado, y aunque no podamos decir que alcanzase esta vez considerables ventajas, creemos suficiente la de haber conservado su posicion, haciendo últimamente suspender el combate al fatigado enemigo.

Sandoval y Tapia batian en tanto con igual fortuna á la hueste ausiliadora, haciéndola retroceder, y obligándola por fin á retraerse en desórden á las provincias de que saliera.

Viéndose libre del peligro de la proyectada sorpresa, dejó Cortés descansar su gente algunos dias, y atacó en seguida á la capital segun lo tenia dispuesto, resuelto á penetrar en ella á todo trance, y habiendo ordenado bajo severas penas que, á proporcion que se fuesen posesionando de las calles, se derrocasen sus casas, sin dejar piedra sobre piedra, dirigiendo todos los esfuerzos á cegar con escombros los canales hasta convertir en tierra firme lo que era entonces agua.

Estábase en uno de los últimos dias del mes de julio cuando publicó Cortés esta órden terrible, que condenaba á la destruccion mas completa que jamás se ha visto, á la hermosísima y suntuosa ciudad de los emperadores Aztecas, célebre monumento de su civilizacion y grandeza, próximas á desaparecer sin dejar á la posteridad ni un vestigio que las acreditase.

Dióse en efecto el ataque segun el nuevo plan de ir ganando palmo á palmo el terreno y asolando la ciudad al paso, para no dejar á su espalda al ejército conquistador sino ruinas que sirviesen á la retaguardia para cegar los canales. De este modo ganáronse aquel dia algunas calles, no bastando á impedirlo la desesperada resistencia que opusieron los mejicanos. Cebábanse en el pillaje y en la destruccion las huestes Tlascaltecas, y al verlas correr furiosas con el hacha en la mano, arrasando los mas hermosos edificios con alaridos de feroz complacencia, decíanles con amarga sonrisa los infelices dueños:

—Mal haceis ¡ oh guerreros de Tlascala ! en echar por tierra nuestras habitaciones. Si salimos vencedores vosotros habreis de redificarlas: si triunfais, tambien sereis vosotros los que las levantareis para los españoles.

Los Tlascaltecas hacian burla de aquel exacto raciocinio, y continuaban con ahinco su obra de devastacion. Doloroso es imaginar aquella régia capital condenada á ser arrasada por un puñado de advenedizos estranjeros, que tenian por ejecutores á pueblos americanos.

Era el principal anhelo de Cortés llegar á posesionarse de Tlatelulco y de los fuertes Teocalis, que en caso necesario podian prestarle alojamiento capaz de defensa; mas fueron vanos aquel dia todos sus esfuerzos dirigidos á este objeto, pues en el instante de asaltar el gran edificio de Huilzilopochtli, dejóse oir, por segunda vez en el curso de aquella guerra, el terrible sonido del caracol sagrado, y apenas escucharon aquellos lúgubres ecos cuando guerreros, sacerdotes y hasta mujeres, se lanzaron

furiosos á la defensa del templo, siendo esta tan denodada y sostenida, que tuvo al fin Cortés que abandonar su empeño.

Quedó, empero, la plaza alfombrada de cadáveres mejicanos, y luego que se hubo replegado abandonando el campo el ejército enemigo, atronaron aquel vasto recinto los lamentables gritos de las mujeres, que reconocian entre los muertos á sus esposos padres, hermanos ó hijos.

Vióse, ultimamente, atravesar por entre ellas, hollando con planta temeraria tantos despojos de la muerte, á una amazona de viriles proporciones. Teñida estaba su espada de á dos manos, en sangre del adversario; y corria la de sus propias venas por una ancha herida que se veia en su desnudo brazo, sin que ella diese muestra de apercibirse de ello. Como la noche iba ya esparciendo sus opacas sombras, seguian á la heroina seis esclavos que agitaban en las manos gruesas coabas encendidas, cuya rojiza luz reverberaba en los lagos de sangre que se formaban en la plaza.

Salió al encuentro de la amazona, desprendiéndose de un cadáver que tenia entre sus brazos, una hermosa jóven á quien en vano intentaban apartar de aquel sitio la servidumbre que la acompañaba.

—¡Quilena! dijo con amargos sollozos á la mujer guerrera. Tú que entiendes de heridas, ven y dime si es verdad que no hay ya remedio para el que es la mitad de mi vida. Destrozado tiene el pecho en que reinaba mi imágen: inmóvil el corazon que solo latia de amor. Ven, en nombre de los dioses, ¡oh Quilena! y dime si es cierto que no existe ya mi esposo.

Acercóse la matrona y puso su ensangrentada diestra sobre el pecho del que era algunas horas an-

tes uno de los mas gallardos príncipes mejicanos. En seguida dijo sin la menor señal de emocion:

—Está muerto el Tlatoani de Zopanco: ya no tienes esposo, hija de los Tultecas.

—¡Muerto! ¡Muerto! repitió arrancándose los cabellos la acongojada viuda.

—¡Muerto como mis dos hijos! repuso con aterradora calma Quilena. ¡Sígueme! ¡no están lejos! ven y me ayudarás á sacarlos de entre ese monton sangriento.

Dijo, y se adelantó con paso firme hácia el paraje en que habia visto caer, durante lo mas recio del combate, á las tiernas víctimas que entonces buscaba. Apartando por sí misma algunos de los cadáveres que allí estaban hacinados, descubrió en efecto á los dos jovencitos, muertos casi al mismo tiempo uno al lado del otro. Echábase de ver que el que sobreviviera algunos minutos se habia esforzado, en el supremo momento de la agonía, por abrazarse estrechamente al ya helado cuerpo de su hermano, y tan violenta, en efecto, debió haber sido la contraccion de sus músculos en aquel postrer abrazo, que costó trabajo desasir los dos cuerpos.

—¡Hélos aqui! dijo la princesa Tlacopana con ojos enjutos y acento sombrío y profundo.—Nacieron en un dia, y en un dia han abandonado la tierra. No presumia yo que habia de perderlos tan pronto: que tan pronto me quedaria sin hijos. Porque no tengo ya hijos: ellos eran solos.

La princesa de Zopanco contemplaba aquella escena con doloroso asombro.

—Consuélate, ¡oh Atahualca! prosiguió Quilena pasándola por el rostro su mano manchada de sangre. Tu marido y mis hijos han muerto con gloria:

¡dichosos ellos que han exhalado el último gemido al compás del himno de triunfo que entonaba su pueblo! ¿Quién puede decir cuáles serán los últimos sonidos que escucharán moribundos los que ensordezcan para siempre mañana?..

Suspendióse un momento, fijando en el cielo, que era por cierto oscuro y tempestuoso, una larga mirada, con la que parecia demandarle los secretos del porvenir: luego bajóla y la clavó en sus hijos, diciendo sin verter una lágrima:

—¡Dormid en paz, pobres niños! el sol os guarda en sus jardines eternos las flores de vuestra décimasesta primavera, que no quisisteis esperar en el mundo de los hombres. El seno en que os formasteis queda desolado, como campo de perpétuo invierno; pero hélo llenado con sangre caliente de vuestros matadores, y no iré á buscaros á los alcázares celestes sin haberme tres veces abrevado en ella.

Diciendo estas palabras cargó sobre sus espaldas uno de los cadáveres; ordenó á sus esclavos hacer lo mismo con el otro, y dijo á la atónita y aflijida Atahualca:

—Ven tu tambien con tu marido: los ahullidos de estas mujeres cobardes, que vienen á atormentar á sus muertos, me hace daño en el oido. Pronto se presentarán los guerreros á recojer á los heridos y á quemar los cadáveres: alejémonos con los nuestros.

La jóven princesa obedeció sin hablar, colocando el cuerpo de su esposo en unas andas preparadas al efecto por sus servidores.

Cuando salieron de aquel campo de carnicería, preguntó tímidamente la viuda:

—¿A dónde iremos?

—A arrojarlos al lago, respondió sin inmutarse la amazona. No quiero que las cenizas de mis hijos queden en este suelo; porque... (escucháme Atahualca y no digas nada de esto á los guerreros:) porque me dice el corazon que este suelo pertenecerá muy pronto á los estranjeros.

—¿Tendrás valor para hacer lo que dices? repuso la descendiente de los Tultecas. Yo no lo tengo, Quilena: no serán mis manos las que arrojen al agua el adorado cuerpo de mi esposo.

—El agua es mas libre que la tierra, dijo con su terrible calma la hija de los Tarascos: en ella por lo menos no imprimirán sus huellas los viles robadores que han venido para apropiarse nuestra tierra. ¡Ea! ¡redobla el paso, mujer sin espíritu! ¡la noche es profunda! cantemos en voz baja la cancion de la muerte.

—Cantemos, dijo Atahualca, y reciba propicio Tlaoc el depósito que vamos á confiarle.

Las dos mujeres entonaron en efecto tristísima salmodia, y desaparecieron como sombras á las orillas del lago.

Una hora despues, Atahualca entraba sola con sus esclavos en el alcazar imperial, y erizado el cabello decia á Gualcazinla:

—Encontré á mi esposo entre los muertos y sin embargo, menos me ha horrorizado la vista de su cadáver sangriento, que el espectáculo que acabo de contemplar.

—¿Vuelven acaso los enemigos? preguntó asustada la emperatriz.

—No he visto mas enemigos, respondió la viuda, que dos infelices prisioneros que tenia Quilena en un lu-

gar oculto cerca del lago. Allí la he visto degollarlos por su mano; beber su sangre con rabiosa sed, y diciendo que no la habia aplacado, lanzarse por fin á las aguas, abrazada con sus dos hijos muertos. El lago se ha tragado aquellos cuerpos lo mismo que el de mi marido.



CAPITULO XII.

Toma Alvarado el Teocali, y entra Cortés en Tenoxtitlan.

En el dia que siguió á aquel en que ocurrieron los referidos sucesos, siendo apenas las nueve de la mañana, y en el momento mismo en que Cortés arengaba á su gente, dispuesto á penetrar por segunda vez en la capital y á no perdonar fatiga para posesionarse del Teocali, observaron algunos oficiales que salian de las altas torres de aquel edificio espesas columnas de humo, que no podian ser vapores del incienso que los sacerdotes quemaban ordinariamente en aquella hora.

Llamada la atencion del caudillo hácia esta novedad, hizo que subiesen á una pequeña altura varios de sus soldados, procurando descubrir el origen de ella, y tan grande fué su sorpresa como su júbilo al saber que en medio de las llamas del incendio que consumia ya una parte de aquel notable edificio, ondeaba con magestad, iluminada por rojizos reflejos, la bandera española.

En efecto, Alvarado con un ataque súbito por el

lado de Tacuba, acababa de penetrar en Méjico y de posesionarse del Teocali. El momento no podia ser mas favorable: aprovechólo Cortés, y ordenó al punto la entrada de sus fuerzas en la ciudad.

A pesar de la consternacion en que pusiera á los mejicanos la vista del incendiado templo, resistieron esta vez como siempre con heróica decision; pero nada era bastante á contener ya el ímpetu de los ejercitos invasores.

Vióse ocupada algunas horas despues la gran plaza de Tlatelulco por la caballería española, y á las tropas auxiliares recorriendo las calles de aquella hermosa capital, que con infatigable diligencia iban convirtiendo en ruinas. ¡Jamás se ha verificado tan completo saqueo! ¡jamás se escribirá en la historia de las conquistas victoria tan sangrienta!

No saciadas, empero, las feroces hordas despues de asolar gran parte de la ciudad, corrieron al palacio disputándose el honor de descargar el primer golpe del hacha en aquella mansion régia. Habíala abandonado ya la familia imperial. Guatimozin, despues de defender á palmos con inútil constancia el suelo de su capital, se habia retirado por último completamente derrotado, y teniendo por único refugio uno de los grandes arrabales, que rodeado por todas partes de agua, prestaba recursos á la resistencia. A él se trasladaron al punto todos los moradores del palacio, en medio de la general perturbacion, y á él tambien la mayor parte de la gente que escapára de la horrible matanza. La poblacion de Tenoxtitlan habia sido reducida en aquella sola mañana á casi la mitad de su número.

Cortés, no obstante la alegría natural de su triunfo, se sintió dolorosamente afectado por el espectá-

culo de tan inaudita carnicería y ordenó suspenderla.

—«Acordé (dice aquel jefe en una de sus cartas al rey) dejar de combatir algunos dias, porque me ponia en mucha lástima y dolor que pereciese aquella multitud, y quise otra vez ofrecerles la paz.»

Hízolo asi efectivamente, y debia esperar ver aceptada la capitulacion que proponia, por duras que fuesen sus condiciones, pues era en sumo grado deplorable la situacion de los vencidos.

Encerrados en el recinto de aquel barrio, situado en la laguna; escasísimos de víveres, reducidos á beber agua salobre, y sin tener ya ni aun las armas necesarias, ninguna esperanza lisongera podian alimentar; su único medio de salvacion era un convenio con el enemigo, y el emperador debia aceptarlo, segun el juicio de Cortés, por mas que pudieran resistirlo sus fanáticos sacerdotes, y sin pararse á considerar si le era ó no honorífico. Aun no habia comprendido el caudillo el fuerte temple de aquella alma, verdaderamente real: no habia adivinado, no, que el destino le concedia por víctima á uno de aquellos seres magnánimos, que eclipsados al resplandor de otra gloria enemiga, quedan muchas veces confundidos en las páginas históricas de sus inevitables desastres; hasta que, inspirada algun dia la entusiasta mente del poeta, descubre, al través de las nubes del inmerecido infortunio, la santa aureola de la olvidada gloria, y siente lo que en hermosísimos versos ha consignado en ocasion solemne uno de nuestros poetas.

Héroes, si ya no dioses, el inmenso
Vulgo los llama, mas en tanto incienso

Yo mi razon no ofusco;
Que de Belona en el dudoso empeño
Donde nuestra fortuna airado el ceño,
Allí los héroes busco. (1)

Guatimozin, por única contestacion á la ofrecida paz, juntó sus maltratados ejércitos y se arrojó denodadamente á buscar en el combate esperanza de salvacion, ó termino de conflicto.

Encarnizado, terrible fué aquel combate en que luchaban cuerpo á cuerpo, por decirlo así, la desesperacion y la fortuna. El heroismo de aquellos á quienes habia señalado para víctimas, detuvo suspenso muchas horas el fallo de la victoria. Cortés, impaciente á la par que asombrado, viendo que todos sus esfuerzos no alcanzaban á obtener las ventajas apetecidas, y que habia alcanzado el enemigo favorable situacion, resolvió recurrir á un ardid de guerra, empleado otras veces contra él. Pidió gente á otro real de los suyos, y ordenó se mantuviera emboscada en cierto paraje designado, al cual procuró llevar al contrario, aparentando retraerse.

Recelando el engaño Guatimozin, siguiólo al principio con cautela y cuidando no desamparase el campo la mayoría de su ejército. Fingieron empero con tal destreza desórden y confusion los fugitivos, que lograron completamente alucinarle, hasta llevarlo con todas sus fuerzas al sitio prevenido. Apenas hubo conseguido su objeto, dió Hernan Cortés la señal convenida, y saliendo de su escondite los caballos y peones enviados por Alvarado y Olid, cayeron sobre su espalda con irresistible pujanza.

---

(1) Arriaza, en su oda á la batalla de Trafalgar.

La derrota fué entonces completa. El emperador alcanzó con no poca dificultad la retirada, dejando en el campo casi la mitad de su gente.

No decayó empero con el nuevo desastre la gran fortaleza de su ánimo. Desechando con indignacion las reiteradas proposiciones de capitulacion que por entonces le dirigió el vencedor, tornó á organizar su hueste y á provocar el combate.

En tanto que aquel infeliz príncipe hacia con asombro del enemigo aquellos últimos esfuerzos de resistencia, que bien pudieran compararse á las convulsiones de un moribundo, el hambre reinaba con todos sus horrores en el arrabal que prestaba asilo á su imperial familia y á las reliquias de los seiscientos mil moradores de la destruida metrópoli.

Veíanse de contínuo vagar por las calles famélicas tropas de mujeres y niños, cuyos llantos y gemidos desgarrarian el mas empedernido corazon. Muchos de aquellos desventurados caian muertos á las puertas de la casa que habitaba la emperatriz, á la que iban á demandar limosna: limosna que necesitaba tanto como ellos aquella princesa desventurada. La hija de reyes se alimentaba entonces con yerbas y ráices, afanándose en balde por volver á llamar á sus pechos el primer sustento de su hijo, para quien no tenia un pedazo de pan. El tierno infante, acosado por el hambre, aplicaba una vez y otra con infructuoso afan sus pálidos lábios á aquellas fuentes de vida. Estaban exhaustas, y sus repetidos esfuerzos hicieron brotar sangre en vez del licor apetecido.

Tuvo entonces la infeliz madre un momento de suprema desesperacion, y viósela llevar entrambas manos al delicado cuello del inocente, co-

mo si intentase ahogarlo. Las fuerzas le faltaron al ejecutar aquel acto tremendo, y prorrumpiendo en lágrimas,

—¡Oh! pedazo querido de mis entrañas! esclamó regando con ellas la desfallecida cabeza del infante, reclinado lánguidamente sobre su enflaquecido seno. ¡Por qué delito he merecido de los dioses tan horrendo castigo! ¡Habré de verte entre mis brazos con la agonía del hambre, escuchando ese quejido doloroso con que me pides inútilmente pan! ¡Oh! hijo mio! ¡hijo mio! la saña de Tlacatecolt arrojó tu alma de los palacios del cielo para encarnarla en mi vientre. Mi vientre te echó al mundo en una noche de desgracia, y acudieron genios malignos para mecer tu cuna. ¡Pero qué has hecho, tú, pobre inocente! ¡qué has hecho tú para que así te persigan los espíritus! ¿No fuiste engendrado en bendecido tálamo? ¿no ardió tecopalli el dia de tu nacimiento en honor de los Tepixtotones?

—No te canses, desdichada madre, respondió con apagada voz Miazochil, que tambien lloraba sobre la cabeza de su hambriento hijo. Condenada fué por sus ingratos dioses la descendencia de Motezuma. No tornará mi acento á implorar jamás á esas deidades injustas.

—Toma la imágen de la *Virgen de los Dolores*, añadia sollozando Tecuixpa. Tómala, ¡oh pobre hermana mia! y ponla sobre tu pecho para que atraiga á él sustento para Uchelit. Ella tambien es madre: ella tambien vió morir á su único hijo, y le vió con sed sin tener agua que darle.

—¿Y piensas hermana, que tendrá compasion de mi niño esa diosa estranjera, que proteje á nuestros enemigos?

—No lo sé, Gualcazinla: no lo sé: pero Velazquez me dijo muchas veces que la madre de su Dios era buena para todas las madres.

—¡Implórala pues, ¡oh Tecuixpa! ¡implora á esa divinidad de oriente á favor de mi hijo. Yo no me atrevo á enojar á nuestros dioses, por tiranos que sean con mi desventurada familia.

En el momento de terminarse este diálogo triste, presentóse cubierto de polvo y de sangre el príncipe de Tacuba.

—¡Somos vencidos! dijo con sombrio acento. El enemigo nos ha arrollado y está entrando en el arrabal. ¡Seguidme! tengo todavía un refugio para vosotras, pobres mujeres.

—¡Mi esposo! ¿dónde está mi esposo? gritó la emperatriz.

—Tu esposo ha hecho mas de aquello que parecía posible á un mortal, respondió Netzalc. Huitzilopochtli respiraba en su pecho, y las sombras de los reyes Tepanecas y Aztecas se llenaron de orgullo, al contemplar desde el cielo sus portentosas hazañas. Pero tu esposo ha sido herido, y yace ahora en brazos de sus servidores en el asilo á que quiero conducirte.

—¡Vámos allá! dijo la emperatriz: pero tu esposa está doliente y no puede seguirnos: tu hermana ha sido herida por la mano de Tlacatecolt, y perturbada la mente por visiones horribles no hace mas que llorar y gemir tendida en el pavimento.

—Fuerzas tengo para llevar á ambas sobre mis espaldas, replicó el príncipe.

—Vamos al punto á buscarlas: no hay instante que perder. El enemigo invadirá en breve todo el barrio.

—Esfuerzate, corazon mio: dijo tristemente la emperatriz poniéndose en marcha con su hijo en los brazos. ¡Esta agonia no puede ser ya larga! ¡Vamos! morirás al menos, ¡oh hijo adorado de mis entrañas! en el seno de tu padre. El de tu madre, estéril ya é inútil, no puede darte mas que sangre floja de mujer cobarde.

En el momento en que la familia imperial acababa de abandonar aquel asilo, las tropas enemigas llegaban á posesionarse de él.



CAPITULO XIII.

Ultimos esfuerzos.

La pluma se nos cae de la trémula mano al emprender la pintura del cuadro sangriento que nos presenta la imaginacion, y que bosquejado vemos con tan terribles colores en las páginas de aquella conquista inhumana aunque gloriosa.

Clementes los estranjeros en comparacion de los americanos, intentaron en vano poner término á la carnicería en que se cebaban sus feroces auxiliares.—«Fué grandísima la mortandad dice Cortés, porque usaban de tal fiereza nuestros amigos Tlascaltecas que por ninguna via daban á ninguno la vida, por mas que fueran de nosotros reprendidos y castigados.»

Las reliquias guerreras guarecidas en un solo punto del barrio, fortificado por albarradas, enviaron un mensaje á Cortés pidiéndole, segun refiere aquel jefe, que *pues era hijo del sol, y este astro daba vuelta con tanta brevedad á todo el mundo, que fuese diligente como él, y los acabase de matar.*

Cortés, sin embargo, suspendió la persecucion, y por respuesta de esta estraña peticion, envió á Gua-

timozin uno de los magnates que habia quedado prisionero, para que en su nombre le prometiese clemencia, decidiéndolo á entregarse con los restos que conservaba; puesto que ninguna esperanza podia quedarle ya.

Herido, como ya sabemos, estaba el emperador, y rodeado en el lecho de dolor por su mísera familia, atormentada por el martirio del hambre. La situacion no podia ser mas desesperada: ninguna prueba mas difícil de sostener que la que sufrió el invencible ánimo de aquel infortunado príncipe, cuando se le presentó en aquellas circunstancias el emisario del enemigo.

—Ninguna esperanza nos resta: díjole este entre sollozos: el imperio mejicano está dando su último aliento. Salva al menos tu vida y la de tu familia: ríndete á discrecion y alcanzarás clemencia.

Indignado el emperador, incorporóse trabajosamente en su lecho, y mandó se echase de su presencia al cobarde que tal consejo se atrevia á proferir.

—Descendientes de Chimalpopoca, dijo en seguida á los príncipes que le cercaban. La patria nos ordena no deponer las armas mientras tengamos un solo palmo de tierra en que poder pelear. ¿Hay alguno de vosotros que prefiera á una gloriosa muerte la vida demandada á la compasion del enemigo?

—¡La muerte! ¡la muerte queremos! esclamaron á una voz los Tlatoanis.

—¡La muerte! repitió con acento profundamente doloroso la emperatriz. Vosotros la recibireis peleando, ¡pero mi hijo... vedle... tiene hambre!

Aquellas palabras produjeron increible efecto en aquellos corazones animosos que acababan de optar gloriosamente entre la gloria y la salvacion, y exha-

laron sollozos y vertieron lágrimas, que acompañó con las suyas el mismo Guatimozin.

Tomó en brazos á su hijo, mientras varios de sus deudos corrian á buscar á toda costa algun sustento para el inocente, y contempló con inesplicable agonia sus hermosas facciones descoloridas y lánguidas. La pobre criatura le tendia sus manecitas heladas en actitud de quien espera, y al ver que nada recibia, volviáse á su madre con infantiles gestos de afliccion, y llorando con gemidos tan débiles que le destrozaban el alma.

Los deudos de Guatimozin re urrian en tanto á un ingenioso engaño para alcanzar algunos comestibles para aquella mísera familia. Aparentando disposiciones favorables á los deseos del enemigo, le despacharon una embajada con algunas ropas á guisa de regalo, y como prenda de pacíficas intenciones. Reducíase el mensaje á proponer á Cortés les diese pasajera tregua hasta que al siguiente dia fuese á conferenciar con él personalmente el emperador á la plaza de Tlatelcuco, para tratar de la capitulacion. El ardid obtuvo favorable éxito: Cortés, que deseaba sinceramente poner un término á tantos horrores, se prestó gustoso á la demanda, y correspondió el presente enviéndoles gallinas y maiz, que abundaban en el campamento, tanto como escaseaban en el otro.

Fieles al empeño contraido, no obstante la causa que lo habia motivado, presentáronse á Cortés en el dia y paraje de la cita cinco señores mejicanos, y le espresaron que no pudiendo acudir el emperador por hallarse enfermo, venian ellos en su nombre á manifestarle que en manera alguna consentiria nunca en capitular; que no se creyese

queño del imperio por haber destruido la capital, pues infinitas provincias lejanas que se armaban quedaban en aquel momento para acudir al socorro de su rey, y vengarle si perecia en la lucha.

Esta atrevida declaracion fué hecha, sin embargo, con singular templanza y cortesia, escuchando despues con atencion igual á la que con ellos usára el vencedor, las nuevas instancias de este para que desistiesen de una obstinacion que no podia salvarlos.

Insistió de tal modo Cortés en aquel empeño, que ellos ofrecieron por último emplear toda su influencia á fin de decidir al emperador, si bien confesando que dudaban mucho del éxito, y despidiéndose despues con tanta cordialidad como si acabasen de pactar realmente la mas honorífica y ventajosa alianza.

Cortés suspendió las hostilidades por dos dias, haciendo en aquel breve tiempo repetidos esfuerzos por atraer á Guatimozin; pero fueron todos igualmente infructuosos, y se decidió por fin rendirlo con las armas.

Cercó en efecto el dia aquel último refugio de los infelices Aztecas, atacándolo á la vez por tierra y por agua. Conociendo los príncipes la imposibilidad de defenderse largo tiempo, rogaron al emperador adandonase con su familia aquel pedazo de arrabal, que era lo único que conservaba de su dilatado imperio.

— De poca utilidad ¡oh adorado Hueitlatoani! puede sernos tu persona en este sitio, le decian: ¿y si logras ponerte en salvo con tu estandarte sagrado, y llegar á alguna ciudad amiga, llamarás à ella á todos los varones de tus apartados dominios, y formarás con ellos un poderoso ejérci-

to con el cual tornarás á recobrar las ruinas de tu capital, lanzando de este suelo al enemigo.

Desechó Guatimozin aquel consejo por parecerle cosa indigna y sujeta á malas interpretaciones el abandonar á sus gentes en el supremo conflicto, ordenando que en lugar suyo tentasen la salida propuesta los Tlatoanis de Tacuba y Tezcuco, encargándose de reunir, en el caso que lograsen eludir la vigilancia del enemigo, la fuerza de todas las provincias distantes y conducirlas contra el enemigo.

Inútilmente le representaron oponiéndose á esta disposicion, que nada podia alentar tanto á aquellos vasallos y moverlos á la guerra como ver y escuchar á su monarca, lanzado de su régia ciudad por los enemigos de los dioses; así como seria funesta la consternacion que se derramaría por todos los dominios si con la noticia de los recientes y ulteriores desastres recibiesen tambien la de haber perecido aquel, en cuya augusta persona veian simbolizado el imperio.

Todas estas razones no bastaron á decidir al heróico jóven, que resuelto á participar la muerte de sus leales defensores, púsose á su frente apenas convaleciente de sus heridas, y opuso al enemigo la mas desesperada resistencia. ¡Inútil debia ser, sin embargo! ¡Aquel era el momento señalado por el destino para el postrer aliento del moribundo poder de los Aztecas! ¡Momento pavoroso que no nos sentimos capaces de describir! Momento que reasumió, segun declara el mismo conquistador, tantos y tales horrores, que en tiempo ninguno pudiera verse cosa tan lamentable, *ni crueldades tan recias en generacion alguna.* (1)

(1) Son palabras de Cortés en su carta tercera al Rey.

Embarazaban el paso por todas partes montones de cadáveres. Mujeres, ancianos y niños acosados por el hombre corrian sobre ellos á arrojarse en las lanzas enemigas, y era tan lastimoso aquel cuadro de desolacion, con tan triste concierto de llantos y alaridos verificó su entrada el vencedor, que no *habia corazon*, segun su propia afirmacion, *que no se quebrantase.*

El olor de tanta sangre y de tantos cadáveres obligó á los españoles á salir precipitadamente de aquella parte de la ciudad, ya desde muchos dias antes infestada por la peste que introdujera la miseria. En aquella sazon presentóse ante Guatimozin, flaco, amarillo, cadavérico, el anciano Hueiteopixque.

—¿Qué haces aquí, llorando como una mujer sobre las ruinas y los muertos? esclamó con eco lúgubre y severo. ¿Réstate algo que hacer todavía en este campo de desolacion, ó esperas que vuelva el enemigo á imprimir en tu frente el sello de servidumbre?

—¡Espero la muerte! respondió el príncipe.

Un rey no muere voluntariamente sin hacerse criminal, respondió el pontífice, mientras existen todavia pueblos que les fueron confiados por los dioses, y á los que aun puede salvar de ignominiosa esclavitud. ¡Guatimozin! Huitzilopochtli me ha hablado: su poderosa voz ha resonado en mi oido en medio del fuego del enemigo, de los gritos de las mujeres desoladas y de los gemidos de los moribundos.

--«¡Hueiteopixque! me dijo el dios, pruebas terribles está sufriendo mi pueblo, pero prometido tengo el dia de la victoria. No desmaye, pues, el jóven coronado en cuyo pecho he infundido mi soberano aliento Tiempo hubo en que sus progenitores, vencidos po

poderosas naciones, tuvieron que abandonar su tierra y yo les dí otras mejores y mas dilatadas y fundé para ellos este imperio armipotente que sucumbe hoy por los esfuerzos de Tlacatecolt. Pero ¿desde cuando ha sido Tlacatecolt mas poderoso que yo? ¿Desde cuándo está autorizado mi pueblo protejido á desconfiar de su salvacion? Salga al instante el emperador de esta ciudad arrasada, en la que velará con triste vigilancia el genio de las ruinas: yo le ordeno poner en salvo su sagrada persona para que, juntando nuevos ejércitos de un confin al otro de la tierra que he sometido á su poder, vuelva á vengar sus ultrajes y á reedificar mis templos.»

Esto dijo Huitzilopochtti, ¡oh Guatimozin! y es llegada la hora de que obedezcas su mandato supremo.

—Yo juro obedecerlo, ¡oh Huiteopixque! respondió el emperador; pero deber mio es no dejar este suelo mientras tenga un soldado para defenderlo. Aparta la vista de estos muertos y verás que aun me cercan numerosos guerreros que antes de yacer como aquellos pueden tributar muchas víctimas á sus sangrientos manes. Veo que no es posible escapar todos los que aquí nos hallamos, porque tan gran flota de piraguas no podria alejarse sin ser apercibida del enemigo; pero tampoco es posible que yo me resuelva á dejar tantos infelices condenados á perecer; arrostrar debo con ellos el peligro, y cuando todos me falten si el cielo me permite sobrevivirlos, entonces será cumplido el mandato del Dios que tanto nos abandona.

—Criminal es tu queja y criminal tu resistencia. dijo con severo acento el pontífice: tu culpa será funesta al desgraciado imperio que has regido, Guatimo-

zin; yo te lo repito á nombre de Huetzilopochtli, y ¡ay de tí si desatiendes mis palabras! Solo abandonando este imperio puedes tener esperanzas de recuperarlo algun dia. Solo desentendiéndote de la suerte de algunos miles de tus vasallos, puedes salvar millones de ellos á quienes pertenece tu vida. He dicho.

Alejóse pausadamente al concluir estas palabras, y desapareció entre las ruinas.

Permaneció el emperador sombrío y silencioso por largas horas. La noche mientras tanto habia llegado á la mitad de su curso, y los Tlatoanis habian aprovechado de ella para prevenir una flota de cincuenta piraguas, á la mayor de las cuales fueron trasportadas inmediatamente la emperatriz y princesas.

Los bergantines estaban entonces á bastante distancia; pero velaban sobre la cubierta vigilantes centinelas que no perdian uno solo de los movimientos del enemigo.



CAPITULO XIV.

Guatimozin prisionero.

A mitad de aquella noche terrible, el hambre, la pestilencia de la atmósfera, la desesperacion, en fin, llegada á su mayor altura, hacian salir del pequeño recinto que aun conservaban á infinitas familias mejicanas. Unas se lanzaban al campo enemigo demandando la muerte á grandes gritos; otras se arrojaban al lago, cuyas orillas aparecieron á la mañana siguiente cubiertas de cadáveres.

«El agua salada que bebian, (dice Cortés) el hambre, el mal olor de tantos muertos que estaban allí en montones, sin que hubiese donde poner los pies (porque en muchos dias no echaron al agua ningun cadáver para que no topasen con ellos los bergantines y supiésemos su necesidad) todo habia causado tal mortandad que pasaron de cincuenta mil ánimas las que entonces faltaron. Las mujeres y niños se salian viniéndose á nosotros, y andaban ahogándose otros muchos en aquel lago donde estaban las canoas.»

A pesar de tantos horrores, Guatimozin persistia obstinadamente en morir en aquel sitio con las ar-

mas en la mano, y reunia y animaba á las míseras reliquias de sus ejércitos, para que defendiesen hasta el último trance aquel triste cementerio, que tal podia llamarse el único pedazo de tierra que le quedaba de su vastísimo imperio.

—¡Sálvate! Sálva á mi familia y á la tuya; decia á Netzalc, en las últimas horas de la noche. Mi deber me prescribe no abandonar este suelo, mientras tenga un palmo libre donde asentar la planta. Pero mi esposa, la tuya, tantas infelices mujeres nacidas á la sombra del sólio, y que hoy no tienen asilo sobre la tierra, bien merecen de tí este sacrificio.

Huye, hermano, antes que recoja sus sombras la propicia diosa madre de los misterios: huye, y busca refugio en lejana comàrca que no hayan los inmortales maldecido en su ira.

—Ellos te ordenan partir; respondia gravemente el príncipe Tacubense, y mi hermano no será sordo á la voz de los dioses de sus padres. Las princesas están con tu esposa en la mas ligera de nuestras piraguas: 49 mas se llenarán de guerreros dispuestos á custodiarla: pero no partiremos sin tí.

—Los guerreros, repuso el emperador, deben morir peleando: llenad esa flota de mujeres y niños: ¡Pobres seres desvalidos! á ellos es á quienes debemos salvar, si es posible todavía salvacion.

Los Tlatoanis de Tezcuco, Iztacpalapa, Xochimilco, Tepepolco, Cuyoacan, y otros muchos, acudieron tambien á unir sus ruegos á los de Netzalc: pero todo fué en vano. A los primeros albores del dia, el monarca mejicano se presentó denodadamente al frente de sus restos guerreros á presentar combate al enemigo.

¡Esfuerzo heróico y desesperado!

Su éxito no podia ser dudoso, y sin embargo, con tal tenacidad se sostuvo, que el sol que lo habia visto comenzar á la luz de sus primeros rayos, llegó lentamente á su ocaso sin que se hubiese todavía terminado.

Comenzaba la noche á desplegar sus opacos velos cuando Hernan Cortés, vencedor al cabo, tomó posesion de aquel campo de muertos. Los sacerdotes y los pocos príncipes que sobrevivian al último y horrible destrozo, corrieron entonces á las piraguas, llevándose casi por violencia al infeliz emperador, que abia esperado en balde una muerte gloriosa entre las balas del enemigo.

La flota comenzó á alejarse á fuerza de remos de aquellas sangrientas riberas pero los bergantines á toda vela entraron de golpe y rompieron por medio de ellas. García Holguin; que comandaba uno de aquellos, echó de ver que en la mas grande de estas iban personas que por su aspecto y traje parecian ser de rango superior, y mandó á sus ballesteros asestar todos sus tiros á aquel punto.

Observólo Guatimozin y tomó entre sus brazos por instinto á las dos prendas de su amor: pero antes que se hubiese ejecutado la órden impía, Netzalc, que estaba de pié cerca de su hermano, guareciéndole con su escudo, gritó con atronadora voz.

—¡Deteneos! ¡respetad la vida del emperador!

Al momento mandó García suspender á su gente, y pasando á la piragua hizo prisionera á la familia imperial.

Toda la flota se entregó inmediatamente que vieron preso al monarca, y con tan importante presa dirigióse García al campamento de Cortés.

Acompañaban al augusto cautivo su esposa é hijo, la viuda de Motezuma, las princesas Tecuixpa, Teutila, Otalitza, Flor de la Luna, (Metzlixochitl) y otras igualmente jóvenes hermosas; como tambien los señores de Tacuba, Iztacpalapa, Tezcuco, Xochimileo y Cuyoacan, únicos que habian sobrevivido á la matanza del último combate.

Recibíalos el conquistador en medio de sus capitanes, y ondeando sobre su cabeza la triunfante enseña de Castilla.

Acercóse á él Guatimozin con aspecto, aunque melancólico, lleno de dignidad y entereza, hasta tocar con su desarmada diestra la rica empuñadura del toledano acero que llevaba el vencedor, y díjole en alta voz:

—He hecho cuanto he podido en defensa de mi imperio: los dioses han inutilizado mis esfuerzos. De cobardes es matarse por su mano cuando se ven vencidos: de vencedores clementes ahorrar al valiente la deshonra de la esclavitud. Clava esa espada en mi pecho.

—¡Guatimozin! respondió el caudillo asiéndole la mano: no has caido en poder de bárbaro vencedor que no sepa apreciar el heroismo de tu resistencia. La esclavitud no será nunca el destino de un tan esclarecido monarca, y tu imperio reconocerá el poder de las invencibles armas españolas sin perder al digno soberano que por tanto tiempo las ha resistido.

—Tu prisionero soy, repuso algun tanto conmovido el augusto cautivo; Huitzilopochtli me ha entregado á merced de tu voluntad, y tengo bastante fortaleza para resignarme á mi suerte: pero hé allí á mi esposa y á mi hijo: sé clemente con ellos y con

tantas mujeres infelices, esposas todas ó hijas de príncipes.

Acompañó á estas últimas palabras del emperador lastimero coro de sollozos y gemidos, que exhalaban las que eran objeto de su solicitud. Cortés se adelantó respetuosamente á saludarlas, y procuró consolarlas con afectuosas palabras.

Trató con distincion á los príncipes que las acompañaban; ordenó se las sirviese abundante refresco; y rogando á todos los ilustres prisioneros, especialmente á Guatimozin, que confiasen en él y no recelasen ultraje alguno, púsolos bajo la custodia de Sandoval, y mandó conducirlos á Cuyoacan y alojarlos en el mejor edificio de aquella ciudad.

Asi quedó subyugado despues de un sitio de noventa y tres dias el gran imperio de Méjico, en 13 de agosto de 1521 á la hora de vísperas. En el instante en que Guatimozin y su familia salian para su prision en medio de soldados españoles, una espantosa tempestad se desencadenó bramando sobre aquella tierra esclavizada.

A la luz fatídica de los relámpagos que iluminaban su marcial figura como ciñéndole la aureola de su sangrienta gloria, levantóse Cortés, y haciendo resonar su poderosa voz entre el fragor de lostruenos,

—¡Compañeros! dijo: por terminada doy nuestra grandiosa empresa. De hoy mas tendrá dos mundos á sus plantas el muy alto y muy ilustre señor don Cárlos de Austria, y un nuevo timbre de perdurable gloria la patria de los Cides y de los Guzmanes. Alabemos, señores, la omnipotencia de Dios, plantando para siempre la cruz en el suelo de esta *Nueva España*, y usemos misericordia con los vencidos, asi por generosidad como por nuestra pro-

pia conveniencia. La sombra de autoridad que conservemos al príncipe cautivo nos servirá para sujetar sin que sea preciso valernos de las armas las numerosas provincias de este vastísimo imperio. Granjeándonos su afecto y el de sus opulentos deudos conseguiremos ademas la posesion de los tesoros, que segun pública voz tienen cuidadosamente encubiertos, y que por violencia no nos descubririan jamás.

Una voz grata y casi melíflua hizo oir en aquel instante estas atroces palabras.

—¡Lo descubrirán en el tormento!

Era la de Alvarado.

Miróle con indignacion el jefe imponiendo silencio con imperioso ademan, y repitió lentamente.

—Señores, por generosidad y por conveniencia debemos ser clementes con los deudos de Motezuma. Yo lo aconsejo como amigo, interesado en vuestra gloria, y lo mando como jefe autorizado para adoptar cuantas medidas juzgue oportunas al mejor y mas completo éxito de la empresa acometida.

Retiróse á su alojamiento apenas terminó su breve discurso; pero la soldadesca se quedó murmurando, oyéndose circular todavía durante algunas horas la tremenda palabra arrojada allí por el implacable Alvarado.

Guatimozin en tanto habia sido instalado con su mujer é hijo en una de las habitaciones mas espaciosas del palacio de Cuyoacan. En otros aposentos del mismo fueron alojados los príncipes y princesas que le acompañaban.

Respetable fuerza española custodiaba el edificio, pero permitíase la entrada á los criados de los augustos presos.

La noche era verdaderamente horrible. Jamás tan fiera tempestad se habia visto hasta entonces en aquellas regiones.

El emperador, empero, hablaba tranquilamente con su esposa, teniendo en brazos á Uchelit.

—Los dioses, decia, no han hecho al hombre solo para la ventura; sujeto nació á las vicisitudes inseparables de su frágil existencia; y por eso fué dotado de un alma inteligente, firme é inmortal, capaz de dominar la flaqueza del cuerpo. Rey ó esclavo, el hombre debe ser siempre hombre. Mayor ignominia merece si se abate bajo el peso del infortunio que si se desvanece embriagado por el ambiente de la prosperidad. Tú, ¡oh mitad la mas cara de mi alma! tú debes recordar que lo eres en estos amargos momentos: Unida estás á mí con indestructible lazo, y bien puede decirse que somos ambos una sola existencia. ¡Esfuerza, pues, tu corazon, ¡oh esposa mia! y que el tirano no vea jamás en tu frente la humillacion de sierva!

—Digna soy de tu amor, respondia la princesa; porque he sabido ahogar mis sollozos y reprimir mis lágrimas: mírame bien, Guatimozin: enjutos están mis ojos. Pero, ¿cuál será la suerte de nuestro pobre hijo?.. Esto es lo que me dice sin cesar el corazon con honda y tristísima voz: ¿cuál será la suerte de nuestro pobre hijo?

—¿Por ventura no reconocen unánimes todos los hombres un Dios criador suyo y del Universo? repuso el monarca. Cualquiera que sea la diversidad de nombre con que le adoran los mortales, ese grande espíritu existe y reina eternamente sobre sus hechuras. ¿Querrás en tu dolor negarle la bondad ó no ves en tu mismo entendimiento la prueba de su

omnipotencia? ¡Ese Dios, oh, adorada de mi pecho! ese Dios velará por nuestro inocente niño.

—Sea como dices: dijo suspirando la emperatriz que estampó al mismo tiempo un largo beso en la frente de su hijo. Siempre ha sido para mí tu acento como bajado del cielo: en circunstancia alguna he dudado de la verdad de tus palabras; porque eres para tu esposa la imágen en la tierra de ese espíritu supremo de sabiduría y de justicia. En él y en tí descansa mi ánimo.

—¿Quién puede saber, repuso el emperador lo que sucederá mañana y al dia siguiente á mañana? Eramos poderosos y hénos hoy desvalidos. ¿Quién nos asegura que otra gran mudanza no puede sobrevenir súbitamente? La esperanza es una hija del cielo desposada perpétuamente con el hombre. Yo no me divorciaré de ella, *y espero* todavía.

—¡Espera, sí, dijo Gualcazinla. El corazon me dice tambien que aun no ha terminado esto: que aun hay *algo* mas allá de nuestra presente desventura. Esperemos, sí, esperemos, esposo mio. Tienes razon en decirlo: ¿quién puede leer en lo que está por venir?

Habíase reclinado en las rodillas de su esposo, á cuyos pies estaba sentada, en tanto que hablaba así, y rendida por tantos dias de fatiga, quedóse á poco adormecida, murmurando todavía con dulcísima voz:

—¡*Esperemos*!

¡Ah! ¡cuán horible hubiera sido su despertar si un genio le revelase en su sueño cual era *el mas allá* que debia encontrar su esperanza! ¡El secreto que guardaba el dia de mañana á su afanosa espectativa!

CAPITULO III.

El martirio.

Solemnizada la conquista á par que con fiestas religiosas con profanos banquetes, tornó á atormentar á los aconquistadores la sed del oro, no satisfecha conforme á su esperanza. Toda la riqueza de los templos y palacios de que se habian posesionado, no bastaba á su codicia; porque, hidrópica esta, acrecienta su anhelo con lo que al parecer debiera templarla. Habian robado á mansalva los ausiliares americanos; decíase tambien que recataban algunos oficiales españoles grandes cantidades de oro y plata; pero sin embargo, se suponia generalmente que aun debian poseer considerables tesoros los príncipes cautivos, y á pesar de susurrarse igualmente que los habian arrojado á la laguna, por burlar la esperanza del vencedor, insistia este en demandarlos con inútil empeño.

Los prisioneros declaraban unánimes que ningun oro les quedaba; ruegos, promesas y amenazas no eran poderosas á arrancarles una palabra que correspondiese á los deseos de sus dueños; y juzgando obsti-

nada malicia su constante negativa, enfurecióse la soldadesca, escitada al motin por algunos de los capitanes.

No se limitaban ya los rapaces aventureros á comunicarse en voz baja la necesidad de dar tormento á los infelices vencidos para arrancarles la anhelada confesion: pedíanlo en altas voces, agolpándose tumultuosamente á las puertas de Cortés, y llegó su audacia hasta el estremo de echarle en cara, en términos groseros, una inculpacion absurda. Reprobáronles haberse convenido con Guatimozin para recibir él solo los escondidos tesoros, vendiendo á tal precio al augusto prisionero la libertad y su proteccion especial. Procuró el caudillo imponer respeto y restablecer la disciplina por cuantos medios estaban á su alcance: pero imposible era reprimir la osadía de una tropa vencedora, y ansiosa de premio despues de tantas fatigas. En aquellas circunstancias no le pareció á Cortés conveniente el rigor, y viendo que eran vanos todos sus esfuerzos; que los motines se repetian adquiriendo de dia en dia mas alarmante carácter, cedió por fin á las feroces exijencias de su desmandada gente, y decretó el tormento para el emperador y su hermano el príncipe de Tacuba, que eran, segun las murmuraciones del vulgo, los convenidos con él.

El dia 23 de mayo, á las nueve de la mañana, se presentaron los bárbaros ejecutores de aquella inícua sentencia, en la prision del monarca. Acababa de hacer su frugal desayuno con su esposa é hijo; y sorprendido del aspecto sombrío y amenazador que á la primera mirada observó en los verdugos, preguntó con alguna emocion:

—¿Qué quereis de mí, oh Teutlis? ¿por qué asus-

tais á mi familia llegando aquí con gesto tan siniestro?

—Te has obstinado neciamente en no confesar el paraje en que ocultas tus riquezas, dijo con áspero tono el intérprete Aguilar, y el general Cortés te ha condenado á sufrir la cuestion del tormento hasta que reveles tu secreto.

—No te entiendo, repuso el príncipe recobrada ya su serena dignidad, aunque bien se me alcanza que debo morir. El tormento, has dicho, me arrancará el secreto de mis tesoros: he afirmado con palabra de rey que nade poseo ya en el mundo; y cualquiera que sea la muerte que me destineis, nada podré deciros en contra de tan solemne declaracion.

—Lo dirás en el tormento, no lo dudes, idólatra tenaz, replicó con feroz sonrisa uno de los soldados. Otros mas fuertes que tú han cedido á esta clase de interpelacion. ¿Sabes lo que es el tormento? No es la muerte, no; es cien veces peor. Estás sentenciado á tener hoy por tálamo régio unas parrillas candentes. ¿Entiendes ahora? Vas á ser quemado á fuego lento.

Un grito penetrante y desgarrador se escapó del pecho de Gualcazinla, y cayó en tierra como herida de un rayo. El tierno infante comenzó á llorar con grandes sollozos, como si un funesto instinto hiciese sentir á su corazon lo que no podia comprender su débil entendimiento.

—¡Crueles sois! ¡oh Teutlis! ¡crueles sois con esceso! dijo con amargura el augusto preso. ¿Por qué habeis dicho esas cosas en presencia de esta infeliz mujer? ¿No podias aguardar á que estuviéramos fuera de este aposento...? porque supongo que no ejecu-

tareis vuestra sentencia aquí, delante de mi esposa y de mi hijo.

Conmovidos á su pesar los verdugos, guardaron silencio por un instante; y aun hubo uno que se acercó á Gualcazinla en ademan de socorrerla. Desechólo suavemente Guatimozin rogándole que hiciese entrar á alguna de las criadas de la emperatriz, y tomando á esta y á Uchelit entre sus enflaquecidos brazos, oprimiólos largo tiempo sobre su corazon. Viendo entrar luego á las sirvientas hízolas seña de que se aproximasen; depositó en el regazo de una al afligido niño, besándolo en la frente y en los ojos, y díjole con afectuoso acento pero entera voz;

—Sosiégate, alma de mi vida: ¡tu llanto vá á despertar á tu madre, que duerme: sosiégate por amo de ella!

Tornó á besarlo una vez y otra, sin soltar á su esposa, cuya desmayada cabeza sostenia sobre su seno. Despues contemplóla un momento con mirada llena de ternura, y se la entregó á las mujeres que la cercaban llorando.

—Cuidad de ella, les dijo: echadla agua en el rostro y en el pecho, y cuando vuelva en su acuerdo decidla que marché sereno; que nunca debe abatirse aquel que tiene libre el alma de baldon y crímen: que es madre, y los dioses la ordenan vivir para su hijo.

Notando que en el desaliño de su vestidura se habia desbierto el hermoso seno de la princesa, quitóse el manto imperial que llevaba siempre en sus hombros, y echólo sobre el exánime y bellísimo cuerpo que devoraban con lascivos ojos los inhumanos testigos de tan patétiea escena.

—Estoy á vuestra disposicion, les dijo entonces

y salió tranquilamente en medio de ellos, deteniéndose un minuto al dintel de la puerta para echar una última mirada á los objetos queridos que allí dejaba.

—¡Guatimozin, esposo mio!..... murmuró á la sazon Gualcazinla, que comenzaba á salir de su dilatado síncope.

—¡Cuidad de ella! repitió el príncipe, y se apresuró á alejarse.

Apenas traspuso aquellos tristes umbrales, cuando se encontró con Netzalc, que era escoltado por otros soldados españoles.

—¡Tambien tu! esclamó, y flaqueando un momento su constancia echóse en brazos de su hermano prorrumpiendo en lágrimas.

—Basta de detenciones! articuló ásperamente el oficial de la escolta, y repuesto con prontitud el monarca, dijo con entereza apartándose de su hermano.

—¡Vamos!

Netzalc indignado dirigió á los verdugos algunas palabras ofensivas, y su heróico compañero le impuso silencio con un gesto espresivo, aconsejándole durante todo el tránsito serenidad y sufrimiento.

—Los dioses nos envian todas estas pruebas amargas, le decia; pero saldremos triunfantes de ellas y mereceremos gloriosas recompensas por nuestra resignacion y firmeza.

Llegaron al sitio escojido para el martirio, donde ya esperaba impaciente la desenfrenada soldadesca, que acojió á sus víctimas con gritos de júbilo feroz. Preparadas tenian ya las parrillas en que debian sufrir el tormento del fuego y se las señalaban aquellos bárbaros, diciéndoles sarcásticamente:

—Mirad que magníficos lechos vais á tener, ¡réprobos! ¿Os complacereis en descansar en ellos primero que declarar donde ocultais los tesoros?

Mirábanlos los prícipes con espresion de desprecio, y se adelantaron con seguro paso y magestuosa actitud al encuentro de los verdugos, que venian de examinar los instrumentos del suplicio.

Cuando intentaron sujetarlos con violencia,

—No es necesario, dijeron ambos á la par, y se recostaron con calma en el infernal lecho. En un momento en que la agudeza del tormento arrancó un gemido al jóven príncipe de Tacuba, volvió los ojos hácia él su impertérrito hermano, reconviniéndolo por su flaqueza; y como alegase el mártir por discuipa la violencia del dolor, acallóle con estas célebres palabras:

—*¡Cobarde! ¿estoy yo por ventura en tálamo de flores?*

Asombrado de tanto heroismo, á la par que indignado profundamente de la crueldad de los implacables ejecutores que lo contemplaban sin emocion, corrió Cortés á arrancar de sus manos á las ilustres víctimas, y dominando á la feroz muchedumbre con la poderosa energía de su voz,

—¡Desgraciado de aquel, dijo, que vuelva á demandar tan bárbara prueba! ¡Estos infelices no tienen oro, ó tienen bastante valor para morir callando!

Dispersóse el gentío, no sin murmurar, y los mártires fueron restituidos á su prision en unas andas, ordenando Cortés pasase inmediatamente á visitarlos el mas acreditado de los cirujanos de su ejército.

Cuando se vió Guatimozin en brazos de su esposa, solo pensó en consolarla, y disimulando sus atroces dolores,

—No es nada, la dijo. Esto pasará pronto. Huitzilopochtli me ha prestado su esfuerzo y no se ha deshonrado tu esposo.

Por única contestacion, la emperatriz, que lo habia escuchado con estúpida calma, soltó una carcajada profunda.

¡¡Estaba loca!!

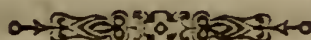
Dos horas despues sacaban un cadáver de aquella casa. Era el de la linda Otalitza.

Aquella delicada organizacion habia sucumbido al dolor moral de imaginar el tremendo suplicio, de cuyos positivos tormentos saliera vencedora la constancia de sus hermanos.

Cortés en tanto daba disposiciones para el reparto de los tesoros, ya que se habia perdido la esperanza de aumentarlos, y hacia publicar un bando ordenando á los mejicanos la reedificacion de la destruida ciudad.

Fin de la novela.

EPÍLOGO.



Tres años, poco mas ó menos, habian trascurrido desde que se verificaron los sucesos que quedan referidos en el último capítulo de esta historia, y amanecia uno de los mas hermosos dias de invierno que pueden admirarse en aquellas privilegiadas regiones. Apenas aparecieron en Oriente sus primeros albores pusiéronse en movimiento todos las habitantes de un pequeño pueblo de la provincia de Acala, en dende á la sazon se habia detenido Hernan Cortés, hallándose en viaje para otra mas lejana.

Cualquiera que hubiera entonces observado la inquieta curiosidad que sacaba tan temprano de sus modestas casas á los naturales del país, y el aspecto grave y casi amenazador con que se presentaban los soldados españoles, que saliendo en piquetes de sus provisionales cuarteles iban cubriendo todas las calles de la poblacion que desembocaban en la plaza mayor, cualquiera repetimos, habria adivinado que algun acontecimiento notable, alguna operacion importante debia tener lugar en las primeras horas de aquel dia.

En efecto, no serian todavía las ocho cuando otro piquete de caballeria vino á situarse en la plaza y desde las torres del teócali que en ella se encumbraba y desde las azoteas vecinas, vió en aquel instante entre la multitud curiosa y alarmada un objeto nuevo y estraño para sus ojos: ¡una horca que durante la noche se habia levantado en el centro de la dicha plaza!

Comprendiendo por instinto el uso á que estaba destinado aquel instrumento ignominioso, los alcalenses se estremecieron horrorizados, y muchos de ellos huyendo de tan funesto espectáculo abandonaron la ciudad y corrieron á esconderse en los fragosos montes que la cercaban.

En la meseta del teócali, donde aun se veian los escómbros del derruido altar de Huitzilopchtli, hallábanse cómodamente colocados y en disposicion de contemplar muy á sabor la sangrienta escena de que iba á ser teatro aquel recinto, dos hermosas mujeres ninguna de las cuales llegaba todavía á 30 años. Ambas vestian á la usanza española; pero fácil era conocer que no era aquel traje natural á la una. Su color, el carácter de su fisonomía, la pequeñéz de su manos y piès y la viciosa pronunciacion con que hablaba el castellano, indicaban bien á las claras su procedencia americana. La otra era una andaluza de ojos árabes y brillantes, que hacia con motivo de la ejecucion que iba á contemplar, grata memoria de los autos de fé y de las corridas de toros, que algunos años antes habian sido recreo de sus años juveniles.

Atendiendo á la plática de aquellas dos damas, mientras se presentan los actores todavía desconocidos de la tragedia, cuyo desenlace se prepara, po-

drán enterarse nuestros lectores de la esposicion de ella.

—Mirad que bizarros y galanes están nuestros soldados (decia la española): ¿sabeis doña Marina que son como fino oro, que sale mas puro y hermoso despues de sufrir en el crisol la accion devoradora del fuego? Tantas penalidades y fatigas como ha sorpotado nuestra gente en este largo y trabajoso viaje en que hemos atravesado escabrosas montañas, páramos desiertos, ciénagas pestilentes, con frios y calores, con sed y con hambre, no han abatido en manera alguna, los brios de esos corazones verdaderamente españoles.

—Razon es que aprendan de su jefe, respondió la indiana al emprender esta penosísima peregrinacion (que asi puede llamarla) ha dado el gran Cortés, nuestro amo, nueva prueba de aquel espíritu denodado y firme, para el cual no existen imposibles. Justo hubiera sido que despues de tantos trabajos gloriosos le concediese el cielo descanso; pero ya veis cuan afanosa vida ha destinado al héroe. Sujetas ya la mayor parte de las provincias que formaban el vastísimo imperio mejicano, lucha ahora el ilustre conquistador con la embicion culpable de sus mismos compañeros.

—Todavía dudo yo, si he de hablaros con verdad, todavía dudo, doña Marina, sea cierta la rebelion de Olid. Hele tenido siempre por capitan honrado y pundonoroso, y se me hace dificultoso creer que se haya levantado con las fuerzas que le fió el general para la conquista de esos pueblos adonde nos dirigimos.

—Asi al menos se asegura, repuso la indiana, y como el otro oficial enviado contra él no ha dado en

tanto tiempo noticia alguna de su porsona y comision, el jefe ha creido indispensable venir por sí mismo á castigar cual conviene á esos oficiales insubordinados.

—¡Capricho singular ha sido el suyo en traer consigo á los reyezuelos índios!.... ¿no os parece doña Marina? No estan avezados esos idólatras á las fatigas que soportan con tanta serenidad los españoles, á quienes conforta nuestro señor J. C. y el bienaventurado Santiago. Ademas imprudencia grande me perece, y asi se lo he dicho á mi marido, que hiciese atravesar por estas provincias recien conquistadas al que fué un soberano: ¡ya veis los resultados! Se han conmovido todos los caciques á vista de su señor prisionero y se ha tramado la infernal conjuracion, que á no haberse descubierto nos privaria ya de nuestro incomparable caudillo.

—Eso se dice, repuso doña Marina moviendo la cabeza con aire de duda. El traidor general mejicano que entregó á los conquistadores una de las ciudades del lago durante el asedio de la capital, es el que depone en contra del que fué su rey. Ninguna prueba ha dado, sin embargo, para acreditar su dicho.

—¿Os acordais de los nombres de los culpables? son tan raros que se me olvidan.

—Los culpables, segun la afirmacion del delator, dijo suspirando Marina, son muchos, muchísimos; pues pretende que se hallan comprendidos en la fraguada conspiracion todos los Tlatoanis de los dominios que hemos atravesado, y otros varios convenidos con aquellos; pero se designa como á motores y jefes del levantamiento proyectado á Guatimizin, Netzalc y Coanacot, que son los sentencia-

dos á muerte afrentosa por la justicia de nuestro amo.

—Helos visto muchas veces durante el camino y por cierto, doña Marina, que los tres son muy guapos mozos, para ser indios. El gran cacique tiene un aire de magestad que no me parece natural en hombre de esa raza.

Los otros dos, que segun tengo entendido son sus deudos, no son tan bien parecidos ni tienen tanta gravedad en la fisonomía; pero ambos se distinguen entre la chusma de su gente por el aspecto soberbio y cierto no sé que, indicio seguro de que no carecen de cierto género de finura. ¡Pobres bárbaros! os digo con toda verdad, doña Marina, que me pesa en el alma verlos conducidos á tan amargo trance.

—El ejército todo participa de vuestros sentimientos, dijo con mal reprimida tristeza la americana. No hay ni un solo individuo que no lamente esta desgracia, porque los infelices cuya ejecucion vamos á presenciar han soportado su infortunio con tal valor y paciencia, que imponen respeto y compasion á los mas fieros soldados, que por otra parte no juzgan su delito bastante comprobado (1).

---

(1) Hablando de la supuesta conjuracion dirigida por Guatimozin, se espresa del modo siguiente B. Diaz del Castillo, testigó ocular de aquellos sucesos. «*E dijose que el gran cacique de Méjico y su pariente el de Tacuba, que ban con nosotros, habian puesto en plática nos matar de todos y volverse á Méjico á juntar sus grandes poderes y ponarse á levantar etc., etc. El Guatemuz dijo* (añade dicho historiador) *que no salia de aquel concierto, y que*

Bien alcanzo, sin embargo que deben morir: el Malinche no pudo dejarlos en Méjico porque hubiéra sido peligrosa para la tranquilidad de aquella capital la permanencia en ella de tan importantes presos, no estando allí el único cuya autoridad reverencian con pavura los vencidos; pero su compañía en estos ingratos caminos no deja de ser sumamente embarazosa. Al fin han sido reyes poderosos: respétanlos todavía y los quieren mas á causa de su desventura todos los pueblos por medio de los cuales tenemos que atravesar, y si no es cierto que se haya hablado de un levantamiento á su favor, de temer es que pueda tratarse de ello en lo sucesivo. Por estas y otras muchas razones que se me ocurren comprendo la necesidad en que se vé nuestro dueño de quitar del mundo á esos infelices que bien quisiera perdonar su benignidad, si no lo desaprobase su prudencia.

Marina acababa de dar con estas palabras la única esplicacion probable del hecho que vamos á referir, la única escusa verosímil de un acto de crueldad que inmotivado seria horroroso, y que en vano quisiémos justificar apoyándolo en la sospechosa acusacion de un súbdito traidor, que no obtuvo crédito ni entre los mismos españoles, por mas que aparentase Cortés prestárselo completo.

---

nuncatuvo pensamiento de salir con él: y declaró el de Tacuba que entre él y Guatemuz habian dicho que mas valia morir de una vez que cada dia en aquel camino, viendo la gran hambre que pasaban; y sin haber mas probanza condenólos Cortés;» Mas adelante dice: «*E fué la muerte que les dieron muy injustamente dada, y pareció mal á todos los que aquella jornada haciamos.*

—Mucha pena me causa, dijo la bella andaluza, oiros decir que estas muertes mas son dictadas por la política que por la justicia.

—No he pensado en espresar eso, repuso vivamente alarmada la antigua querida de Cortés. Todo lo que hace el Malinche es justo y acertado, y no me corresponde á mí, mísera sierva enriquecida con sus beneficios, no me corresponde á mí el juzgar los actos de su sabiduría.

—Me place vuestra humildad, replicó lo española; pero decidme: ¿debe tambien morir aquella india alta delgada, no fea aunque morena, que ha venido con nosotras y que tan pronto está llorando como riendo? Nosotras dos y ella somos las únicas hembras bastante atrevidas para haber acompañado á nuestros héroes en esta espedicion penosa, y me interesa aquella pobre por el valor con que ha sufrido todas las penalidades de tan largo camino.

—Esa mujer por quien preguntais, dijo con melancólico acento la americana, es Gualcazinla, hija del gran Motezuma y esposa del infortunado Guatimozin, último emperador de Méjico. Muriósele su hijo único en este maldito viaje, porque la tierna criatura no pudo resistir á tantas privaciones y trabajos; pero la pobre madre apenas se apercibe de la falta del niño; ¡está loca!

—Si está loca no la matarán, como á su marido, porque aun cuando haya conspirado tambien, harto la escusa su demencia.

—Nadie acusa á la pobre mujer, dijo Marina; pero acto seria de piedad el hacerla morir. ¿Qué tiene que esperar ya en el mundo esa desventurada princesa? ¡Muerto su marido quedará sola, muy sola! Su madrastra ha abrazado la verdadera religion, é

igualmente su hermana, á quien llaman los mejicanos Tecuixpatzin, y doña Isabel Motezuma los españoles.

—¡Ah! ¿es hermana de la loca aquella linda jóven que dicen ha llorado por tanto tiempo la muerte de Valazquez de Leon, y que debe casarse pronto con otro de nuestros capitanes?

—Así lo ha dispuesto nuestro dueño, y la pobre Tecuixpa obedecerá, porque ningun apoyo tiene ya en el mundo, y está al lado de su madrastra, que es una pobre mujer débil y medrosa, que no desea mas que complacer á los vencedores para que le conserven la vida y los señoríos de su hijo. Otra hermosa mejicana habreis conocido tambien, y voy á causaros mucha sorpresa cuando os diga quien es.

—¿Hablais acaso de la mujer de Andrade?

—Sí; la mujer del español que nombrais es esposa legítima, segun la religion de su país, de uno de los reos que vamos á ver ejecutar. Es Teutila, princesa de la casa de Tezcuco, casada con Netzalc, rey de Tacuba. Enamoróse de ella el oficial que ac-almente la posee y... ya lo conoceis... el vencedor siempre impone la ley al vencido. Dícese, sin embargo, que la mujer de Andrade protesta sin cesar contra su nuevo enlace y pide como merced la prision de su primer esposo.

—¡Tonta! dijo con espresivo gesto la viva andaluza: pero mirad, doña Marina; agítase la gente en la plaza; sin duda vienen ya los reos.

Así era en efecto: apenas se habrian proferido las últimas palabras del diálogo que escrupulosamente hemos escrito, cuando comparecieron en la plaza, en medio de numerosa guardia, los tres príncipes sentenciados. Venian exortándolos varios frailes fran-

ciscanos, y al llegar al pié del patíbulo volvióse á ellos Guatimozin y les dijo con voz tan entera y clara, que fué perfectamente oida de un estremo al otro:

—Gracias os doy ¡oh Teopixques españoles! por la generosa piedad que nos habeis dispensado, y pues sois ministros de un Dios á quien llamais infinitamente misericordioso, usad de misericordia con una mujer infeliz, privada de la razon que queda por mi muerte desamparada en la tierra.

Luego con mas solemne entonacion,

—¡Muero inocente! esclamó, muero inocente aunque se me haya condenado á la muerte de los facineros. ¡Hernan Cortés! Dios te demande cuenta de esta sentencia; yo la bendigo porque me liberta de una vida desventurada aunque soportada con digna resignacion.

Abrazó en seguida á sus dos compañeros de infortunio y subió con paso firme la fatal escalera, mientras ellos se prosternaban á besar la huella que sus plantas dejaban en la tierra, diciendo al mismo tiempo.

—Dichosos somos en morir contigo y juntos entraremes ¡oh magnánimo Hueitlatoani! en los palacios del sol.

El verdugo en tanto se habia apoderado de su víctima: el nombre de Gualcazinla resonó acompañado de un tristísimo adios: á la voz que lo pronunciára sucedió un grito profundo y penetrante: Guatimozin pendia ya de la cuerda funesta: su mujer acababa de aparecer al mismo tiempo pálida y desgreñada en la meseta del teócali.

Su doloroso grito habia atraido á aquel punto todas las miradas.

—¡La loca! ¡la loca! dijeron todos, y las dos da-

mas testigos de aquella escena que habian hecho ademan de huir al ver de súbito en medio de ellas aquella figura lastimosa, tornaron á acercársele movidas de piedad.

Gualcazinla contemplaba con ojos enjutos el cuerpo de su esposo meciéndose en el aire con los consivos estremecimientos de la última agonia; pero habia desaparecido repentinamente de su rostro aquella espresion de estúpida demencia que hacia tres años llevaba sin cesar impresa. Un golpe terrible dado á su corazon habia trastornado su entendimiento: otro golpe igualmente doloroso acababa de restituirle la razon.

—Ven con nosotras, pobre mujer, la dijo la bella andaluza: me inspiras cariño y deseo consolarte.

—¡Gualcazinla! añadió Marina sin poder reprimir el llanto: he sido súbdita de tu padre: deber es mio cuidar de tí en los dias de tu desamparo. ¿Quieres vivir conmigo bajo la proteccion del muy grande y muy poderoso vencedor D. Hernando Cortés?

—¡Hernan Cortés!.... ¡Hernan Cortés!.... repitió por dos veces la princesa con el aire de quien se afana por coordinar sus recuerdos. ¡El fué quien mandó dar tormento á mi marido.... él es, no hay duda! ¡él es quien ha ordenado lo asesinasen hoy!

Maravilladas se miraron las dos damas que no esperaban ciertamente escuchar palabras tan cuerdas; la americana, empero, se apresuró á decir:

—Puesto que comprendes que acaba de morir tu esposo, resígnate, Gualcazinla, con tu suerte, y sabe que esta sentencia ha sido necesaria.... y justa. No nos toca á nosotras, mujeres ignorantes, poner en tela de juicio las determinaciones del ilustre dueño que nos impuso el destino.

—¡El ha sido, pues! volvió á decir Gualcazinla: ¡Hernan Cortés!... ¡sí, bien me acuerdo ya de todo! El envileció á mi padre; profanó nuestros templos..., y luego ¡repito que bien me acuerdo! luego arrasó nuestras ciudades; grabó la marca de esclavitud en la frente de nuestros príncipes; dió tormento al mas grande y heróico de todos ellos.... ¡á Guatimozin mi esposo, á quien hoy ha mandado matar en presencia de esa muchedumbre!.... ¡Todo lo comprendo!.... ¡y mi hijo!.... ¡mi hijo ha muerto tambien ambriento y abrasado por el ardor del sol en ese infernal camino que nos hizo emprender para pasear de pueblo en pueblo nuestra humillacion é infortunio!.... ¡Hernan Cortes! ¡sí, lo conozco! ¡lo conozco muy bien!

—¡Como demente estás hablando, oh Gualcazinla! dijo Marina desmintiendo con la espresion de su semblante los conceptos que espresaba. No hay sentido ni verdad ninguna en las palabras que dejas escapar en tu enagenacion mental. Tu marido ha muerto porque delinquió: tu hijo es muy dichoso en la mansion celeste, adonde acoje el verdadero Dios á las almas inocentes. No pienses mas en eso, y ven conmigo. Vivirás á mi lado querida y respetada, y te protejerá piadoso y bueno el jefe español á quien calumnias en tu locura.

—¡Tu eres su esclava...! ¡sí!... ¡tambien me acuerdo! ¡estás siempre con él! articuló lentamente la princesa; y luego, como iluminada de súbita inspiracion, centalleante y casi terrible la mirada, trémula la voz, palpitante el pecho:

—Vamos, esclamó. Vamos, vivir quiero contigo.

Clavó los ojos una vez mas todavía en el cadáver de su marido, y en seguida ella y las dos damas se

ocultaron de la vista de los espectadores. Durante el anterior diálogo habia sido ejecutado Netzalc, y pocos minutos despues lo fué Coanacotzin. El gentío se dispersó silencioso: las tropas volvieron á sus cuarteles, y pasó aquel dia sin que ocurriese ninguna otra novedad que la de haber dado Cortés la órden terminante de continuar la marcha al amanecer del próximo.

Durante las primeras horas de la noche habia estado el jefe varias veces en la habitacion de su querida, que era uno de los aposentos del gran edificio en que él mismo se hallaba alojado. Allí le habia sido presentada por Marina la infeliz viuda de Guatimozin, á quien hospedaba piadosamente bajo su techo, y Hernan Cortés la trató con afecto, ofreciéndola suerte mas benigna para lo sucesivo. Inútil parecia, sin embargo, todo aquello; pues á juzgar por el aspecto y obstinado silencio de Gualcazinla, el destello de razon que habia dado su entendimiento en el instante en que presenció la muerte ignominiosa de su marido, se habia estinguido completamente, dejándola en una demencia de caracter mas triste y sombrio que aquella que le antecediera.

Las diez de la noche serian cuando el caudillo se recogió en su estancia, y Marina condujo á su huéspeda al dormitorio que se le habia preparado.

—Procurad descanzar y dormir, la dijo abrazándola con cariño; pues apenas amanezca nos pondremos en marcha.

Gualcazinla se echó en el lecho sin contestar, y cuando se retiró Marina, quedábase ya, en apariencia al menos, profundamente dormida.

Aun no era llegada, empero, la mitad de la noche cuando la guardia percibió estraordinario ruido há-

cia el pafage en que reposaba Cortés, y acudiendo presurosos algunos soldados vieron salir del aposento á Cortés, medio desnudo, pálido, ensangrentado, casi despavorido.

—¡Mi general! esclamaron todos: ¿qué desgracia acontece á vuesa merced? ¿de qué proviene la sangre que le corre por el rostro?

Detúvolos el jefe, en ademan de penetrar en la estancia de que acababa de salir, y limpiándose la sangre con un pañuelo que le alargó uno de los soldados, dijo vacilante tras un breve silencio:

—No es nada á decir verdad.... una pesadilla.... un golpe en la frente: ya lo veis, la herida es muy leve: retiraos.

Obedeció la guardia, y en el momento en que quedó solo el caudillo, apareció en igual desórden que él, y saliendo de la misma estancia su dama doña Marina.

—¿Os ha hecho mucho daño? dijo llegándose á Cortés con afanosa agitacion. ¿Esa sangre...?

—Sale de una herida ligera, respondióle en voz baja: el brazo de la insensata desmayó por fortuna al descargar el golpe, y vos, Marina, vos le caiste encima como una leona, no dejándole tiempo para asegundar el golpe.

—¡De buena habeis escapado, señor mio! repuso estremeciéndose la indiana: el puñal de que se posesionó la frenética loca era el mas agudo de todos los vuestros: felizmente mi sueño es como el de la liebre, y me prestan los celos el olfato maravilloso del perro. Sí, dueño y señor mio; cuando se aproxima á vos una mujer percibo su olor aun hallándome distante.

—¿Pero que habeis hecho de esa infeliz? preguntó

Hernan, correspondiendo con una caricia á la apasionada mirada que al decir sus últimas palabras le habia clavado la ardiente americana.

—¡La he ahogado! respondió ella con acento sombrio.

—¡La habeis ahogado...!

—Sí: inanimada yace como si jamás hubiera existido.

—¿Y qué haremos ahora, Marina, para encubrir estos sucesos? Vergonzoso seria para mí aparecer matador de una mujer ahogada....¡y vos... Marina! no echeis en olvido que estais casada ya, y que yo tengo tambien una esposa!

—No os inquieteis, dijo Marina con amarga sonrisa: sé que debo fidelidad al marido que me habeis dado, y aun cuando por vos le olvide, bien sabeis, señor, que respeto siempre vuestra paz doméstica y cuido de no dar disgustos á la feliz muger que lleva vuestro nombre. Nadie tiene que saber que me hallaba dichosamente á vuestro lado cuando la desgraciada Gualcazinla intentó asesinaros. Llevaré el cadáver á su lecho y divulgaré mañana que se suicidó en un acceso de locura. Ahora señor mio, dejadme vendar la herida, restañando con mis labios vuestra preciosa sangre.

—¡Sois incomparable, Marina!...

—Es que os amo, os adoro cual nunca sabrán amar mujeres que no hayan nacido bajo el sol ecuatorial que alumbró mi cuna, dijo apasionadamente la indiana. Eres ¡oh dueño mio! mas hermoso que el cielo! es que tú eres mi Dios, y el foco de grandeza, sabiduría y heroismo de donde yo tomo todos mis pensamientos y adonde dirijo todos mis afectos, no digas mas que esto: dí que te amo con todas

las fuerzas de mi alma! Con esto me retratas: yo no soy mas que eso: una mujer loca de amor por tí.

. . . .

La voz que al dia siguiente circuló en el ejército está consignada en la siguientes líneas de B. Diaz del Castillo.

«Andaba Cortés mal dispuesto y pensativo despues de haber ahorcado á Guatemuz y su deudo el señor de Tacuba, sin tener justicia para ello, y de noche no reposaba, é pareció ser que saliéndose de la cama donde dormia á pasear por una sala en que habia ídolos, descuidose y cayó descalabrándose la cabeza: no dijo cosa buena ni mala sobre ello, salvo curarse la descalabradura é todo se lo sufrió callando.»

FIN.

